

EL
MAESTRO
IBARRA

418

La Dirección de la Casa
Richard Gans, Madrid

E. L. M.

^a Sr. D. 21 Septe. 1924

José Heredia

Lavapiés. 18.

M A D R I D

y tiene la satisfacción de remitirle el libro-homenaje al maestro impresor del siglo XVIII Joaquín Ibarra, rogándole se sirva firmar la adjunta tarjeta postal, que al mismo tiempo de servir de acuse de recibo nos servirá para confrontación del archivo de propaganda. Con este motivo aprovechamos gustosos la ocasión para reiterarnos suyos afmos. ss. ss.,

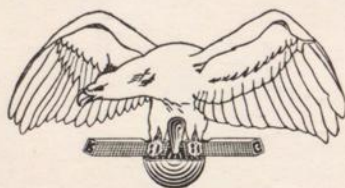
Richard Gans

EL MAESTRO IBARRA



*Homenaje que la Casa Gans, al
celebrar sus Bodas de oro, dedica
al gran impresor Joaquín Ibarra*

R.461



El texto de este libro-homenaje ha sido redactado por
M. R. Blanco-Belmonte y sus inseparables compañeros
R. de Córdoba y M. White. Las ilustraciones son
reproducciones tomadas de libros existentes en
la Biblioteca Nacional de Madrid. La tirada
fué ejecutada en la Imprenta particular
de la Fundición Tipográfica
RICHARD GANS
MADRID

Este ejemplar está registrado
con el núm. 325

24 - Septiembre 1932
J. Heredia

INDICE

PRIMERA PARTE

AL CUMPLIRSE CINCUENTA AÑOS

DEDICATORIA	v-vii
RICARDO GANS. DE SU VIDA Y SU OBRA	1-6
PROPÓSITOS Y ESPERANZAS EN PRESENTE Y PARA LO POR VENIR	7-11

SEGUNDA PARTE

EL MAESTRO IBARRA

I-LA MAÑANA	13-25
II-LA TARDE	27-39
III-LA NOCHE	41-43

TERCERA PARTE

DESPUÉS QUE MURIÓ EL MAESTRO

EL SOL DE LOS MUERTOS	47-50
NOTICIAS Y LOAS DE ALGUNOS LIBROS IMPRESOS POR IBARRA	53-65
OCASO Y FIN DE LA OFICINA	67-72
HOMENAJE DE MADRID	73-74

CUARTA PARTE

LA IMPRENTA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII

FRANCISCO DEL HIERRO	77-78
ANTONIO P. DE SOTO	79-80
ANTONIO Y VICENTE SANZ	80-82
ANTONIO DE SANCHA	83-86
GABRIEL DE SANCHA	87-89
EUDALDO PRADELL	89-90
BENITO MONTFORT	91-93

*PRIMERA
PARTE*

AL CUMPLIRSE EL CINCUENTENARIO

DEDICATORIA



Abundantes hasta el exceso son los libros inexplicados e inexplicables; nadie sabe ni puede colegir la razón o el pretexto que movió a escribirlos. Piadosamente ha de suponerse en los autores la misma ilusión existente en muchos fundadores de periódicos: ilusión de un vacío, ambición de llenarlo para bien de la Humanidad. Así soñaba, al lanzarse por los campos de Montiel, nuestro inmortal Don Quixote. Tan abundantes como los anteriores, acaso más abundantes, son otros libros a los cuales corresponde el calificativo de indeterminados: nadie ni los jerifaltes del ingenio, ni los zaboríes de la bibliofilia, ni los linceos del coleccionismo, se atreven a señalar razonablemente para quién han sido dados a la estampa.

Punto menos que imposible, en muchísimos casos, es averiguar por qué se redacta una obra y para quién se edita.

Y en total y absoluta contraposición respecto a esos grandes grupos de impresos inexplicables e indeterminados, séanos permitido afirmar, sin jactancia ni ufanía, pero con orgullo de verdad, que este volumen se imprime

por razón del cumplimiento de un deber y del ejercicio de un derecho, y que cuantos en su confección intervienen — inspiradores, redactores, ilustradores, grabadores y personal de talleres — saben a quiénes han de interesar y quiénes han de leer y conservar estas páginas.

Porque estas páginas constituyen la conmemoración de una honrosa efemérides en la historia de las Artes gráficas hispano-americanas y responden a la celebración de las Bodas de oro de la Casa Richard Gans; y porque se ha querido que esta fecha — tal vez menos recordable de haberse optado exclusivamente por la fijación de una lápida o por el acuñamiento de una medalla — se perpetúe y solemnice, ante todo, en la forma más aceptada al espíritu del inolvidable fundador de esta Empresa, siguiendo el camino por él trazado y copiando el ejemplo de su vida aleccionadora, consagrada perennemente al servicio de las nobles Artes del Libro.

Así, fiel a su austera tradición, la Casa Richard Gans festeja el cincuentenario de su existencia industrial rindiendo homenaje a la Imprenta española en la época de su mayor pujanza, al llegar felizmente a plenitud de apogeo en el siglo XVIII, cuando en alarde de magnificente superación alcanza su orto deslumbrante la figura de Joaquín Ibarra, el más artista de los impresores y el mejor impresor entre los artistas de su tiempo.

Para que su nombre quede vinculado definitivamente a las cajas de composición de los talleres tipográficos de España, Portugal, América y Filipinas, se ha creado un carácter de letra que se apellida como el famoso impresor: IBARRA. El tipo en que se imprimieron, por encargo de la Real Academia Española, las ediciones segunda, tercera y cuarta del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA — Código del idioma español, — y la nueva edición de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, ilustrada con láminas de insignes artistas y precedida del prólogo de la Academia, la «Vida de Cervantes» y el «Análisis del Quixote» por el ilustre cordobés, académico y precursor de cervantistas Don Vicente de los Ríos; el tipo que se emplea, con exclusión de otro alguno, para la composición de este libro.

Nuestro homenaje y nuestro recordatorio, son en suma, continuaciones de los tributados en forma análoga o semejante a un genial maestro de pintores y al Príncipe de las letras hispanas que tienen — además de

*F*undición *T*ipográfica *R*ichard Gans
Calleres Mecánicos
Galvanoplastia
Grabados
Calle de Vicente Blasco Ibáñez, 61 - Teléf. 30504 - Apart. 8003
Madrid, Septiembre de 1933

C/ Banco Internacional de Industria y Comercio; Banco Iruquo; Banco Español de Crédito; Banco Hispano Americano; Banco de Vizcaya; Banco de Bilbao
Banco Guipuzcoano; Crédit Lyonnais; Banco Germánico de la América del Sur; Banco Alemán Transatlántico; Deutsche Bank & Disconto-Gesellschaft, Leipzig

Muy Sr. nuestro: La Comunidad de Bienes Richard Gans, tiene el gusto de saludar a Vd. y al mismo tiempo le ruega tome nota de la firma de

D. Manuel Gans Gimeno

que unida a las firmas y antefirmas de las circulares de los meses de Marzo y Octubre de 1930, habrán de emplear sus propietarios y apoderados. Con este motivo, le reitera el testimonio de su consideración más distinguida,

FOR LA COMUNIDAD DE BIENES
RICHARD GANS

Matilde Gimeno

D. Manuel Gans Gimeno

firmará

COMUNIDAD DE BIENES
RICHARD GANS
POR PODER

Manuel Gans

sus monografías — « Siemprevivas de plomo » en los tipos GRECO y CERVANTES, creados por la Casa Gans no a impulsos del capricho, sino respondiendo en sus menores detalles al estilo y al gusto de la época, bien que con la depuración correspondiente a los modernos progresos en la técnica del grabado y fundición tipográfica.

— Seguros estamos de que el tipo IBARRA logrará aceptación universal, como corresponde a sus excelencias de calidad y belleza; y de ello tenemos ya valioso dato en el hecho del admirable empleo y artístico resultado que ha ofrecido nuestro Elzeviriano Ibarra al emplearlo la renombrada Casa Artes Gráficas Oliva de Vilanova, de Barcelona, para su obra « El Teatro del Liceo », que es, sencillamente timbre del arte de imprimir, obra modelo, digna de ocupar puesto preferente en las vitrinas de un Museo de arte moderno.

Igualmente estamos seguros de que la recordación de Ibarra y su siglo interesa a todos los que se aplican al ejercicio de las Artes gráficas, y también a los que por necesidad profesional de editores, libreros y publicistas o por afición siguen de cerca la historia, el desarrollo y los adelantos de las Artes del Libro.

A ellos, a esos amigos — conocidos unos y anónimos otros — que, en la Península Ibérica y en la España transatlántica, nos honran con su aplauso, queremos dedicar y dedicamos este libro, afirmando que al publicarlo, gustosamente dóciles al imperativo de la gratitud, lo hacemos por ellos y sólo para ellos.

Supla nuestra abundancia de efusión cordial a la poquedad de esta ofrenda, siempre pequeña cuando está dirigida a los que con sus esfuerzos industriales, artísticos y económicos han sido y son insuperables propagandistas de las ideas, constantes difusores de la cultura, maestros que, en generoso apostolado, brindan al mundo, como pan de la vida intelectual, desde el Catecismo y el Silabario hasta las obras monumentales de Menéndez y Pelayo y Ramón y Cajal...

¡Salud a los discípulos, émulos y devotos de Ibarra!



DON RICARDO GANS Y CANTOR



DON RICARDO GANS Y CANTOR

RICARDO GANS

DE SU VIDA Y SU OBRA

1881 - 1931



OR los frutos conocerás al árbol». Así afirma el Evangelio. De igual modo puede decirse: «Por sus obras, no por sus palabras, conocerás al hombre». Que las palabras vuelan sin dejar recuerdo, y las obras subsisten, se engrandecen cuando fueron concebidas y practicadas con espíritu de grandeza, y logran, con el transcurso de los años, categoría monumental.

Una sola voluntad, movida por soberano impulso, asistida por privilegiado despejo intelectual y por portentosas facultades organizadoras y servida por esas insuperables milagreras que se llaman paciencia y perseverancia, operó, en el año 1881, el comienzo de una fundación. Fundar es crear, y la creación humana es lo que más asemeja a la criatura con su Hacedor; es esencia de lo divino, destello de lo inmortal.

Hace cincuenta años la España de la Restauración languidecía abrumada por infortunios y adversidades que sobre ella descargaron implacablemente. Todo se conjuró en daño de la paz y de la economía de la Nación. En plazo poco superior a un decenio, tuvo que afrontar el embate de conmociones populares casi siempre sangrientas: derrocamiento de Doña Isabel II como Reina de España; instauración de una Monarquía con Don Amadeo de Saboya que, al abdicar, tiene por sucesores a un



Gobierno provisional y a un efímero ensayo de República; y aun después del advenimiento al Trono de Alfonso XII, merced al golpe de Estado que en Sagunto diera el general Don Arsenio Martínez Campos, siguió desangrándose la Patria española por las heridas trágicas de la horrenda guerra civil, entre carlistas y alfonsinos, y todavía tuvo que inclinarse ante el asolador empuje de las fuerzas ciegas de la Naturaleza desencadenadas en forma de espantosos terremotos que pusieron desolación, luto y miseria en muchos pueblos de Andalucía, singularmente en los de las provincias de Granada y Málaga, y en forma también de estragadora epidemia de cólera morbo asiático, que ocasionó millares de víctimas en las regiones levantina y andaluza.

España estaba empobrecida en su hacienda y punto menos que aniquilada en sus energías industriales y mercantiles. Para sentir esperanza y fe en un renacimiento nacional se requería ser acendradamente español—que el amor a la Patria es siempre fe y esperanza—o poseer esa privilegiada visión a larga distancia que es don privativo de los precursores, de los que miran más allá.

Y ya era español por adopción, español afectivo, el que luego lo fué efectivo, por nacionalización; y ya revelaba sus dotes de atalayador de horizontes el Señor Don Ricardo Gans y Cantor.

Abrió hondos surcos en el aparente erial, sembró a voleo, comenzó a construir en campo destruído y arruinado, y en el año 1881, sin otros elementos que tres máquinas fundidoras movidas a brazo—lo más nuevo y lo más perfecto que a la sazón existía—, abrió en Madrid, en la casa número 10 de la Calle de Campomanes, una Fundición Tipográfica.

No fué improvisación caprichosa, ni envite en juego de azar; fué, sí, el principio de una obra largamente meditada en el decurso de un septenio, invertido en conocer y estudiar los centros españoles de Artes gráficas, primero como representante de una gran Sociedad belga fabricante de papel—«Société Anonyme des Papeteries de Virginal, antes Olin & fils», de Bruselas—y luego como fundador - propietario de un Centro madrileño para la importación y venta de máquinas impresoras y de tipos, blancos, filetes y demás fundamentales elementos de indispensable

empleo para el funcionamiento de las Artes del Libro. España era absolutamente tributaria del extranjero en la totalidad de esa importantísima rama de la producción industrial, y aún sigue siendo en parte tan principal como la fabricación de maquinaria. A reserva de ampliar la emancipación, a medida que lo fuesen requiriendo las necesidades del consumo y lo permitiesen las posibilidades propias, el señor Gans comenzó por atender a la mayor urgencia y trajo de Alemania — metrópoli inderrogable de la Imprenta universal — los materiales necesarios y el jefe técnico para su primer establecimiento de Fundición Tipográfica.

Y fué como un amanecer. El feliz éxito inicial, perfectamente explicable por la natural satisfacción de la clientela, que sin demora, con asombrosa rapidez, veía servidas sus peticiones y se encontraba en posesión de tipos modernos y elegantes, muy distintos de los que hasta entonces tuvo que utilizar, fué en aumento día por día, merced al celoso afán y a la diligencia con que la Fundición se anticipaba a los deseos de sus favorecedores. Era dinamismo de todos los momentos, era prodigiosa potencia imaginativa refrenada por profundo sentir de la realidad, era el ansia de consolidar una industria haciéndola enteramente española; era, en fin, el triunfo del corazón y del cerebro de Don Ricardo Gans, para bien de la Tipografía hispana.

Los progresos y adelantos sucesivos son casi inenarrables y se efectuaron como por obra de taumaturgo. El niño crece y no cabe en la cuna; la Fundición sobrepasa los límites materiales del espacio disponible en el primitivo edificio de la calle de Campomanes y es trasladada al nuevo domicilio, en la casa número 22 de la calle de Villanueva; pero enseguida resulta insuficiente para contener los talleres de grabado y fundición y albergar una exposición permanente de maquinaria, utensilios y accesorios de Imprenta y Encuadernación. Se impone otro esfuerzo, y sin demora surge la construcción de casa propia, con capacidad, decoro y lujo, en la calle de la Princesa (hoy de Blasco Ibáñez), número 63. Cinco años, ni uno más, bastaron para exigir la transformación. La modestísima oficina de la calle de Campomanes se ha convertido en gran fábrica, en magníficos talleres, escritorios y dependencias; las tres máquinas fundidoras

movidas a brazo han cedido el puesto a numerosísimas completas, sistema «Foucher», que abastecen no sólo a España y Portugal sino que ya lanzan su producción a países americanos. Los álbumes - muestrarios de la Casa adquieren importancia de libros de consulta para tipógrafos y editores, que buscan novedades artísticas en tipos, orlas y detalles ornamentales. Esos álbumes son hitos y guías en el camino de un perfeccionamiento ininterrumpido. A compás del progreso de la Casa fabricadora, progresan los establecimientos que en ella se surten.

Tres años más, y comienza a prestar servicio el taller de montajes y reparaciones. Otros cuatro años y se instala el almacén de tipos en la planta baja, porque las resistencias del piso alto amenazan caer bajo el peso de *cien mil kilogramos* de existencias en depósito. Hacen falta perentoria importantes ampliaciones y se adquiere el edificio inmediato — Princesa, número 61 — para acomodar el Taller galvanoplástico, la Imprenta particular de la Casa y la Exposición de Maquinaria. No es suficiente; el señor Gans cede los departamentos de su vivienda y se traslada a un hotel, que levanta de cimientos en la misma calle de la Princesa, número 50. Todavía pide el negocio más locales para desenvolverse, y entonces se procede a construir, inmediatamente unido a la Fundación, el edificio señalado con el número 5 de la calle de Altamirano, y allí, con toda holgura, se establecen los Talleres Mecánicos y la Exposición de Máquinas.

De las cuatro o cinco habitaciones en que nació esta industria ha pasado a ocupar inmuebles erigidos sobre un área de veintidós mil pies cuadrados; el motor a mano de las tres fundidoras primitivas se ha trocado en veinticinco caballos de fuerza motriz, y los seis u ocho operarios que constituían la dotación fundacional se han multiplicado hasta contarse por centenares, sin incluir entre ellos al personal dependiente de la Sucursal de Barcelona.

Tal vez los perezosos de entendimiento y los que saben poco, hablan mucho y todo lo critican, supongan que en la obra de Don Ricardo Gans han influido, como factores eventuales o decisivos, la suerte y la casualidad. Hay tópicos de pensamiento y de expresión que no merecen la molestia de ser contestados. No puede tomarse en serio que la casualidad o la suerte,

juntas o separadas, sean determinantes de la prosperidad creciente y del elevadísimo crédito de una industria que cumple cincuenta años de vida; cincuenta años llenos por labor intensa, difícil, sin margen ni resquicio para sorpresas; labor atenta, vigilante, en que nada se fió a lo imprevisible ni a las veleidades de la fortuna; labor de competencia franca y leal, pero reñidísima, con poderosas casas extranjeras que, adueñadas del mercado mundial casi totalmente, no han omitido ni omiten medios para apoderarse de la clientela española, a la que abandonaron de modo lastimoso en los años de la desastrosa guerra europea.

La Casa Gans quiso, supo y pudo crear y sostener una industria nacional. Su gran éxito es la justa recompensa del cuidado especial, del esmero escrupuloso con que ha procurado el perfeccionamiento de su fabricación hasta lograr ápices insuperables de excelencia, renovándose incesantemente y creando tipos modernos, de absoluta originalidad, adaptados al gusto español e inspirados en los bellísimos modelos que legaron en sus obras los maestros impresores de España en el siglo XVIII.

Ha de anotarse, como factor coadyuvante de triunfo, la organización que permite atender, con actividad ejemplar, cualquier pedido por grandes que sean su importancia y complejidad, así en lo que toca a fundición tipográfica, como en lo atañero a sus organizaciones anejas de grabado, galvanoplastia, estereotipia, y de importación de máquinas, utensilios y accesorios, no sólo para Imprenta y Encuadernación, sino también para industrias manipuladoras y transformadoras de papel y cartulinas, y para las confeccionadoras de cajas de cartón.

Así se explica de modo incontrovertible que el radio de acción y la esfera de influencia de esta Casa hayan sobrepasado las fronteras españolas y alcancen y se extiendan a Portugal y sus Colonias, a las Repúblicas del Centro y del Sur de América, a Egipto, a los Estados Unidos de la América del Norte y hasta las lejanías del archipiélago descubierto por Magallanes y Elcano e incorporado a España y a la civilización por Legazpi y Urdaneta...

No, esto no se obtiene por suerte ni por casualidad; esto se consigue por méritos de incruenta conquista, por suma de conciencia, experiencia,

paciencia y diligencia, empleadas en el estudio y selección de lo mejor que se produce en el extranjero, en el examen inmediato y minucioso de cuanto significa un avance en las Artes Gráficas universales; en el desinteresado esfuerzo de convertir talleres y oficinas en consultorio imparcial, así para los clientes adquiridores como para los fabricantes productores; los unos comprueban personalmente las ventajas de lo que se proponen comprar, los otros reciben las informaciones técnicas y razonadas para que su producción y sus métodos comerciales respondan a las necesidades y costumbres del país. Y tampoco es casual el resultado extraordinariamente satisfactorio de los talleres para reparación y restauración de máquinas. En estos talleres — que constituyen una escuela de mecánicos montadores — operarios expertos, dirigidos por técnicos competentísimos, convierten en máquinas utilizables, hábilmente renovadas, las que se hallaban fuera de servicio por exceso de uso. Reparar en vez de desechar, es buen negocio; y adquirir, a precio módico, maquinaria aceptable, constituye la aspiración de los patronos modestos.

Y quede aquí la mención de una labor que tiene fuerza pedagógica, industrial y socialmente.

De intento hemos rehuído las descripciones minuciosas de talleres, volumen de negocios y reseña de índole mercantil. Sobre que ya aparecieron con la debida amplitud en el Album recuerdo del Trigésimo Aniversario de la Casa, editado en 1911, ha prevalecido otra consideración más alta: la de llevar este homenaje al grado máximo de pureza desinteresada. Pero ello no obsta para citar, como felices éxitos de esta Fundación los tipos lanzados por ella al mercado mundial, y entre los cuales, además de los dedicados a *El Greco* y a *Cervantes*, descuellan por su originalidad y gran aceptación los titulados *Progreso*, *Veneciana*, *Graciosa*, *Fulgor*, *Dalia*, *Gloria*, *Royalty* y *Radio* y las ornamentaciones *Renacimiento Español*, *Preciosa*, *Rosalía*, *Filetes Ornamentales*, *Figuras Geométricas* y *Ornato*.

El maestro de estoicos, Séneca, se despidió de sus discípulos exclamando: «Os lego el ejemplo de mi vida».

Don Ricardo Gans, desde que sintió aproximarse el término de sus actividades sobrehumanas, aconsejó a sus sucesores: «¡Continuad mi obra!»



DON RICARDO GANS GIMENO

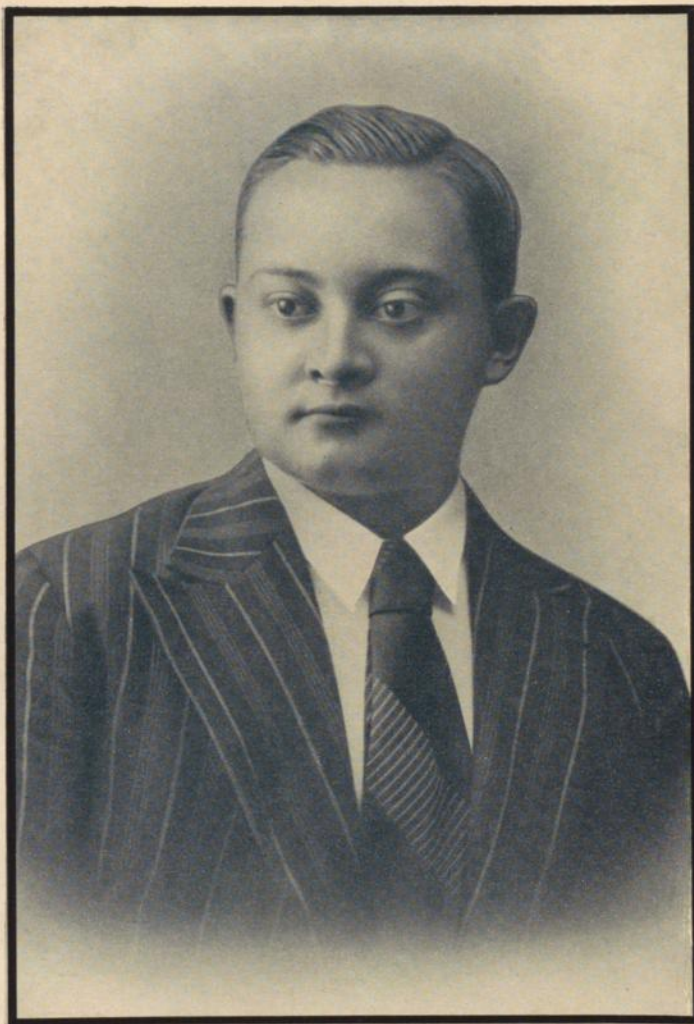
paciencia y diligencia, empleadas en el estudio y selección de lo mejor que se produce en el extranjero, en el examen inmediato y minucioso de cuanto significa un avance en las Artes Gráficas universales; en el desinteresado esfuerzo de convertir talleres y oficinas en consultorio imparcial, así para los clientes adquiridores como para los fabricantes productores; los unos comprueban personalmente las ventajas de lo que se proponen comprar, los otros reciben las informaciones técnicas y razonadas para que su producción y sus métodos comerciales respondan a las necesidades y costumbres del país. Y tampoco es casual el resultado extraordinariamente satisfactorio de los talleres para reparación y restauración de máquinas. En estos talleres — que constituyen una escuela de mecánicos montadores — operarios expertos, dirigidos por técnicos competentísimos, convierten en máquinas utilizables, hábilmente renovadas, las que se hallaban fuera de servicio por exceso de uso. Reparar en vez de desechar, es buen negocio; y adquirir, a precio módico, maquinaria aceptable, constituye la aspiración de los patronos modestos.

Y quede aquí la mención de una labor que tiene fuerza pedagógica, industrial y socialmente.

De intento hemos rehuído las descripciones minuciosas de talleres, volumen de negocios y reseña de índole mercantil. Sobre que ya aparecieron con la debida amplitud en el Album recuerdo del Trigésimo Aniversario de la Casa, editado en 1911, ha prevalecido otra consideración más alta: la de llevar este homenaje al grado máximo de pureza desinteresada. Pero ello no obsta para citar, como felices éxitos de esta Fundación los tipos lanzados por ella al mercado mundial, y entre los cuales, además de los dedicados a *El Greco* y a *Cervantes*, descuellan por su originalidad y gran aceptación los titulados *Progreso*, *Veneciana*, *Graciosa*, *Fulgor*, *Dalia*, *Gloria*, *Royalty* y *Radio* y las ornamentaciones *Renacimiento Español*, *Preciosa*, *Rosalía*, *Filetes Ornamentales*, *Figuras Geométricas* y *Ornato*.

El maestro de estoicos, Séneca, se despidió de sus discípulos exclamando: «Os lego el ejemplo de mi vida».

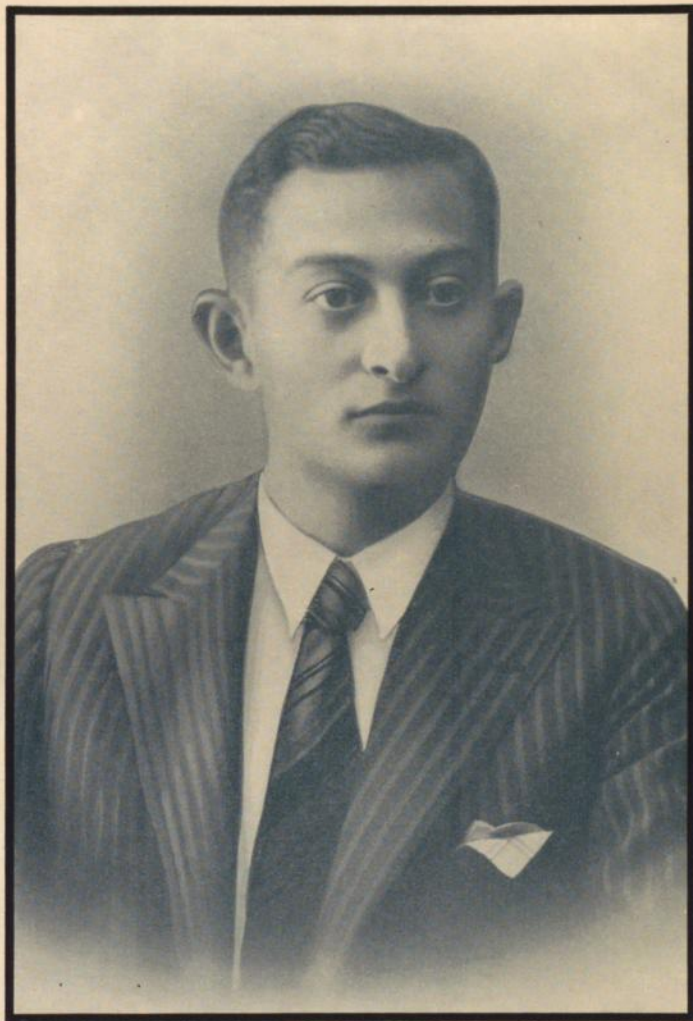
Don Ricardo Gans, desde que sintió aproximarse el término de sus actividades sobrehumanas, aconsejó a sus sucesores: «¡Continuad mi obra!»



DON RICARDO GANS GIMENO



DON MANUEL GANS GIMENO



DON MANUEL GANS GIMENO

PROPÓSITOS Y ESPERANZAS EN PRESENTE Y PARA LO POR VENIR

AFIRMACIÓN



UCESORES del fundador por la sangre y continuadores por el espíritu son los hombres que han tomado a su cargo la empresa de sostener, intensificar y ensanchar la obra creada, organizada y dirigida por Don Ricardo Gans. Tienen plena conciencia de la importancia de su misión y no ignoran las responsabilidades que asumen en el desempeño de su tarea.

Les ha correspondido vivir en una de las etapas más difíciles y más llenas de incertidumbres de cuantas registra la historia mundial; etapa durísima en que la subversión social y económica, producida como consecuencia de la guerra europea, ha transformado el mapa universal, ha reñificado la Geografía, ha borrado imperios seculares, ha engendrado nuevas naciones y ha mudado, de la noche a la mañana, modos y formas de Gobierno, suprimiendo Monarquías y estableciendo dictaduras y repúblicas, con tales extremismos que, en algunos casos, requieren freno y reñificación para no acabar en el caos.

No desconocen que la España peninsular y la España transatlántica atraviesan un período de crisis, de reivindicaciones socialistas, de

avances del sindicalismo, y, consiguientemente, de colapso del capital, de acortamiento de pulso en todas las industrias...

Pero no sienten desmayos ni flaquezas; tienen firmísima convicción en la recia vitalidad de los países hispano-americanos y en la inmortalidad del espíritu de la Raza. Las naciones, como los niños, sufren a veces convulsiones de crecimiento; y los accesos pasan, y resurge el organismo con vigor renovado, con nuevas y mayores ansias de reafirmar su personalidad, de abrirse paso, de salir del montón de los ceros anónimos para convertirse en guarismos con valor; ansias del que se siente con alas y quiere volar: ansias abrasadoras de astro que aspira a brillar con luz propia... Así los pueblos, como los individuos. Así los que asumen la difícil misión del mando, como los que cumplen la no menos difícil de la obediencia.

Saben los sucesores de Don Ricardo Gans que han recibido una empresa planteada, desenvuelta y perfeccionada con clarividencia excepcional; saben que en la prosperidad de la fundación fué colaborador importantísimo el atractivo personal del fundador, amable, bondadoso, condescendiente, paternal con los subalternos, caballerosamente fiel a su palabra... Saben todo esto y lo repiten, aun estando seguros de no olvidarlo, porque les sirve de lección y de ejemplo, porque se proponen seguir sus huellas, avanzar por el camino que les dejó trazado, adelante, más arriba aún, hasta la cumbre...

Dura es la senda, áspera la pendiente, fatigosas las jornadas que se dibujan en perspectiva próxima y en planos más o menos remotos del horizonte social. ¡No importa!

Se sienten confortados por el calor de simpatía, amistad y benevolencia de una clientela enorme, que aumenta satisfactoriamente y extrema sus testimonios de confianza y adhesión.

Sin alarde vanidoso, pero con satisfacción muy explicable y muy humana, quieren dejar consignados aquí éstos hechos.

En vida de Don Ricardo Gans, su Casa concurrió a tres Certámenes y alcanzó las siguientes recompensas: *Medalla de Plata*, en la Exposición Nacional de Minería, Madrid, 1884; *Medalla de Mérito*,

en la Exposición Literaria Artística, Madrid, 1885; *Medalla de Plata* y *Diploma*, en la Exposición Universal, Barcelona, 1888.

Fallecido Don Ricardo Gans — y con el hondo pesar de que él no disfrutase de la legítima satisfacción de estas victorias, tan grandes por lo que representan como por lo que significan — su Casa acude a las dos Exposiciones más importantes que ha celebrado España en el decurso de su historia: la Internacional de Barcelona y la Ibero-Americana de Sevilla (ambas efectuadas en 1929 y 1930), y en la primera obtiene *Diploma de Honor* y en la segunda logra *Gran Premio* y *Medalla de Oro*.

Así — como Cid Rodrigo, el campeador leal, — se ganan batallas después de la muerte.

Y estos laureles, discernidos en justicia, quedan ya unidos como reliquias gloriosas a los blasones — Gran Cruz, con placa, de la Real Orden de Isabel la Católica, y cruces y encomiendas de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, y de Villaviciosa — con que los Gobiernos de España y de Portugal recompensaron los innumerables servicios que el Sr. Gans prestó al progreso de las Artes gráficas, así en Hispano-América como en Lusitania.

Sucesores del fundador son, por la sangre, sus hijos Don Ricardo y Don Manuel Gans; y ellos, en unión del veterano personal directivo, técnico y mercantil de la Casa, son los continuadores en espíritu de la tarea fundacional.

Sienten orgullo de continuadores, sin experimentar temor de incurrir en equivocaciones o desaciertos. No hay posibilidad de yerro en el rumbo cuando se navega con la mirada fija en un programa, que vale por un faro.

Ese programa es el cumplimiento, en su más amplia y depurada acepción, de las palabras pronunciadas por el Sr. Gans al despedirse de la vida.

Él dijo: — ¡Continuad mi obra!

Y nosotros, con fe en el momento actual y firme esperanza en lo futuro, afirmamos:

—La continuaremos, dignamente.

CASA RICHARD GANS



*SEGUNDA
PARTE*

EL MAESTRO IBARRA

I. LA MAÑANA



A villa y corte de las Españas no sobresale por excesivamente madrugadora, pero tampoco debe merecer vejamen de ser perezosa. Cuando las siete campanadas mañaneras cantan en las torres parroquiales no hay collación con edificio sin las puertas de par en par. A esa hora sale del templo de San Sebastián un feligrés y se detiene un momento en el atrio, para distribuir unos cobres entre ciegos, tullidos y octogenarios que ganguean deprecaciones humildes. Esquiva las gratitudes plañideras de los mendicantes, y, a paso largo, se encamina hacia la calle de la Gorguera. Exactamente lo mismo, invariablemente lo mismo, hace los demás días del año, desde aquél en que la Iglesia Católica conmemora la Circuncisión del Señor hasta el de la fiesta del Santo prelado Silvestre.

Diariamente asiste a la misa de seis, y también diariamente pasa después a saludar al señor Rector y Cura propio de la parroquia. Siempre hay algo que tratar acerca de mejoras y aumentos en el culto de la Cofradía Sacramental, y luego no faltan cambios de noticias y comentarios acerca de los sucesos de actualidad.

En la plazuela y por las vecinas calles surge el griterío de la venta ambulante, y sobre el pregón largo de los foncarraleros: « ¡Tomates coloraos... patatas gallegaas... judías como la sedaa!... », e imponiéndose

al reiterado anuncio de «¡a çhavo y a cuarto, calentitos! ¡Calentitos, a çhavo y a cuarto!», se alza imperativo y dominador el berrido que anuncia incansablemente «¡leche! ¡leche! ¡leche!».

Avanza por la calle de la Gorguera el feligrés piadoso y limosnero. El vientecillo matinal abullona y ondula la suelta capa de tafetán atortolado, la entreabre y deja ver el indumento: çhupa, çhaleco y calzón, todo de color gris acero, con los complementos de medias de seda, zapatos de hebillas argentadas y sombrero de tres picos.

— Santos y buenos días, Don Joaquín — dice atentamente un lonjista desde la puerta de su tienda, donde expende jabón, almidón, velas de sebo y «otros comestibles».

— Santos y buenos sean, Don Simón — contesta Don Joaquín, inclinando la cabeza, en correspondencia al saludo.

Y entra en la casa señalada con el número 22. Pasa del zaguán a una espaciosa sala-taller, que tiene por fondo ancho patio claustrado, llégase a un aposento, con puerta al taller y al patio y reja a la calle; cuelga en la escarpia capa, sombrero y espadín, envuélvese en larga y holgada blusa gris plomo, toma asiento en frailer sillón, ante una mesa llena de legajos y papeles, y bate palmas.

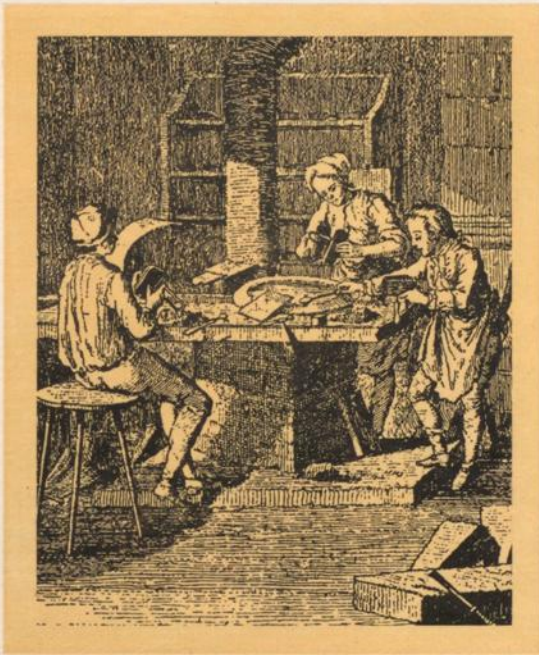
A la llamada acude una moza portando, en salvilla recubierta por blanco lienzo, el cazuelo de sopas con huevos y torreznillos, un vaso de vino tinto espeso y media docena de albaricoques.

— ¿Regresó mi dueña de la compra? — preguntó Don Joaquín.

— Al toque de las siete ya estaba en casa, con Pilara, que la acompañó.



GRABADOR



EL FUNDIDOR

Mientras el amo despacha el almuerzo — que almuerzo y no desayuno se le llamaba entonces — la moza perfecciona con un paño la limpieza ya hecha en el aposento; quita máculas y polvos a los tejuelos de los libros alineados en dos anaqueles, pule los vidrios y entreabre las hojas de la ventana y luego de recoger la salvilla, hace reverencia y se despide:

— Quede con Dios y téngame vuesa merced a su mandar.

Don Joaquín saca unos pliegos impresos sin cortar y principia a examinarlos prolijamente,

en todos los sentidos, por el anverso, en la cara correspondiente a la primera tirada y con mayor detenimiento aún por la de la retiración; rectifica en el plegado una deficiencia mínima pero muy bastante para afeo y aparente menoscabo de simetría en la anchura marginal.

— Santos y buenos días, señor Maestro — se oye decir en el taller.

— ¡Buenos días te de Dios, Sigüenza! — contesta el Maestro, y añade: — No más tarde que hoy mismo hemos de dar prisa a los fundidores; necesitamos renovar la Atanasia y la Parangona... Si Gil no puede servirnos por sus muchos compromisos o si Espinosa remolonea, acudiremos a Pradell o a Merlo, y hay que recomendarles que vean los tipos que se han obtenido con las matrices cedidas por la Real Biblioteca.

— Se hará como manda vuestra merced, señor Maestro — afirma Sigüenza, mientras inspecciona la sala de compositores.

Un zumbido de colmena va pasando de la calle al taller; sobre ruido de pasos, murmullo de charlas y arrastre de banquillos, vibran clarines de risas infantiles. En lo hondo chirrían, quejumbrosas las prensas. Dentro

del cajón de caoba del péndulo el martichuelo golpea hasta ocho veces, arrancando un tintineo de esquila ganaderil. Y se abre un gran silencio. Ha comenzado la oración del trabajo cotidiano de cien hombres, con más una docena de muchachos.

Sigüenza y Pedro Rodríguez revistan al personal. No falta nadie. El mes de junio es muy distinto del de enero, tocante a enfermería y a rezagamientos por apego a las sábanas.

Transcurrido un cuarto de hora, nunca antes, el Maestro deja su despacho y recorre los talleres. Bondadoso, afable, su saludo es la sonrisa, como respuesta a las inclinaciones de cabeza de los operarios.

La sala de composición tipográfica está festonada de chivales provistos de cajas, dividida en toda su longitud por una hilera de capuchinas. Chivales, comodines y almacenes de tipos se prolongan por las galerías del patio. Rótulos puestos en cajas y almacenes dicen los cuerpos de letras allí guardados, con sus correspondientes cursivas: *Atanasia, del Breviario, Entredos, Glosilla, Lectura gorda, Lectura chica, Parangona, Peticano, del texto...* Algunos marbetes llevan, para mayor aclaración, un apellido: el del que grabó las matrices y fundió el tipo.

No se altera el ritmo del trabajo por la presencia fiscalizadora del Maestro. Todos han aprendido, a fuerza de oírsele repetir, el *¡Festina lenta!* Todos saben lo que es apresurarse despacio, y están penetrados de que hay que anteponer la calidad a la cantidad; ni el Maestro contrata a destajo ni tolera a los manotas y chapuceros. Su casa no se conformó con ser obrador de menestrales y artesanos; se ha levantado a escuela y vivar de artistas, y la gloria de llamarse discípulo de Don Joaquín vale por una jefatura en los talleres de la Imprenta Real y en los de Sancha, buenos en ley, pero inferiores al del Maestro, que es más que mejor: el primero en España, en las Indias, y acaso en el mundo...

Despaciosamente pasa Don Joaquín ante los cajistas que trabajan en las galerías del patio; allí, en la rotulación de las cajas, aparece una advertencia: Real Biblioteca.

Un aprendigón deposita papeles y anchas tiras de papel, húmedo aún, en la mesa ante la cual aparecen sentados frente a frente dos hombres

de edad proveña, ambos con antiparras. Uno de ellos lee en voz alta lo que dicen las tiras de papel, y el otro escucha e interrumpe, cuando las palabras del lector discrepan del texto de los papeles con que el oyente efectúa el cotejo; entonces, el lector moja la pluma de ave en el tintero, y hace tachaduras y garrapatea al margen de lo impreso en las bandas de papel húmedo.

Al cruzar ante la mesa del corrector y del atendedor, llegan a oídos del Maestro estas palabras: « una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al Cura, con voz baja: Esta ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina... »

Sonríe Don Joaquín, siente el orgullo de que su oficina sea eco, resonancia y perpetuación estampada de los conceptos del Manco sano y famoso todo. Avanza en la visita y largamente quédase contemplando el funcionamiento de las quince prensas, acomodadas en dos grandes aposentos que primitivamente fueron cocheras y caballerizas y que ahora son los más decorosos y mejor cuidados de la casa.

Pedro Rodríguez, el celador de prensas, invita al Maestro a comprobar, en el departamento donde se elabora, la excelencia de la tinta acabada de fabricar. Pero en el mismo instante en que atraviesa el patio el Maestro y el jefe de prensistas, llega Sigüenza:

— Maestro, el representante de los molinos de Cataluña aguarda a vuestra merced.

Las últimas palabras de Juan José de Sigüenza, regente de la oficina, se extinguen bajo un chaparrón de voces reñidoras, agriamente reñidoras, que cae al patio desde las ventanas del piso principal.

Núblasele el semblante a Don Joaquín; entristecido se aparta de Rodríguez y sigue a Sigüenza.

Ya, en su despacho, cambia el saludo con el visitante; abre el arca, saca dos taleguillas de lienzo y efectúa el recuento de su áureo contenido:

— Trescientas resmas de papel marquilla, en 4.º, ajustada cada una al precio de sesenta reales, montan diez y ocho mil reales de vellón. Prevenidos estaban y aquí entrego a vuesa merced trescientos doblones sencillos de a sesenta reales de vellón. Deme el recibo y quedo en paz.

—Gusto da tratar con hombres como vuesa merced, que son esclavos de la palabra, pagan a toca teja y dan realce con el primor de su arte al papel que emplean en su oficina. Así piensan y me mandan decirlo mis señores los dueños de los molinos y fábricas que proveen a este honrado establecimiento. Y se me alcanza que pretenden hacer una fabricación especial que lleve el nombre de Don Joaquín de Ibarra —manifiesta el representante.

—Obligado quedo a la fineza —declara el Maestro, despidiendo al visitante, — pero por ahora daréme por contento y bien servido con que se esmeren al acondicionarme los envíos. Son demasiadas las manos costeras que pierdo en cada remesa.

—Orden tengo de reponerlas a entera costa de los remitentes, y ahora con licencia de vuestra merced, quedando siempre a su mandar, me retiro.

Sale el Maestro y acompaña hasta el zaguán al agente de los fabricantes papeleros.

Vuélvese y hace alto ante un escaño, donde aguardan una anciana y dos muchachos.

Los tres pónense de pie y corresponden a la inclinación de cabeza con que el Maestro los saluda.

—Vengan conmigo y hablaremos — les dice, y los guía hasta su despacho.

Les hace tomar asiento, los contempla con mirada fija y exclama:

—Desde ahora advierto que sólo hay hueco en la oficina para un aprendiz. Y lo advierto porque veo que son dos los aspirantes.

—Perdóneme vuesa merced, mi señor Don Joaquín — se apresura a exclamar la anciana, que semeja un pergamino envuelto en bayetas negras. — Para que en esta casa aprenda y se haga hombre de provecho, traigo sólo a mi nieto aquí presente. A responder por él, tocante a familia y buenas costumbres, se ha ofrecido Don Francisco de Goya, por la mucha amistad con que nos favorece...

—¿Y por tí quién sale fiador? — pregunta el Maestro, atajando la relación de la viejecita y encarándose con el otro aspirante.

Puesto de pie, con respeto pero sin cortedad, el muchachote responde:

— Si soy aceptado, vendrá mi madre a tratar con vuesa merced, señor Maestro; vendrá y traerá cartas que hablen por mí; padre no tengo y mi madre trabaja día y noche para ganar su pan y el pan de cinco hijos, yo el mayor; y si por dicha mía fuese aquí admitido, mi proceder será mi mejor recomendante...

Don Joaquín mira de hito en hito al muchacho; luego ofrece a los aspirantes dos hojas de papel barbado y dos plumas, les hace aproximarse a la mesa y les ordena que escriban las palabras que va a dictarles.

Toma unas tiras impresas, que aún tienen húmeda la tinta, y lee entonadamente. — *Con esto conocieron que el que parecía labrador, era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido a Luscinda...*

Pausa. Dejan de rasgurar las plumas. Don Joaquín alza de la mesa un papel — el recibo dado poco antes por el agente y cobrador de los molinos de Cataluña y dice:

— Apuntad y ved cómo sacáis esta cuenta: hemos comprado trescientas resmas de papel, al precio de sesenta reales cada una... ¿Cuánto tenemos que pagar, así que nos entreguen a toda satisfacción el pedido?

Los muchachotes se miran y miran al techo; uno hace y detiene a tiempo el ademán de rascarse la cabeza; otro, con gesto asustado, deja asomar entre los labios la puntita de la lengua. Al fin, con un resoplido de satisfacción, plumean, comprueban y balbucen:

— ¡Ya está!

El Maestro se encara con el aspirante que tiene por fiador a Don Francisco de Goya y le demanda:

— ¿Sabes el genitivo, singular, de *quidque*?

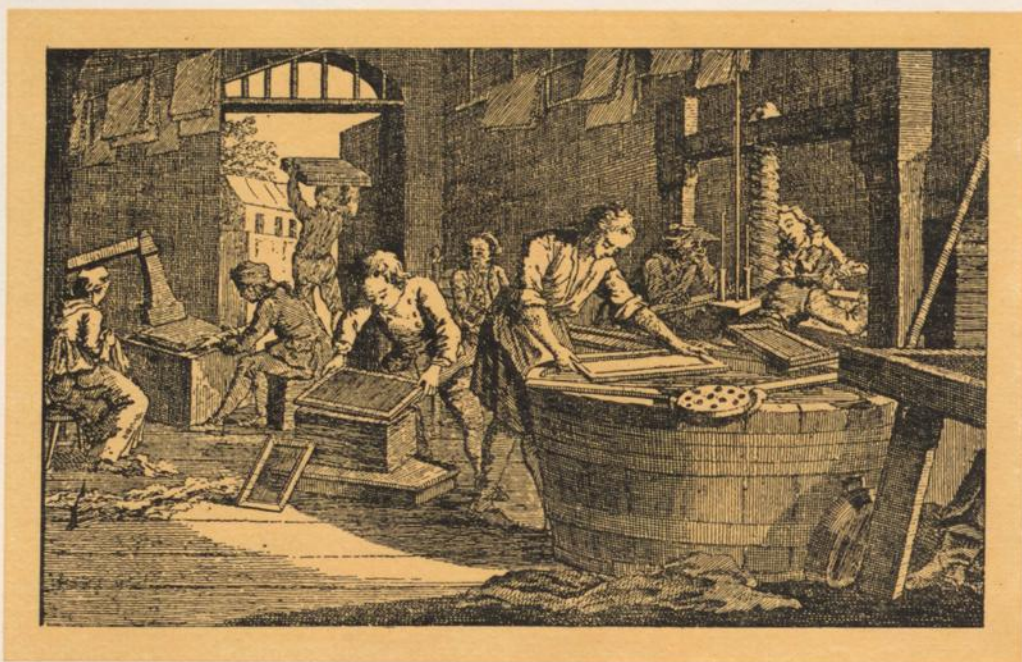
Palidece el chaval, reflexiona y dice tímidamente:

— *Cujusque...*

Vuélvese Don Joaquín hacia el otro rapazuelo, hacia el que ofrecía su conducta por valedora de su persona, y le interroga:

— ¿El dativo de *quidque*?

— *Cuique* — contesta el examinado, y añade: — sé ayudar a misa y



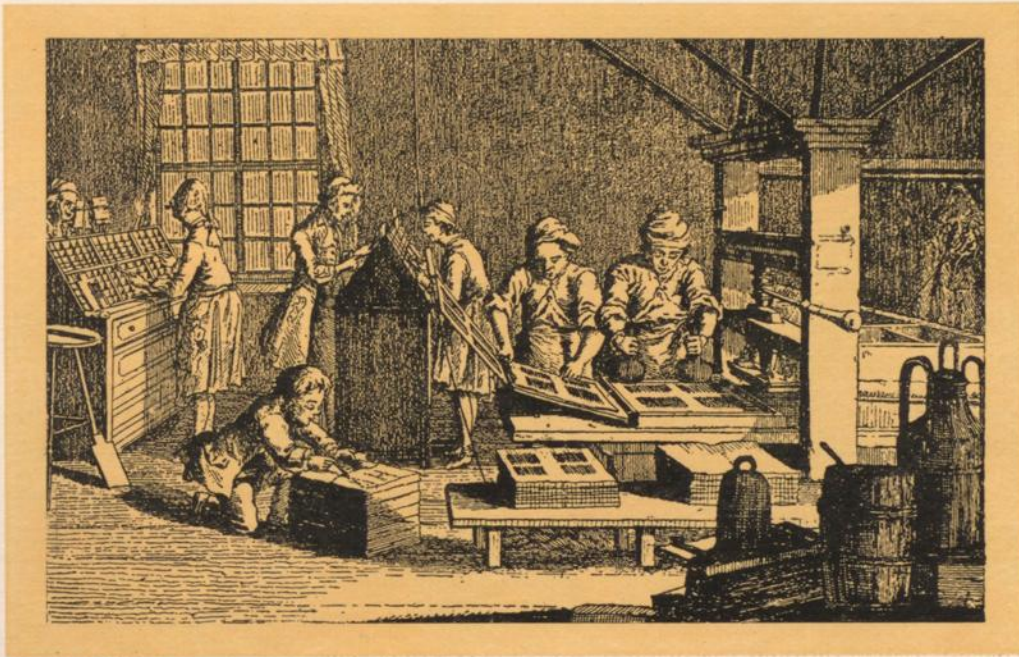
FABRICANTE DE PAPEL, SEGÚN UN GRABADO DEL SIGLO XVIII

puedo rezar en latín casi todas las oraciones; pero me falta aprender mucho de conjugación...

—Apuntad ahora en el papel vuestros nombres y apellidos, y las señas de las casas en que vivís, y entregadme esas hojas, que yo vea cómo andáis de ortografía y de cuentas.

Pausa. Los muchachos entregan las hojas en que garrapatearon; da el Maestro un vistazo a los escritos, llama a Sigüenza, que acude presuroso:

—Desde mañana, bajo tu dirección, comenzarán a aprender el oficio Francisco Román y Miguel Carmona: sólo necesitábamos un muchacho, pero admitiremos a éstos dos mocitos, y ya veremos, cuando se apliquen y aprovechen, cuál de ellos queda en compositor y cuál pasa a las prensas con Rodríguez. Para entonces ya se habrán puesto de acuerdo —sonríe benignamente, mientras los chavales se arrebolan primero de satisfacción y luego avergonzados— y Carmona cederá de buenas ganas a su compañero una haçe que sobra a *bera* para que Ramón acuda a la necesidad de una *ermosa*, que no tendrá la debida hermosura sin esa haçe...



OFICINA DE IMPRENTA, EN LA ÉPOCA DE IBARRA, SIGLO XVIII

Sigüenza llévase a los muchachos a la oficina para hacerles las admoniciones y advertencias de rúbrica; la anciana se despide gozosa y agradecida, renovando la promesa de visita o carta de Don Francisco, y, cuando Don Joaquín torna a abstraerse en la minuciosa lectura de pruebas, siéntese interrumpido por un leve contacto de calor húmedo en la diestra y por unas palabras susurradas fervorosamente, tras del beso en la mano:

—Dios se lo pague a vuesa merced, señor Maestro...

Y Miguelillo Carmona sale de estampía, asustado de su propia audacia; al verse en la calle, brinca de gozo.

Por la entreabierta ventana, con acentos de himno triunfal, llega este grito infantil:

—¡Ya soy aprendiz en la oficina del señor maestro Ibarra!

Vuelve a reinar el silencio; avanza la mañana y el sol sube en el horizonte... Precedido por Sigüenza, que le abre la puerta del despacho, lo anuncia y se inclina respetuosamente cediéndole el paso, entra un caballero.

— Guarde Dios al príncipe de nuestros impresores — dice afable, pero tímidamente, el que llega.

De pie, con afecto y extremada consideración acoge el Maestro al juvenil cliente.

— Norabuena venga a honrar mi casa el que ya desde mozo añade gloria a la gloria del apellido que su padre dióle.

Cohibido, sacúdense el casaquín el caballero y queda silencioso un rato. Al cabo habla, con algún esfuerzo, demostrando no ser amigo de prodigar palabras.

— Aquí están revisadas las segundas pruebas — dice — y ceda todo elogio ante el hecho de que no he encontrado en ellas nada corregible; no hay errata alguna, y, en cuanto a rectificar de mi cosecha, no he sido osado a poner coma ni punto, por debido acatamiento a la autoridad de cosa juzgada.

Pone en la mesa un rollo de papeles en folio que en junto forman veintidós páginas, con más una hoja preliminar. La portada reza así: LA TOMA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL. — *Romance endecasílabo, publicado por la Real Academia Española, por ser entre todos los presentados el que más se acerca al que ganó el premio. — Su autor, Don Efrén Lardnáz y Morante (Don Leandro F. de Moratín).*

— Grande honra — afirma Ibarra — es merecer el Accésit en un Concurso de nuestra más alta Corporación literaria, cuando el autor galardonado aún no ha cumplido veinte años de edad.

— Como honra grande la estimo, y me agranda el contento ver que mis endecasílabos salen en letra de molde de la casa del Maestro, que ello asegura la perfección y nitidez de lo dado a la estampa.

Don Joaquín, que conoce a D. Leandro, sabe el valor del elogio, y lo agradece.

— Del aprendizaje de orífice y platero pasó mi señor Don Leandro a oficial y maestro de orfebres y filigraneros del idioma castellano. Quien lo hereda no lo hurta, y de gusto me será dar parabienes a mi admirado señor Don Nicolás. No hay quien no sepa de corrido las inmejorables quintillas de su *Fiesta de toros*.

Y el Maestro, como obedeciendo a la sugestión del recuerdo, recitó a media voz:

« Madrid, castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo... »

—Y siendo muy verdad lo que de mi padre dice vuestra merced — observa, con dejos de amargura, Don Leandro Fernández de Moratín, — es lo cierto que nuestra Real Academia insiste en poner sobre los poetas contemporáneos al desmayado rimador Don José María Vaca de Guzmán y Manrique. Púsole sobre mi padre en el Certamen abierto para cantar *Las naves de Cortés destruídas*, y pónelo sobre mí en el concurso celebratorio de la *Rendición de Granada*. Mucha mano tiene en la Academia el exrector del Colegio Manriqueño de Alcalá, y ahora ministro del Crimen en la Real Audiencia de Cataluña. Lo que sobra en desgarbo y ripios, falta en inspiración a su obra de romancero...

Del cajón de caoba del péndulo salen los sonidos de once golpes descargados por el martichuelo.

Al apagarse la última campanada entra la moza. En la salvilla, revestida de blanco lienzo, trae lonchas de jamón, rebanadas de pan, un frasco de vino dorado y vasos. Deja todo ello en la mesa y se marcha, mirando a hurtadillas al caballerito. No es un Adonis el mancebo, a menos que entre las prendas corporales del señor Adonis figurasen nariz larga y abultada, boca grande y de gruesos labios y barbilla prominente. Pero allí están, ennobleciendo el semblante, los ojos, de expresión entristecida, y la frente ancha y de mucho despejo.

Don Leandro toma de buena gana el pisco-labis con el Maestro. El jamón proviene de la sierra alpujarreña y el oloroso vino llegó de los lagares montillanos.

Como todos los taciturnos, Don Leandro, cuando rompe a hablar, aventaja a los más elocuentes; y, como todos los tímidos, cuando está en visita no se atreve a darla por terminada.

Expone Don Leandro el deseo de estudiar despacio todas las obras

maestras de impresión que Ibarra recibe del extranjero, y que no hurta al examen de los aficionados, bien que ni tiene biblioteca ni nunca ha querido ejercitarse en artes de mercader de novedades extranjeras.

Accede gustosamente Ibarra a la pretensión, y luego tuerce el departamento hacia la famosa tertulia de la fonda de San Sebastián, famosa por los méritos de los literatos que allí se reúnen y por el único estatuto de aquellas juntas, que sólo permite hablar de amores, versos, toros y teatros.

—Por ahora únicamente se habla de teatros, y aunque el respeto a los calificados contertulios me reduce al papel de oyente, propóngome decir — acaso lo deje por escrito en alguna comedia que en el magín me bulle, — al tanto de las obras que hoy se aplauden en escena: Ahí no hay más que un hacinamiento de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común (1).

Don Leandro aprovecha las manifestaciones de asenso del Maestro a sus palabras, y con unos apretones de manos se escabulle.

Al salir de la oficina, lluévenle en la calle los toques de campanarios parroquiales y conventuales, anunciadores del mediodía.

Y a este mismo tiempo llegan nuevamente a oídos de Ibarra ecos de aguda y displicente porfía en el piso principal.

Adolorido y descompuesto el semblante, déjase caer en el sillón Don Joaquín y queda allí cabizbajo.

No oye entrar a sus oficiales Sigüenza y Rodríguez, que, sin atreverse a turbar aquel recogimiento, permanecen suspensos y atristados.

Retumba en el taller de composición un golpe, acaso de un galerín que cayó sobre la tarima.

Sale de su ensimismamiento el Maestro, con más palidez en las mejillas, con más brillo en las pupilas acalenturadas.

(1) De *La comedia nueva o el café*, por Don Leandro F. de Moratín.

Recibe de manos de Rodríguez una taza y hace pasar su contenido, gota a gota primero y luego a chorrito, hasta un vaso de vidrio; examina al trasluz el líquido espeso, toma una gota entre el pulgar y el índice y se cerciora de la densidad y finura de la tinta. Finalmente dice a Rodríguez:

— Bien está, saca una prueba y a tu arbitrio dejo el añadir un puntito de azul, en la proporción que consideres necesaria.

Pedro Rodríguez torna al laboratorio de tintas.

Ibarra entrega a Sigüenza las pruebas devueltas por « el hijo de Don Nicolás » — que todavía la fuerte personalidad del padre gallardea sobre la de Don Leandro. Antes de entregarlas, traza una rúbrica en la portada y añade una cifra. La rúbrica vale por la orden para dar principio a la estampación y el número corresponde al de la prensa en que se efectuará la tirada.

De los talleres llegan rumores que son avisos de la suspensión del trabajo, cesa el chirrido gemebundo de las prensas y hay ecos y resonancias de pisadas fuertes, de órdenes y advertencias, de arrastre de banquillos. El zumbido de colmena, al salir de la oficina, se transforma en ruidosa expansión de júbilo; vibran los clarines de las risas infantiles. Los operarios no recatan la alegría física que experimentan ante la proximidad del disfrute de la comida.

Pedro Rodríguez sale de los últimos; arrinconados en las galerías del patio quédanse dos veteranos oficiales y tres aprendices. Tienen sus viviendas demasiado lejos de la oficina y han obtenido licencia para consumir allí los manjares que cotidianamente llevan prevenidos en fiambreras o cestillos.

Con gran diligencia, los aprendices dan un riego y un barrido a los talleres. En cambio saben que recibirán abundante participación de las viandas que se sirvan en la mesa del Maestro.

Cuando Sigüenza, que indefectiblemente es el primero en entrar al trabajo y el último en dar de mano, se llega a despedirse de Don Joaquín y a pedirle órdenes para el trabajo de preferencia en la tarde, se encuentra gustosamente sorprendido con esta invitación.

— ¿Quieres quedarte y acompañarme a comer, Juan José?



M. S. Maella inc.

E. S. Carmona inc.

«LA GUERRA DE YUGURTA»
FACSIMIL DE UNA PÁGINA DE «LA CONJURACIÓN DE CATILINA», POR CAYO SALUSTIO CRISPO
IBARRA. MADRID 1772

EL MAESTRO IBARRA

II. LA TARDE



USTOSA y no breve es la comida; más gustosa y muy más prolongada resulta la sobremesa.

Sigüenza ama y venera al Maestro, y el Maestro manifiesta a Juan José cariño paternal, le tiene en estima de insubstituible colaborador, y lo mira como discípulo dilecto, sintiendo la complacencia del creador en su obra.

Mientras despachaban la sopa, reforzada con menudillos de ave, Don Joaquín ha tomado una aceitunilla negra, picuda, procedente de campos aragoneses; basta y sobra para evocar recuerdos de la infancia lejana, recuerdos vagos de la escuela donde le enseñaron poco más que a leer, escribir y contar; recuerdos enternecidos del hogar paterno, sito en la collación de Santa María Magdalena, de Zaragoza; recuerdos del aprendizaje de la caja, en un modesto taller... Sobre todas las memorias de su niñez, flota en el espíritu de Ibarra la imagen del Ebro, la lección del gran río, fecundador de tierras, que corre incesantemente, creciendo, engrandeciendo su caudal, hasta llegar al término de su curso con tales engrandecimientos que es difícil discernir si el mar se adentra en el río para rendirle tributo o el río se hace mar, para llevar el consuelo de su dulzura a las salobres aguas.

—Muñacho—declara el Maestro—he de confesar que mi sueño fué semejar mi vida a la del río que riega mi terreno.

—Bien ha logrado vuestra merced realizar ese sueño—dice Sigüenza.

Entra la moza con el cocido, adornado con uña de vaca, jamón, rojos embutidos y buena porción de gallina.

Juan José come de todo con envidiable apetito; Don Joaquín sólo prueba unos bocados, con desgano; mastica despacio y toma sorbos de tintillo criado en las bodegas del Jalón.

— No hay hombre sin hombre — manifiesta el Maestro. Poco o nada fuera yo si no hubiese contado con mi inolvidable tío Manuel, que Dios tenga en gloria. Era mi tío regente de la Imprenta Pontificia y Real de la Universidad de Cervera. Moceaba yo cuando Manuel Ibarra me llevó a su lado, no con ánimo egoísta de que le aliviase de tarea, sino para facilitarme estudios en aquel magnífico Colegio y para completar y perfeccionar en aquella imprenta modelo mis no muy extensos conocimientos en el arte de trabajar con las letras de molde. Y aunque en la Universidad aprendí lo que sé de gramática, latín y alguna otra disciplina, a la Imprenta de Cervera, mejor dicho a su regente, debo la consideración en que soy tenido como impresor. Limpio, pulcro, correcto, incesantemente afanoso por lograr sobre lo bueno lo mejor, así era mi tío. Hablen por él las obras que salieron de aquella oficina desde 1735.

Pausa. Don Joaquín trincha hábilmente una pierna de cordero; sirve a Sigüenza cumplida ración; resérvase un trozo pequeño, coloca varias tajadas en un plato y lo envía — acompañado de otro plato lleno de cerezas — a los aprendices que retozan en el patio.

— Mi tío se adelantó a los maestros franceses — continúa diciendo Ibarra. — Hasta hace cuatro años no ha existido unidad de medida para la composición en la imprenta. Ahora han descubierto Didot y Fournier el *punto* y el *cíbero*; pero antes, mucho antes, Manuel Ibarra tomaba y me enseñó a tomar todas las medidas del ancho de la plana a *emes* justas de Parangona (1) para calcular su altura, teniendo así siempre base fija.

Hay dejos de orgullo en la voz de Don Joaquín al puntualizar las dotes de su pariente.

— Sobriedad, sencillez, buen gusto y regularidad en el espaciado y

(1) Cuerpo equivalente al 18 que se emplea actualmente.

regleteado, armonía elegante entre la caja total de las páginas y la amplitud de márgenes, acierto en la elección de tipos... ¡No hay más secretos en lo atañadero a composición!

Asiente Juan José y añade Ibarra :

—Tan seguro estoy de que me entiendes, que a veces creo que me adivinas los pensamientos. Lo digo porque siendo buen prensista Rodríguez, y mereciendo confianza para todo, te veo discretamente ayudarle a comprobar el entintado de los moldes. No estás obligado a ello, pero sabes que sin buen entintado no hay impresión buena...

Llega la moza y levanta el mantel. Vuelven a sonar voces agrias, disputando en el piso principal, y de nuevo se ensombrece el rostro del Maestro.

Tras ancha pausa, cuando se aplacan los gritos de la porfía familiar, habla Don Joaquín:

—Quiero aconsejarme de ti, porque me consta tu adhesión a la casa y porque conozco el mucho cariño que me tienes. Me han propuesto, con grandes ventajas, que venda esta oficina.

—¿Está en ello vuestra merced? —pregunta Sigüenza, con voz que se quiebra al temblar.

—No; aunque contra mi opinión se alce la de algunos de mis allegados inmediatos.

—¡Fuera gran lástima que se pusiese en trance de posible deshacimiento esta imprenta, llamada a perpetuar el nombre de su fundador!

—También me han convidado a asociarme con otro taller de buena fama, y tengo oferta de colocación bien pagada como regente de imprenta importante. Y he contestado negativamente.

El Maestro señala hacia un cartapacio.

—Ahí están el inventario de cuanto existe en la oficina, los resúmenes de ingresos y gastos, la nota de créditos pendientes, y con ello los apuntes del proyecto que concebí para que la Imprenta, al desaparecer yo, permaneciera con mi nombre, sostenida por una compañía o comunidad de condueños y partícipes; condueños por partes iguales, mis hijos Joaquín, Joaquina y Manolita; condueña, en la parte legal que le correspondiera

por gananciales y por mi disposición testamentaria, mi segunda esposa, la madre de Manolita; y partícipes en las ganancias, a más de los emolumentos de vuestros cargos, seríais tú, quedando por regente, y Pedro Rodríguez por segundo a tus órdenes... ¿Qué inconvenientes encuentras a este plan?

— Encuentro los inconvenientes que no pueden ocultarse a vuestra merced, a pesar de su mucha generosidad. Condueños y partícipes no vendríamos nunca a términos de satisfactorio acuerdo, tocante a dirección y a empleo de ganancias; quien se interesa por el árbol cuida del buen abono y de la prudente poda; quien sólo atiende al lucro, escatima el gasto y da al tronco por el pie...

— Tus poderes dirigentes serían absolutos, que sin el mando total en una mano no hay barco que arribe a puerto. Pero el toque está... —apágase la voz del Maestro— está en que Joaquín y Joaquina no se entienden entre sí, ni menos con su hermana Manolita, ni muchísimo menos con su madrastra, aun siendo como es excelente señora, —dejo a salvo su genio— Doña Manuela Contera... Al siguiente día de mi óbito, temo que ésta casa sea campo de Agramante y puñado de sal lanzado al agua...

La pesadumbre enmudece a Don Joaquín y el respeto amordaza a Juan José de Sigüenza.

La estancia es toda silencio.

— Si no me ilumina Dios, inspirándome mejor arreglo, dejaré dispuesto que, en caso de venta, se te reconozca derecho preferente de comprador, con amplias facilidades de plazos para el pago... El dinero que pueda faltarte, lo adelantarían de buen grado los fabricantes de papel.

— Y ellos se alzarían con el santo y la limosna, sin contar con que la preferencia para la compra puede anularse por mil modos, entre otros el de ir consumiendo nombre, crédito, existencias y calidad de mano de obra, hasta el punto de ruina...

— Pues hasta donde la vida me alcance, y no será mucho según lo prematuramente quebrantado que me siento, me aplicaré a discurrir soluciones, con la esperanza de que mi obra me sobreviva.

—No esperanza, seguridad doy a vuestra merced de que sus obras le sobrevivirán, para eterno renombre.

—Mis obras, sí; pero mi mayor obra, esta oficina donde he puesto las luces de mi espíritu y las energías de mi voluntad, quedará expuesta al capricho de intemperancias, al choque de encontrados caracteres...

Suspira el Maestro, abre un abultado cartapacio y se apresta a llenar la tarde de trabajo; que el trabajo, su amigo fiel y compañero inseparable desde la infancia, aun siendo preocupación le sirve de recreo, y también de fuente en que bebe paz momentánea y olvido confortador.

Como por la mañana, hay un trasiego de zumbidos de la calle al taller. El enjambre vuelve a la colmena. Sigüenza y Rodríguez asisten a la entrada del personal. Pasado que sea un cuarto de hora, Don Joaquín recorrerá los departamentos en sentido inverso a como los recorrió en la visita matinal. Ahora irá primeramente al laboratorio de tintas y al almacén de papel; a continuación se detendrá en la sala de encuadernación y en el puesto de los correctores; inspeccionará luego la sección de ajuste e imposición de formas; se interesará por el funcionamiento de cada prensa, y finalmente paseará por las galerías ante los chibaletes y rematará la vuelta a su despacho atravesando entre la hilera de capuchinas que divide longitudinalmente el salón de compositores.

Y así un día y otro, y un año y más años; y siempre así, sin cansancio visible, sin desmayo aparente, con la fe en el propio esfuerzo y con la convicción inquebrantable de que el ejemplo, por pequeño que sea, es ejemplo.

Mientras los madrileños terminan de dormir la siesta, Don Joaquín retoca y comprueba el presupuesto para la sexta impresión de la ORTOGRAFÍA DE LA LENGUA CASTELLANA, compuesta por la Real Academia Española. Salvo error u omisión el presupuesto asciende...

Por la quinta impresión pagó la Real Academia exactamente la cantidad de 8.742 reales. El libro, en 8.º, constaba de seis hojas preliminares y de xx-254 páginas, con nueve planchas de diversas clases de escritura.

La sexta impresión allá se irá en número de páginas con la anterior. Pero, entre una otra, han corrido cuatro años, y durante ellos han subido un poquito los jornales y otro poquito los precios del papel.

—Harélo así constar en nota explicativa, para que no sea tomado a codicia lo que es razón y verdad— resuelve el Maestro, mostrando el presupuesto a Sigüenza, que entra a anunciarle «las visitas de siempre».

—Que pasen, por orden de llegada—dice Ibarra,—y prevénles que sean breves, para ahorrarme que les imponga la brevedad.

Y con afable resignación va soportando el desgrane de cuentas del rosario de pedigüños: el cajista imposibilitado que aspira a una portería o al ejercicio de cualquier ocupación compatible con sus achaques; la real o supuesta viuda de un impresor, que vino a pleitear en la Corte, y, perdido el pleito, acude a los compañeros del difunto esposo para que le sufraguen los gastos del viaje de regreso a su provincia; el desaliñado estudiantón que busca quien al fiado le imprima unas coplas pronosticadoras de grandes sucesos, coplas que, al decir de su autor, han de venderse «como pan bendito» — que es precisamente el único pan que no se vende —; y, finalmente, nunca falta el pobre más o menos vergonzante que implora una caridad. Para todos tiene Ibarra palabras alentadoras y el socorro de unas monedas. En cambio se muestra inflexible en sus tratos y contratos con libreros y vendedores ambulantes de papeles impresos.

—Las cuentas claras y el chocolate espeso — afirma en redondo Don Joaquín, sin acceder a componendas, regateos ni moratorias.

Y cuando llegan a término las visitas de agresión al bolsillo, surgen las de los proveedores: de piel, para las *balas* entintadoras; de aceite y colores para las tintas; de cartón, cuero y pergamino para las encuadernaciones... Éstas son visitas relámpagos, limitadas a la estipulación de precio y a la recogida de la nota detallando la cantidad y calidad del pedido.

Sigüenza acude y anuncia a un personaje de calidad: el ilustrísimo señor Don Juan de Trigueros.

Ibarra se apresura a salir al encuentro del personaje, no tanto por admiración hacia las prendas literarias del erudito y neoclásico traductor del BRITÁNICO, de Racine, cuanto por la representación que lleva a la oficina.

—Sea bienvenido el señor secretario perpetuo de la Real Academia.

—Muy bien hallado sea mi caro amigo, el competente maestro Ibarra. Toma asiento el que, de Revisor y Contador de la docta Corporación,

pasó a ocupar el cargo de Secretario al acaecer el fallecimiento de Don Francisco Antonio de Angulo.

Arrellánase en el sillón, tose, se acomoda los binóculos — llamados antiparras, por los mortales que no ocupan sitial académico, — saca un pliego de papel barbado y con voz campanuda lee así:

«Real Academia Española de la Lengua. En la Junta celebrada el día 1 del corriente mes de junio de 1779, a propuesta de su señor Director, la Corporación nombró por su impresor a Don Joaquín Ibarra, en atención a su notoria habilidad y a haber hecho hasta ahora, a satisfacción de la Academia, todas las impresiones que se le han encargado, y acordó se le despachase el título correspondiente».

Pausa. El Maestro, de pie, se inclina reverente agradeciendo la honra, que lo es y muy señalada.

Don Juan de Trigueros se esponja en el sillón y continúa diciendo:

— Aunque ya está expedido el título, con fecha 3 del actual, he querido adelantar a vuestra merced la satisfacción, con esta copia literal del acuerdo, que está conforme con el original del acta, según yo el Secretario certifico y autorizo con mi firma y rúbrica.

— A usía y a la Real Academia quedo obligado de por vida, más aún de lo que estaba, por los favores con que me honra. Ya soy de derecho, bien que lo fuese de hecho, impresor del alto Cuerpo que limpia, fija y da esplendor al idioma castellano. Para debida correspondencia a esta singular distinción prometo poner, más y más cada día, mis potencias y sentidos al servicio de las ediciones que esa doctísima Corporación me encomiende.

— Pues dígalo vuesa merced en esos mismos términos, al acusar recibo del título, un poco tardíamente concedido.

— Ponga usía algo más de un poco, y así acertará mejor; ésta mi imprenta tiénela por enteramente suya la Real Academia desde hace no menos de nueve años, en que reimprimí el tomo primero del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, llamado, por muchos, de «Autoridades»...

— ¿Y de entonces a esta fecha?...

— Hasta el presente llevo entregadas: dos ediciones de la GRAMÁTICA

DE LA LENGUA CASTELLANA, otras dos de la ORTOGRAFÍA; la ORACIÓN FÚNEBRE que Don José Vela dijo, por encargo de la Real Academia, en las exequias que ésta dedicó a su difunto Director, el señor Duque de Alba; el canto a LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUÍDAS, escrito por el señor Vaca de Guzmán y premiado por la Academia... Y entre cajas y prensas tengo, a más de otros trabajos menores, la nueva edición, corregida por la Academia, de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA...

—¡Felicísima memoria! ¡Lleva vuesa merced en la cabeza el índice de todas las obras que ha dado a la estampa?

—Imposible, sólo por milagro de Dios o por arte de Satán, podría mi cabeza retener los títulos de las obras que llevo compuestas y sacadas de molde; como que se acercan a dos mil; sobre todas ellas he de poner esta nueva edición del QUIXOTE, que fío ha de sacar ventaja, en excelencias de presentación, a la HISTORIA DE ESPAÑA, del P. Mariana, y al mismo SALUSTIO que imprimí a costa del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel.

—Precisamente traigo mandato de que se apresure en cuanto posible sea la terminación del QUIXOTE... Ya, ya sabemos — advierte el señor de Trigueros — cómo vuesa merced profesa el principio de que el tiempo no perdona lo que se hace sin él; pero ha de considerarse que desde marzo de 1773 se ocupa la Academia en sacar esta edición y aún no está completo el tomo tercero ni muy adelantada la composición del cuarto y último...

—Usía reconocerá que no soy responsable de la tardanza...

—Ciertamente, no; pero, querido Maestro, como la Academia está propicia a gratificar a cuantos intervienen en esta obra, yo pido a vuesa merced que los estimule. Gran lástima fué que el iniciador de la publicación, y mi antecesor en la Secretaría, el señor de Angulo, se ausentase del mundo sin ver realizada su iniciativa; mayor lástima que también haya fallecido el primer ejecutor del proyecto, el meritísimo académico señor Don Vicente de los Ríos, autor de la «VIDA DE CERVANTES» y del «ANÁLISIS DEL QUIXOTE», que van al frente del tomo primero...

—En suma — ofrece Don Joaquín — por todo lo que queda de año daré terminado el tomo tercero, y en los comienzos del próximo entregaré las capillas finales del cuarto y último; adelantando desde ahora el

ruego de que no entretengan demasiado las pruebas los señores académicos encargados de corregirlas.

— De mi cuenta corre avivar el celo de mis dignos colegas los señores Silva, Lardizabal, Mateos Murillo y Guevara Vasconcelos.

Alzase del sillón, en actitud de despedida, el señor Don Juan de Trigueros; Ibarra reitera cortesmente su gratitud por el nombramiento, y la entrevista concluye con recíprocas expresiones de amistad, tan sobrias las del Maestro como alquitaradas y profusas en fililés y arrequives retóricos las del solemne Secretario de la Corporación fundada a propuesta del Marqués de Villena, con el calor de la protección del Señor Rey Filipo V.

Llamados por Don Joaquín comparecen Rodríguez y Sigüenza, que se congratulan y regocijan, como de cosa muy propia, del nombramiento otorgado al Maestro.

Rodríguez se atreve a insinuar:

— Harto debido era el título a quien muy ganado lo tenía; fundamentalmente recelo que habrá indigestiones de envidia en nuestro honrado gremio; entren todos y salga el que pueda...

— A partir de hoy mismo — dispone Ibarra — y hasta que se admita más personal, velarán dos horas todos los operarios adscritos a la composición e impresión de los últimos tomos del QUIXOTE. Prevénganse los candilones y faroles, y según costumbre, dése de cenar, a mis expensas, a cuantos hagan velada.

Quédase solo el Maestro. En la mesa, a la vista, tiene los apuntes del presupuesto para la impresión de la ORTOGRAFÍA y la copia del acuerdo nombrándolo impresor de la Academia. Siéntese satisfecho. No es vanidoso, pero le agrada ver reconocida «su notoria habilidad». Comenzó el oficio por afición, y lo ha seguido por vocación cordial. Está satisfecho; pero a empañarle el contento llega la preocupación de que su labor no tendrá el continuador natural que deseó como padre. Tan hondamente se sume en sus reflexiones, que ni ve ni oye.

Una carroza se ha detenido ante la casa número 22 de la calle de la Gorguera, y seguidamente se ha alejado. El taller, como en brusca y total paralización de movimientos, ha enmudecido. Suavemente se abre la puerta

del despacho y en el hueco, como en un marco, queda encajada la fina y elegante figura de un caballero vestido con sedas, terciopelos y encajes; en la mano sujeta el sombrero de picos, que se quitó al entrar en el taller; el rostro, inconfundible, lo conocen todos los españoles, como augusto troquel de la moneda circulante.

Con voz dulcemente cantarina pregunta el prócer:

—¿Querrá darme un pocillo de chocolate mi impresor de Cámara y Ayuda de mi Real Furriera?...

Y sin tiempo para doblar la rodilla ni para acudir a besarle la mano, el maestro Ibarra siente oprimida afectuosamente su diestra por la diestra de la Sacra y Católica Majestad de Don Carlos III.

—¡Señor!— exclama, y trata de despojarse de la blusa.

—Así estás bien, Maestro; así aparece en las láminas el maestro Juan de Maguncia.

Antes de tomar asiento, el Rey pasa revista a los libros alineados en un anaquel. Proceden de los talleres extranjeros más renombrados. El Monarca conoce bien esas obras y sabe apreciar su valía tipográfica, que no en vano aprendió y practicó el noble arte— cuando era Infante de España— en la minúscula imprenta que para ese efecto se instaló en Palacio, bajo la dirección de Antonio Marín, el impresor de mayor prestigio en aquella época.

Sin fatuidad, con sencillez, designa los nombres de los impresores:

—Abraham, Juan y Daniel Elzevir, de Leyden; Francisco Ambrosio y Pedro Didot, y Enrique y Roberto Estienne, de Francia; Plantín, de Amberes; Baskerville, de Londres...

Siéntase y dice:

—Esos libros pueden ofrecerte motivos de admiración, pero no te enseñarán nada que no sepas; en cambio, de ti deben aprender todos. Es gracia y es habilidad ese arte con que borras en los pliegos las huellas de la estampación. ¿Cómo diste en ello?

— Señor, de la manera más sencilla del mundo; al recibir las primeras láminas de la nueva y aún no concluida edición del QUIXOTE, noté por la vista, y hasta por el tacto, la profunda huella que dejó el tórculo al

efectuar la estampación, huella naturalmente producida por los bordes de la plancha de cobre, al sufrir la enorme presión que requiere el grabado en hueco, para quedar debidamente estampado. Ello era feo, aunque venía aceptándose como inevitable. Por puro afán de enmienda, y sin propósito de inventar cosa alguna, tomé una espátula de madera y me apliqué a quitar, por el reverso de lo estampado, las prominencias que dejaron los bordes de la plancha. A los pocos instantes el papel mostróseme del todo alisado y hasta con tersura sedeña. Ello y repetir la operación fué casi tan breve de ejecutar como de referir, y ello y efectuar la quita de arrugas y el lustrado, pasando nuevamente por el tórculo los pliegos impresos, fué uno y lo mismo.

— Gran belleza y perfección has conseguido, y es modestia no ufarte de ello; sin perjudicar a los grabadores has beneficiado la producción de la imprenta. Para bien sea, maestro Ibarra. Y, ahora, guíame a dar una vuelta por tu oficina.

— A las órdenes de Vuesa Majestad estoy siempre, y agradezco más la honra por lo mismo que mi pobre casa no es digna de una visita regia.

Al comparecer S. M. el Rey en el taller de composición, suspenden los cajistas su faena y se inclinan reverentemente.

El Monarca extiende la mano y ordena:

— Continúen todos en sus tareas, salvo que el Maestro venga en mandar otra cosa.

Al lado de Ibarra, y seguido por Sigüenza, el Soberano ve componer a los tipógrafos y se detiene ante las cajas en que, con los tipos procedentes de los punzones de la Biblioteca Real, se confecciona la edición de la novela de Cervantes.

— No he olvidado el manejo del componedor — afirma el Monarca — y si un día de estos puedo permitirme una escapatoria, holgaréme viniendo a componer en persona una página de ese glorioso libro. Ello y más merece la memoria del creador del gran hidalgo manchego.

En la sala de prensas, el Rey se interesa por el trabajo y pide a Pedro Rodríguez explicaciones del perfeccionamiento que ha inventado.

— Señor, se trata de una pequeñez — declara humildemente el celador

de los prensistas. — No merece pasar por invento el añadido de esta pieza, que yo llamo *cajón*, y que sujeta y regula los movimientos del husillo, forzándolo a bajar y subir perpendicularmente...

— Con lo cual has evitado el remosqueo y has economizado mucho perdido... Norabuena, muchacho.

Más adelante, en el taller de encuadernación, asiste al alisado y plegado de las hojas impresas, y se ejercita diestramente en alisar una de ellas, hasta darle verdadera tersura sedeña.

De vuelta en el despacho, hállase la Católica Majestad ante la merienda, servida en finísima porcelana china y en tallado cristal. Desparcidos en el lienzo hay claveles y rosas.

Por mandato regio, el Maestro comparte la merienda con su augusto huésped: chocolate, con hojaldres, bizcochos y bollos de Jesús; almíbar de acerolas y panal o esponjado de color de rosa en el vaso de agua. Ni más ni menos acostumbra a tomar el Rey en su Alcázar.

— De alegría me sirve notar los aumentos y adelantos de tu oficina, desde mi última visita.

— Ingratos y necios fuéramos los impresores si no aprovechásemos las exenciones, privilegios y beneficios que la munificencia de Vuestra Majestad nos viene otorgando, a partir de la fecha de la anulación del privilegio que disfrutaba Plantin de Amberes, para la exclusiva estampación de libros litúrgicos...

— Justicia fué, y así lo testimonia el *BREVIARIUM GOTHICUM* que salió de tus prensas cuatro años há, y que aún no ha sido superado por los maestros de Amberes y Leyden, — dice el Soberano.

— Señor — tiemblan de emoción las palabras del Maestro, — quisiera yo que mis libros fuesen lenguas pregoneras de la grandeza de vuestro reinado; consuélame que, lo que ellos no digan, lo dicen ya los puentes, calzadas, canales de riego, colegios, arsenales, lonjas de contratación, colonias agrícolas y otras infinitas mejoras con que enriquece Vuestra Majestad a nuestra amada España...

— Por amor a ella te perdono las lisonjas, — dice el Rey, y se despide del Maestro.

En la puerta aguarda la carroza, y al pie de ella está un magnate: puestos en dos filas todos los operarios forman calle para rendir saludo al Monarca hasta el mismo umbral del taller. En el zaguán, como de guardia, aparecen Sigüenza y Rodríguez, y a la portezuela de la carroza, junto al magnate que ayuda a subir al Soberano, sólo llega el maestro Ibarra.

Un mozo de prensas, rudo y charlatán, osa murmurar:

— Pintábame yo, en mi magín, a su Real Majestad, con manto, corona y cetro. Agora me encuentro con que tiene cara de onza pelucona.

— Creías que el Rey de España era un rey de baraja — observa burlo- namente un corrector — y ni siquiera caes en la cuenta de que son las monedas las que copian mejor o peor la efigie del Monarca.

La sorpresa y el respeto detienen la carcajada del mozo refunfuñador:

— ¡Anda, pues si es verdad! El que no sabe, es como el que no ve.

El sol muriente abriga el remate de la torre del templo parroquial de San Sebastián; la torre se destaca por obscuro sobre el fondo rojo del firmamento crepuscular.

La regia carroza se ha alejado rápida y discretamente, como llegó; como es voluntad del señor Rey, que rehuye exhibiciones y gusta de satisfacer sus sentimientos con recato de intimidad.

Los vecinos de la calle de la Gorguera se enteran de la calidad de la visita cuando ya es ido el visitante.

En el taller, sobre los haces de luz vespéral, flota como un polvillo áureo que da nimbo a la austera figura del Maestro. Verdaderamente se asemeja a Juan de Maguncia, tal cual las estampas muestran al inventor de la imprenta.

— El magnate que venía de servicio — dice Sigüenza a Don Joaquín — me ha dado por mandato del Soberano estas monedas de oro, para que todo el personal se regale con una merienda campestre.

— Hágase así, y ello sea el primer día festivo de los que vengan — puntualiza el Maestro.

Y a los vítores de un aprendicillo, tan descarado como agradecido, cien voces alborozadas contestan:

— ¡Viva el señor Rey! ¡Viva el maestro Ibarra!



LA CONJURACION
DE CATILINA
P O R
CAYO SALUSTIO CRISPO.



*ESTA cosa es que los hombres , que de-
sean aventajarse a los demás vivien-
tes , procuren con el mayor empeño
no pasar la vida en silencio como las
bestias , a quienes naturaleza criò in-
clinadas a la tierra y siervas de su vientre. Nues-
tro vigor y facultades consisten todas en el animo y
el cuerpo : de este usamos mas para el servicio , de
aquel nos valemos para el mando : en lo uno somos
iguales a los Dioses , en lo otro a los brutos. Por*

C. SALLUSTII CRISPI
CATILINA.



*UONIS homines , qui sese stu-
dent præstare ceteris ani-
malibus , summa ope niti
debet , ne vitam silentio transeant,*

*veluti pecora ; quæ natura prona,
atque ventri obedientia finxit. Sed
nostra omnis vis in animo et cor-
pore sita est. Animi imperio , cor-
poris servitio magis utimur. alte-
rum nobis cum Dis , alterum cum
belluis commune est. Quo mihi rec-*

A

FACSIMIL DE LA PRIMERA PLANA (TAMAÑO REDUCIDO)
IBARRA, MADRID 1772

EL MAESTRO IBARRA

III. LA NOCHE



EN torno de la mesa, dentro del círculo formado por la luz que arroja la lámpara de aceite, el Maestro y su familia se congregan para cenar. Ligeros y no muy numerosos son los manjares, que empiezan en una ensaladilla de judías verdes con tomate y acaban en el queso y la miel, sin otro intermedio que el de una tortilla aderezada con tajaditas de escabeche. El médico suele decir que «más matan las cenas, que curó Avicenas», y la gente menos docta afirma: «de cenas, están las sepulturas llenas.»

Con parquedad de frase, pero sin omitir pormenor de interés ni detalle importante, el Maestro informa a la familia de los dos grandes acontecimientos del día: la concesión del título de impresor de la Real Academia Española de la Lengua y la visita del Rey Don Carlos a los talleres.

A la esposa y a los hijos les complace, sin muchos extremos de alegría, la primera noticia; la esperaban, como se espera el pago de una deuda.

En cambio aparentan sorpresa respecto a la visita regia, aunque todos se enteraron de ello a tiempo para ver disimuladamente el paso del Soberano por el patio y para asistir, tras las celosías de los huecos de fachada, a la salida del Monarca. Además, Doña Manuela, Joaquina y Manolita manipularon en la preparación de la merienda, y no merecerían pertenecer al bello sexo si no hubiesen inquirido en el acto la condición del personaje para el cual se requerían excepcionalmente las mejores piezas del chinero y las salvillas de plata.



Natural es el prurito por conocer exactamente las palabras de elogio y de afecto pronunciadas por Su Majestad, y es natural que Doña Manuela exprese esperanzas, y también deseos, de favor regio en beneficio de la casa y de la familia.

El Maestro tuerce el gesto y troncha las esperanzas refunfuñando:

—Lo que se puede ganar, no se pide; lo que no se sabe ganar, no debe pedirse.

—¿Ni siquiera una bandolera de la Guardia Real, para un hijo capaz de llevarla? ¿Ni siquiera un oficio en Palacio, cuando hay hijas que pueden medrar y lucir al servicio de la Reina?

Dándose por directamente aludidos, Joaquín y Joaquina se hispan en actitud de gallitos peleadores. Manolita baja la cabeza.

—Ni eso, ni nada — declara rotundamente el padre.

El primogénito corrobora:

—Con licencia de vuestra merced, señor padre, he de decir mi entera conformidad con no formular peticiones, y aclararé que la bandolera, dotada con el prest de diez reales diarios, más tiene de penitencia que de prebenda.

Joaquina, desabridamente, añade:

— Séame permitido dar por cierto que a mi madre, que esté en la santa gloria, no se le hubiera ocurrido jamás pretender para una hija plaza de moza al servicio de nadie, ni de Reina ni de Emperatriz.

—¡Buena substancia da el orgullo en el puchero! — replica Doña Manuela.

—¡Basta ya de dimes y diretes! — ordena Don Joaquín. — Pido y mando que ceséis en porfías y disputas. Hora es de que os acojáis al descanso. ¡Buenas noches!

Doña Manuela se muerde los labios, muy contrariada.

Joaquín, Joaquina y Manolita besan la mano del padre, y éste abandona el comedor. Los peldaños de la escalera gimen sintiendo las fuertes pisadas del Maestro.

Terminó la velada en los talleres; se fueron los operarios y los aposentos se olean, con puertas y ventanas de par en par.

Guiado por la luz del farolillo que arde ante la estampa de la Santa Virgen del Pilar, Don Joaquín se encamina a su despacho, enciende la lámpara y se acoge al refugio del trabajo.

En la mesa le aguardan galeradas de segunda corrección, pruebas de páginas ajustadas, capillas, borradores de presupuestos... Ibarra, que no es trasnochador, se aplica obstinadamente a la tarea, con terqueza de ensañamiento doloroso.

Por la entreabierta ventana entra una saeta. La voz de la ronda de la Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza — llamada por el vulgo del *Pecado mortal*, — mueve de su asiento a Ibarra, que llama a uno de los hermanos y le entrega la limosna, que va a parar a la reglamentaria bolsa de cuero.

Relampaguean por la calle las linternas de los *Pecados mortales*.

Desde la esquina lanza el sereno, después del Ave María Purísima, el anuncio de que son las once.

Don Joaquín prosigue tozudamente su labor. De cuando en cuando se detiene y medita. Luego reanuda la revisión y el ordenamiento de papeles.

Robusto, vigoroso, poco más que cincuentón, se le advierte el quebranto, físico o moral, en la desmayada inclinación de los hombros, en la laxitud del pliegue de los labios y en el temblor de los rasgos que deja la pluma.

Ya no iguala el pensamiento con la vida, y se rinde a la tenaz preocupación que le inspira el mañana. Es un triunfador glorioso, y semeja un vencido incapaz de luchar.

Quédase meditabundo por largo espacio. Pasan las horas.

De pronto toma un pliego de papel de hilo, procedente de mano costera, a juzgar por las huellas que lo surcan; consulta unos apuntes, y traza, debajo del seguro de la cruz, estas palabras: «Borrador para modificar mi testamento». A ello se adiciona: «Póngase la profesión de fe católica y la expresión de las mandas acostumbradas y forzosas».

Continúa escribiendo.

Silba prolongadamente una lechuza y rompe a cantar un gallo...

M. R. BLANCO-BELMONTE.

**Del homenaje tributado por el Cabildo Municipal de Madrid
al impresor Ibarra con motivo de la colocación de una
placa en el domicilio donde tuvo su oficina.**

JOAQUÍN IBARRA...

*He aquí un hombre sencillo y afanoso
que ofrendó Zaragoza, al pueblo mío;
si el Ebro le donó destreza y brío,
Manzanares le dió laurel glorioso.*

*¡Zaragoza y Madrid...! Dos limpios soles
que a España alumbran como España ansía...!
Si viviera hoy Ibarra, ¿Imprimiría
lo que escriben algunos españoles...?*

*Cuéntase del buen rey Carlos tercero,
—que en admirar a Ibarra fué el primero,—
que al pisar ese umbral se descubría...*

*Y refieren también graves testigos
que el rey y el impresor eran amigos,
amigos sin más ley que su hidalguía.*

José Rincón Lazcano.

Soneto leído por su autor en el acto del descubrimiento de la placa conmemorativa. — El día 21 de Julio de 1923.

A la muerte de Don Joaquín Ibarra, el 13 de Noviembre de 1785

SONETOS

«Murió el ilustre Ibarra, aquel portento
Tan singular que el siglo ha producido,
No fué emulado, siendo aborrecido
De aquellos a quien daba lucimiento;
Pero el de perspicaz entendimiento,
Que no esté de codicia poseído,
Confesará que a él solo le ha debido
La noble imprenta todo su fomento:
Y así llore su infausta y triste suerte
La España si a este modo va perdiendo,
A impulsos de la dura y cruel muerte,
Los que el Comercio van enriqueciendo,
En las guerras la van haciendo fuerte,
Y en las Artes la van ennobleciendo.»

* «A el ímprobo trabajo, que acrisola
El ingenio y virtud del varón justo,
Lleno de héroes estaba el templo augusto
De la siempre inmortal fama Española.
De su arte cada cual con su laureola
Su ara ocupaba entre el honor y el gusto;
Mas sin efigie, simulacro o busto
El ara de la *Imprenta* estaba sola.
Aguardaba un varón, que exceso hiciera
A cuantos ilustraron la hermosura
De arte tan noble, milagrosa y rara.
La muerte, que del templo es la portera,
Abrió las puertas con su mano dura...
¡El gran *Ibarra* entró, y ocupó el ara!»

* Este soneto fué publicado por Don Juan José Sigüenza y Vera y traducido al Valenciano por José Ferrer de Orga.

*TERCERA
PARTE*

DESPUÉS QUE MURIÓ EL MAESTRO

EL SOL DE LOS MUERTOS



AS dos fechas, inicial y terminal, de la vida de Don Joaquín de Ibarra y Marín, están fehacientemente documentadas.

La partida de bautismo dice textualmente así:

«Don Francisco Escanilla y Ezquerria, Presbítero, Cura Párroco de la Iglesia Parroquial de Santa María Magdalena, de Zaragoza.

» *Certifico*: Que en el folio diez y nueve del tomo sexto de Bautismos de esta parroquia, se halla la partida siguiente:

» En veinte de Julio de mil setecientos veinte y cinco, servato ordine Sancti Concilii Tridentini, bapcticé yo el Dr. Andrés Martínez, Vicario, a *Braulio Elías Joachin Benito*, hijo de Juan Ibarra y Mariana Marín, naturales de Zaragoza, cónyuges. Madrina, Ana María Bielza, y nació a diez y nueve de dicho mes. — Dr. Andrés Martínez, Vicario.

» Concuerta fielmente con su original. Y para que conste doy la presente a diez y nueve de julio de mil novecientos once. — *Francisco Escanilla, Cura*. — Hay un sello parroquial. — Al margen hay escrito: *Braulio Elías Ibarra*.»

La partida de defunción está redactada en los siguientes términos:

«Parroquia de San Sebastián. Defunciones.

»En 13 de noviembre de 1785, falleció en esta feligresía Don Joaquín de Ibarra, natural de Zaragoza, de edad como de cincuenta y ocho años, de estado casado en segundas nupcias con Doña María Contera, que vivía en la calle de la Gorguera. Instituyó por sus herederos a Joaquín, Joaquina y Manuela Ibarra.— Madrid, 11 de diciembre de 1918.— El Teniente Mayor, doctor J. Miguel Montejo. (Hay un sello en rojo que dice: Parroquia de San Sebastián, Madrid).»

Indudablemente existe error material en la copia del nombre de la segunda esposa de Ibarra. La partida de defunción de dicha señora y todos los documentos a ella referente, consignan el nombre de Manuela.

Confirmando la declaración de herederos que aparece en la anterior inscripción parroquial, consta que Ibarra otorgó testamento, en 1777, ante Don Domingo José de Casas, escribano de número de esta Villa de Madrid.

El primer testimonio oficial y auténtico del sentimiento producido por la pérdida de Ibarra, se encuentra en las actas de la Real Academia Española de la Lengua, y ha sido exhumado por el actual secretario de dicha Corporación, Don Emilio Cotarelo.

A los dos días del óbito del insigne impresor, en la primera Junta ordinaria celebrada el 15 de noviembre de 1785, la Academia registra el suceso «como si se tratase de la muerte de un compañero», con palabras que «por su verdad y tierna sencillez valen más que un ampuloso panegírico».

Así dijo el Secretario:

«Dí cuenta a la Academia de que el día 13 del corriente había muerto su impresor Don Joaquín Ibarra. La Academia, en atención a su distinguido mérito en su profesión y al particular esmero con que siempre la sirvió, acordó que continúe la Casa haciendo las impresiones que ocurran a la Academia, a cuyo fin se despache nuevo título en cabeza de la Viuda e hijos del difunto Ibarra, y también acordó se mandasen decir cincuenta misas por su alma.»

El título fué expedido con la misma fecha en que se adoptó el acuerdo.

En buena lógica hay que creer en la existencia de valiosos y elocuentes testimonios de pésame, que aún permanecen inéditos.

No fallece el impresor de Cámara de un monarca como Don Carlos III sin que en los papeles de la Intendencia de Palacio quede anotada la baja, con indicación del concepto que merecieron los servicios del finado.

Asimismo es presumible que las entidades y agrupaciones para las cuales trabajó celosamente el Maestro, y que supieron estimarle en vida, le honrasen en su memoria al llorarle muerto, siguiendo con ello los ejemplos dados por la Real Academia Española de la Lengua y por el Cabildo Municipal de la Villa de Madrid.

Para los llamados a escribir la Historia de la Imprenta en España hay ancho campo de investigación en la honrada vida y en la fecunda obra del maestro Ibarra; faltan por descubrir muchos y muy importantes documentos; ni siquiera está completa la catalogación de los libros que salieron de las prensas de Don Joaquín, y nadie se ha cuidado de efectuar el examen comparativo de la trayectoria que siguió el arte del Maestro desde que su nombre apareció como impresor hasta que llegó a la cumbre gloriosa de sus impresiones para la Academia. Pónganse todos estos vacíos a cuenta de ingratitud, olvido, indiferencia y pereza mental.

No pecó por ingratitud ni por olvido hacia el Maestro su adicto oficial Sigüenza. En el año 1811 aparece hecha en Madrid, en la Imprenta de la Compañía, la primera edición del interesante y curioso libro titulado MECANISMO DEL ARTE DE LA IMPRENTA PARA FACILIDAD DE LOS OPERARIOS QUE LE EXERZAN, por Don Juan José de Sigüenza y Vera, discípulo de Ibarra y actual regente de la imprenta de la Compañía.

De la primera edición no hay más noticia que el título. Nadie declara haber tenido en sus manos un ejemplar de ella; acaso porque no existen. De la edición segunda, hecha en 1822 en la misma oficina, se conocen dos impresiones, iguales en lo principal del texto, pero distintas en sus dedicatorias. Una de ellas está ofrecida «a la buena memoria de Don Joaquín de Ibarra, impresor de Cámara de Carlos III y Ayuda de su Real Furriera. Su discípulo Juan José de Sigüenza y Vera». La otra reimpression — considerada posterior por el señor Fuente — lleva dos páginas de

ofertorio «a Doña María Iñiguez de Ibarra, nieta de Don Joaquín Ibarra, impresor de Cámara, etc.»

La gloria — el sol de los muertos, según Balzac — acompañó al Maestro durante su fecunda y laboriosa existencia. La dilección regia, la consideración que le mostraron Corporaciones de gran autoridad y personalidades excelsas, el afecto que le profesaron los artistas, los elogios de sus colegas no sólo españoles sino también extranjeros, el amor respetuoso de sus discípulos, el aprecio de sus conciudadanos, y el bienestar que disfrutó como recompensa de su trabajo son pruebas de triunfo, por nadie discutido.

En la tumba del Maestro — si algún día fuese posible dar con ella — no tendría aplicación el epitafio del poeta: «Aquí descansa un hombre cuyo nombre fué escrito sobre el agua». Por el contrario, de no haber sido extremado en su modestia, Ibarra pudo soñar y repetir: «Non omnis moriar», no moriré del todo. Y así fué y así es, ya que sus obras le aseguran digna pervivencia.

Pero la gloria que iluminó su existir y que le siguió *post mortem*, sufrió intermitencias nunca definitivas, pero sí lastimosamente prolongadas.

La prensa periódica contemporánea de Ibarra le dedica digno tributo necrológico, como puede comprobarse en el artículo que el celebrado escritor señor Clavijo y Fajardo publicó en el *Mercurio de España*, dentro del mismo mes del fallecimiento del Maestro.

Por la importancia de ese elogio, en una época en que el periodismo no solía mostrarse pródigo en hipérboles ni ditirambos, transcribimos íntegramente, en la página siguiente, el referido trabajo, que tiene la autoridad de proceder de un coetáneo, perito en materia de artes gráficas, y de probada competencia en el cultivo de las bellas letras, pues Don José Clavijo y Fajardo, natural de Canarias, fué fundador de la revista *El Pensador*, director de los teatros de Madrid y del periódico *El Mercurio*; secretario del Gabinete de Historia Natural, que publicaba la Secretaría de Estado; traductor de obras de Bouffon y Voltaire, y de las tragedias y comedias ANDRÓMACA, SEMÍRAMIS y EL VANAGLORIOSO. La tragedia CLAVIJO de Goethe, traducida por Bécquer, está inspirada en una aventura de la hermana de Beaumarchais con Clavijo.

Mercurio de España. Tom. III. Noviembre de 1785.

La muerte de D. Joaquín Ibarra, natural de Zaragoza y criado en Cervera, é Impresor de Cámara de S. M., del Arzobispo Primado, del Supremo Consejo de Indias y de la Real Academia Española, acaecida en ésta Capital el 13 del corriente en edad de 60 años, merece noticiarse al público á causa de hacer este sugeto época para los anales tipográficos de España por la grande perfeccion á que llevó el arte de la Imprenta en este país sin salir de él; habiéndolo hallado muy atrasado ó decadente quando lo empezó a cultivar mas de 40 años hace. A fuerza de inteligencia, desvelo y aplicacion infatigable fué de los primeros, y el principal que lo puso en el auge que hoy tiene, capaz de competir con el de los países donde mas florece. Exemplo son de ello las ediciones de la *Biblia*, del *Breviario Muzarabe*, del *Salustio en Español*, del *Quixote*, de la *Historia de España* por el P. Mariana, del *Diccionario de la citada Academia* en un tomo, y de otras muchas obras correcta y elegantísimamente estampadas por él en todos tamaños y género de caracteres, que han esparcido justamente su fama por la Europa literaria, igualándole a los Basquer-villes, Foulis, Barbues, Didoes, Bodonis, y otros artífices famosos de su clase en nuestra edad; y harán con el tiempo tan buscadas sus ediciones por los curiosos eruditos, como lo son hoy las de los Manucios, Estéfanos, Plantinas, Elzevirios, y las de aquellos Flamencos ó Alemanes establecidos en otro tiempo en España, Crombergers, Portonariis, Millis &c. Sobresalió en la preparacion de las tintas, teniendo particular secreto para su composicion, y esmerándose en hacerlas de distinto temple y espesura para las varias estaciones del año. Fué tambien quien introduxo entre nosotros el uso de pasar por el tórculo los pliegos impresos para quitar toda huella de la prensa, las arrugas del batido (que nunca puede salir igual) y darles lustre, debiéndosele en mucha parte el buen gusto que han imitado y reina entre los Impresores Españoles, especialmente A. Benito Monfort, de Valencia, á quien nombramos únicamente, por haber tambien fallecido ya; siendo la muerte de ámbos una pérdida en este ramo, al paso que han dexado exemplo digno de imitar á sus coetáneos y sucesores en la profesion.— Eran asimismo singulares la moderacion, arreglo y parcimonia con que vivió este buen ciudadano, sin embargo de estar ya acaudalado y dirigir una oficina en que tenia empleadas regularmente al dia mas de 100 personas, proporcionando ademas ocupacion á los fundidores, fabricantes de papel y encuadernadores.



Joseph del Castillo la inventó y dibujó

Gerónimo A. Gil la grabó

EL INGENIOSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA
FACSIMIL DE UNA PÁGINA DEL TOMO PRIMERO DE LA EDICIÓN DE LUJO EDITADA POR LA REAL ACADEMIA
IBARRA, MADRID, 1780

NOTICIAS Y LOAS DE ALGUNOS LIBROS

IMPRESOS POR IBARRA



HABLA la Real Academia Española, por boca de su secretario Don Emilio Cotarelo:
«La Academia dió (a Ibarra) ocasión y medios para elevar a la tipografía española el más excelso monumento que hasta entonces habían visto los nacidos: esa edición soberana del QUIXOTE, que forma hoy uno de los más exquisitos ornamentos en toda buena biblioteca.

»El origen de esta edición fué que, habiendo leído Don Vicente de los Ríos, en varias Juntas de la Academia, un juicio de Cervantes y elogio de sus obras, se acordó, a propuesta del secretario Don Francisco Antonio de Angulo, «hacer una edición correcta y magnífica de DON QUIXOTE; en papel marquilla y en tomos en cuarto, con láminas originales, inventadas y dibujadas con la mayor propiedad, «abiertas por los mejores profesores de la Academia de San Fernando, y con los demás adornos correspondientes, para que en todas sus partes tenga esta edición la perfección posible». Son palabras textuales del acta académica, que se fueron ejecutando en los años sucesivos hasta el de 1780 en que salió al público obra tan espléndida.

»Se cotejó el texto con mucho esmero, teniendo a la vista las ediciones de 1605 y 1608 para la primera parte, y la de 1615, que es la primitiva, para la segunda, corrigiendo el sinnúmero de erratas que infestaban las ediciones corrientes; se añadieron la VIDA DE CERVANTES, el ANÁLISIS DEL QUIXOTE y un PLAN CRONOLÓGICO del mismo, obra todo del ya citado académico Don Vicente de los Ríos. Esto en cuanto a lo literario.

»Para lo material de la empresa se mandó fabricar en Cataluña papel de hilo especial, suave y apacible a la vista y dócil al tacto [El papel fué fabricado por Don José Florens. El señor Cotarelo desconocía u omitió el nombre del fabricante]; se fundieron nuevas varias clases de tipos de letra muy clara, gallarda y adecuada al tamaño del libro, que es en 4.º mayor y consta de cuatro volúmenes.

»Y para lo artístico de la obra la misma Academia eligió, de entre 66 propuestos, los 33 asuntos de las láminas que habían de darse a los dibujantes y grabadores. La Real Academia de San Fernando fué la que, al fin, designó los artistas, los mejores que había entonces en España. ¡Y qué nombres!: Castillo, Carnicero, Selma, Carmona, Montaner, Ballester, Arnal, Fabregat, Brieva y otros muchos. Con igual esmero se trabajaron las cabeceras, letras iniciales y otros adornos finales de las varias secciones de la obra. Por primera vez apareció lo que entonces se creyó ser retrato antiguo de Cervantes, por generosa donación del original (un lienzo del siglo XVII) que hizo a la Academia el señor Conde del Aguila.

»Para las cabeceras de las figuras se modelaron multitud de tipos y personajes tomados del natural cuando fué posible; para los trajes y accesorios se utilizaron los cuadros de los Reales Palacios, pues todavía no existía el Museo del Prado, y las armas y armaduras se copiaron de la riquísima colección de la Real Armería.»

No defraudó Ibarra la confianza que en su pericia y buen gusto había depositado la Academia, y le entregó un libro que, como dice un crítico muy inteligente, es «una suntuosa edición española que con justo motivo puede enorgullecer a todo amante de las glorias patrias» [Rius: Bibliog. crit. de las obras de Mig. Cervantes, I. 41].

Entonces consiguió Ibarra que la Academia, además del gran elogio

que hizo a su arte [En el prólogo del tomo I pág. vii, de la edición de la Academia, se escriben estas palabras, en elogio de «Don Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M. y de la Academia, quien antes de ahora tenía muy acreditada, dentro y fuera de España, su sobresaliente habilidad en el arte de la imprenta, con las buenas ediciones que han salido de su oficina, y particularmente con la excelente y magnífica de SALUSTIO hecha a expensas del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel»] le expidiese el título que puso al pie de la portada del QUIXOTE, de «Impresor de la Academia», aunque de hecho venía ya siéndolo desde 1770, lo menos.

«Sobre este texto, bien que en menor tamaño, y siempre por obra de los Ibarra, se hicieron otras dos ediciones de la obra maestra de Cervantes, ambas muy lindas y manuales.»

Entre las interesantes notas que figuran como apéndice al trabajo del señor Cotarelo, figuran los siguientes datos relativos a esta célebre edición del QUIXOTE:

«EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Nueva edición corregida por la Real Academia Española. Parte primera. Tomo I. Con superior permiso. En Madrid, por Don Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia. — MDCCLXXX. - 4.º mayor, tres hojas preliminares XIV-CCXXIV-199 páginas y ocho láminas y un mapa. — Tomo II, tres hojas preliminares, 418 páginas, y diez láminas. — Tomo III, parte segunda, dos hojas preliminares, XIV-306 páginas y ocho láminas. — Tomo IV, tres hojas preliminares, 346 páginas y diez láminas.»

El Tomo I, después de la portada, lleva la Real licencia, el prólogo de la Academia, LA VIDA DE CERVANTES y el ANÁLISIS DEL QUIXOTE, obra de Ríos, y los preliminares de la primera edición de la novela.

Los dibujantes fueron: Antonio Carnicero, José del Castillo, Pedro Arnal, Bernardo Barranco, José Brunete, Jerónimo Gil y Gregorio Ferro. Los grabadores: Fernando Selma, Manuel Salvador Carmona, Juan de la Cruz, Francisco Muntaner, Joaquín Fabregat, Joaquín Ballester, Pedro Pascual Moles, Juan Barcelón y Jerónimo A. Gil. Para las viñetas dibujaron

Carnicero, R. Jimeno y Cuesta, y grabaron Juan Minguet, Simón Brieva, M. Brandi, J. Palomino y J. Cruz. El mapa lo hizo Tomás López, famoso cartógrafo del tiempo. Las planchas de las láminas, grabadas en cobre, se conservan en la Academia Española.

El acuerdo de efectuar la edición se adoptó en Junta celebrada el 11 de marzo de 1773, y al mismo tiempo se resolvió que el secretario, señor Angulo, hiciese presente el acuerdo al señor Marqués de Grimaldi (era primer Ministro de la Corona), solicitando por su medio el permiso del Rey para esta impresión.

De la concesión del regio permiso se dió cuenta en la Junta de 16 de marzo de 1773, y se acordó imprimir la concesión, copiando la respuesta dada por el señor Marqués de Grimaldi, en los preliminares de la edición.

A 1.º de Abril del año antecitado, se acordó que la impresión se haga en cuatro tomos en 4.º, y se eligieron los grados de letra que se han de usar, en esta forma: para la obra, la letra de *Texto*; para la dedicatoria y el prólogo, la *Parangona*; para los prolegómenos, la *Atanasia*, y para las pruebas de la vida de Cervantes y notas que lleve la obra, la letra *Entredós*. «Y habiendo reconocido la Academia por las muestras que ha enviado el impresor Ibarra, de varias clases de letra, que las fundiciones de todas ellas son muy defectuosas, acordó que los señores Angulo y Sánchez (Don Tomás Antonio), soliciten, a nombre de la Academia, con el Señor Don Juan de Santander, Bibliotecario mayor del Rey e individuo de esta Academia, permita que de las matrices que tiene la Real Biblioteca, pueda hacerse una fundición de las letras elegidas por los oficiales de la misma Biblioteca, dirigidos por Don Jerónimo Gil, para que así se consiga en esta parte toda la perfección posible».

La solicitud de la Academia fué atendida, y de ello certifica el acta de la Junta celebrada el 9 de mayo de 1775, en la que se dice: «Habiéndose visto la cuenta de la fundición de letra para la obra de DON QUIXOTE presentada por Don Jerónimo Gil, acordó la Academia que pase la expresada cuenta y la fundición a Don Joaquín Ibarra para que la reconozca, y satisfecho que sea de su calidad y peso vuelva la cuenta a la Academia para pagar su importe a Gil».

Respecto a dibujantes y grabadores: en 15 de Junio de 1773, se acordó encargar el grabado de 33 láminas «a Manuel Salvador Carmona, Jerónimo Gil, Francisco Montaner y Joaquín Ballester, dando ocho a cada uno, a excepción de Gil, quien ha de grabar también el frontispicio de la impresión». Para los dibujos fué designado Fernando Selma. En 10 de mayo de 1774 se acordó dar al pintor Castillo 4.000 reales a cuenta de los dibujos que estaba haciendo para la edición del DON QUIXOTE. En 13 de octubre del mismo año se convino pagar a Manuel Salvador y Carmona 50 doblones sencillos de a 60 reales de vellón, por cada una de las láminas para la edición de DON QUIXOTE. En 22 de Agosto de 1775 entregó Jerónimo Gil una de las láminas del QUIXOTE, y se le paga por ella 40 doblones, «que es lo que ha pedido». Al dibujante José del Castillo se le pagaron (2 de julio de 1776) a 20 doblones cada uno de los ocho dibujos que entregó. Y en 2 de mayo de 1780 se presentó el mapa del QUIXOTE, hecho por Tomás López, según el diseño de Ríos, y se acordó dar a López 60 doblones (3.600 reales).

Para el papel entregó la Academia a Ibarra: en 1 diciembre de 1774, 36.000 reales de vellón, importe de 600 resmas, a 60 reales cada una; en 6 de junio de 1775, 6.240 reales de vellón, por el papel para las láminas; en 2 de julio de 1777, y en 7 del mismo mes y año se hacen dos entregas de 50.000 reales cada una, la primera a cuenta del papel para el compendio del DICCIONARIO y la obra DON QUIXOTE, y la segunda con esta mención: «Se sacaron del arca otros 50.000 reales para Ibarra». Es de suponer que en esta segunda partida se comprendiesen ya algunos de los gastos de composición y de tirada.

La impresión comienza oficialmente en 1777. El 4 de febrero se vieron muestras de planas para el QUIXOTE, hechas por Ibarra; el 10 de Abril se acordó que empezase la impresión, y fueron designados para la corrección de pruebas los académicos señores Silva, Lardizábal, Mateos Murillo y Guevara Vasconcelos; el 27 de noviembre se recibieron capillas hasta el pliego M inclusive. Era más de la mitad del tomo primero. El 8 de enero de 1778 la impresión iba ya en el pliego S, casi al final del tomo primero. En 2 de julio del mismo año se acuerda que «de las láminas del QUIXOTE»

no se tiren «por ahora» más que 300 ejemplares; el 27 de agosto se examinaron capillas del segundo tomo hasta la signatura V-2 (pág. 155); en 1 de febrero de 1779 estaban ya tirados los dos primeros tomos; en 9 de marzo de 1780 se presentaron a la Academia las capillas del tomo IV.

9 de enero de 1781. Dice el acta de la Junta celebrada por la Academia: «Leí la cuenta presentada por Don Joaquín Ibarra, del coste que ha tenido la impresión del QUIXOTE; en cuya vista, y del coste que han tenido las láminas, adornos y demás gastos que se han hecho para dicha obra, acordó la Academia que se venda cada juego a veinte pesos sencillos (80 pesetas) en papel».

Añade el señor Cotarelo: «No dice el acta cuánto costó ni los ejemplares que se tiraron; pero no bajaría de doce mil duros. La tirada debió de ser corta a juzgar por lo escasos que son los ejemplares en el comercio. Juzgamos que se tirarían unos 1.500 ejemplares, porque en 1781 había en los almacenes de la Academia mil QUIXOTES».

Del acta de la Junta de 23 de enero de 1781: «Presenté dos muestras para la impresión que ha resuelto hacer la Academia, del QUIXOTE, en cuatro tomos en 8.º, y escogió la letra grande para el texto y la chica para la VIDA DE CERVANTES y el ANÁLISIS. Acordó que se haga la impresión en el papel de la muestra; sin láminas (por fin se pusieron algunas) con sólo el retrato de Cervantes. Que se tiren 4.000 ejemplares, y que cuando se presente al Rey el QUIXOTE grande, se pida licencia para la impresión del pequeño y de todo se dé cuenta al Director.» El Director estaba en París, según aclara el señor Cotarelo, que agrega: «Se trata de la primera reimpresión del QUIXOTE, hecho también por Ibarra en 1782, por haber resultado muy escasa la tirada del de 1780 y ponerlo al alcance de compradores pobres. [Resulta algo obscura la observación del señor Cotarelo. Ibarra hizo tres ediciones del QUIXOTE, en 1771, 1780 y 1782. La reimpresión a que alude Cotarelo, si es la primera, corresponde a 1771, y naturalmente si se refiere a 1782 es la segunda. Es raro que en enero de 1781 se acuerde una reimpresión del QUIXOTE, «por haber resultado muy escasa la tirada de 1780», pues el señor Cotarelo afirma que en 1781 había en la Academia mil QUIXOTES de la edición de 1780].

En la Junta de la Academia, de 27 de febrero de 1781, se da cuenta de haberse presentado al Rey y demás personas reales el QUIXOTE; que el Rey lo había mostrado a los Embajadores extranjeros que habían asistido aquel día a la Corte quienes también lo ponderaron mucho, así como otros personajes cortesanos.

También se acordó dar 20 doblones a Don Joaquín Ibarra «para que gratifique a los oficiales que han trabajado en la impresión del QUIXOTE».

Y, finalmente, el señor Cotarelo hace constar que la encuadernación antigua de los ejemplares que hay, así del QUIXOTE grande como del pequeño de 1782, fué hecha en los talleres de Don Antonio de Sancha.

Don Antonio Ponz, en su Informe sobre la Academia Española, hace mención de la edición de DON QUIXOTE que tiene en preparación la Academia, y dice que «será una magnífica y definitiva edición, ejecutada por la Academia bajo el Real patrocinio». [PONZ. VIAJE POR ESPAÑA, Madrid, Ibarra, 1776. Tomo V. pág. 176].

C. R. Ashbee, autoridad capacitada para juzgar acerca de las ediciones de DON QUIXOTE, dice que se trata de «la obra más finamente impresa que ha producido España, y probablemente la obra más perfecta que tenemos sobre DON QUIXOTE».

Henry Swinburne que había visitado España en el año 1776, escribe: Hay ahora una edición de DON QUIXOTE, con grabados hechos según los dibujos originales de los vestidos y paisajes del país y habiéndose encargado a los mejores grabadores para su confección. Esta obra honra grandemente a sus editores e impresores. [VIAJE POR ESPAÑA, London 1787, Segunda edición, Tomo II, pág. 203].

Ford, en su muy estimable noticia acerca de la edición del QUIXOTE hecha por la Real Academia Española, después de afirmar que se trata de una edición muy poco conocida, afirma que es la obra que Ibarra imprimió con mayor finura y lujo, y que ninguna biblioteca del mundo que se estime como biblioteca debe carecer de ejemplares de esta edición. [LIBRO GUÍA DE FORD PARA VIAJE EN ESPAÑA. — Londres, 1845; vol. I, página 314 y siguiente].

Henry Swinburne, que viajó por España en 1776, escribía lo siguiente: «Existe ahora una edición de DON QUIXOTE, con grabados hechos según dibujos originales de los vestidos y paisajes españoles; para su confección han trabajado durante largo tiempo los mejores grabadores del país. La obra honra a sus editores e impresores.» Y añade: «Las obras de Calderón también han sido reimpresas, y de las de Lope de Vega está bastante adelantada una nueva edición, compuesta con elegancia de tipos e impresa en excelente papel. Imprimir parece que es actualmente el ramo en que se más destacan los españoles.» [Swinburne. VIAJES POR ESPAÑA DURANTE LOS AÑOS 1775 Y 1776. (Segunda edición).— Londres, 1787.— Volumen II, página 203.]

El primer volumen de la edición del QUIXOTE (en 4.^o) hecha por la Academia, lleva el título compuesto sencillísimamente con mayúsculas romanas, y sin ningún grabado decorativo. Los preliminares, que forman la introducción del libro, hasta el prefacio con su poesía, revelan buen gusto y sobriedad para huir de complicaciones. Para el texto de la obra se empleó un tipo medieval romano, con cursiva utilizada en la composición de las poesías. Todos los caracteres de letra empleados en la obra armonizan perfectamente y la fundición, por su elegancia y originalidad, parece de un maestro que no se sujeta a rutinas profesionales. Fueron dibujados por «Un español» y fundidos por Jerónimo Gil para la Imprenta de la Biblioteca Real, que los prestó a la Academia a fin de que efectuase la edición del QUIXOTE. La *Romana* se asemeja a la *Atanasia* gruesa que aparece en los textos editados por la Biblioteca Real en 1787.

Cabeceras grabadas, figuras y viñetas para birlís constituyen la ornamentación del prólogo y del texto; el conjunto es severísimo, con excepción de un retrato y de las páginas dibujadas y grabadas por artistas españoles, que también hicieron los demás elementos decorativos. De estas páginas puede decirse que son muy académicas. El papel de esta edición es apergaminado, color crema (elaborado en la fábrica de José Florens, de Cataluña); la tinta es muy negra; la impresión sobresale por su claridad e igualdad y por su esmerada imposición. Acaso sin otra excepción que la de las páginas enteras de grabados, es verdad cuanto se dice en elogio de esta

edición, la más perfecta y maravillosa que existe y producida total y exclusivamente por artistas y obreros españoles.

Dos años después, en 1782, publicó Ibarra su linda edición manual, cuatro volúmenes en 8.º, impresa en tipo medieval algo modelado y muy bien dispuesto, con agradables ornamentaciones en aguafuerte. Ésta es una de las obras más finas ejecutadas por Ibarra.

Los cuatro volúmenes de Nicolás Antonio, BIBLIOTECA HISPANA, VETUS ET NOVA — en los cuales se trata de obras de autores españoles desde tiempos de Augusto hasta 1684 — fueron comenzados a imprimir por Ibarra, en Madrid hacia el 1783, y los terminó la viuda del Maestro, en el año 1788. Los volúmenes, en folio, están impresos en fino papel apergaminado, con tipos medievales excelentemente fundidos, siendo realmente muy buenos el ajuste, arreglo e imposición de las páginas. No muestra más elementos decorativos que los genealógicos, y algún que otro inicial con grabado antepuesto. Los primeros volúmenes deben colocarse entre las impresiones más admirables ejecutadas por Ibarra, aun cuando la composición preliminar — y ésta es observación aplicable en general a los trabajos de este impresor — no está tan soberanamente realizada como la del texto.

La segunda parte de la obra fué editada por Pérez Bayer, que entonces intervenía en la mayoría de las empresas literarias y tipográficas.

LA CONJURACIÓN DE CATILINA y LA GUERRA DE YUGURTA, en un tomo, por CAYO SALUSTIO CRISPO, en español. Traducido del latín por el Infante Don Gabriel Antonio de Borbón, segundo hijo de Carlos III. Ésta obra se imprimió, en 1772 en la oficina de Ibarra, y su impresión recuerda mucho el estilo adoptado por Bodoni en su juventud.

La portada está hecha mediante grabado, y hay también grabadas páginas enteras, y algunas cabeceras y viñetas para birlís, todo ello en admirable armonía con el tipo empleado en el texto. Entre los ilustradores de esta obra se destaca Maella, pintor de S. M. el Rey.

El prólogo está compuesto de cursiva muy caligráfica, y el prefacio es de tipo romano, caracteres ambos de elegante sencillez, y maravillosamente fundidos por Antonio Espinosa.

Para el texto de la traducción se empleó la misma cursiva, de cuerpo algo mayor y más parecida aún a la escritura manual.

Al final de la traducción castellana, en cada página, aparece ajustado el texto del original latino, compuesto a dos columnas, en tipo romano, como el del prefacio, pero más pequeño.

El texto, notas y folios están dispuestos con perfecta igualdad en cada página, y únicamente el espaciado entre palabras y comas, puntos, semicolón y colón, que estaba entonces en uso, nos parece algo anormal. (1)

Al final de las 288 páginas de texto hay notas y un epílogo de Pérez Bayer acerca del idioma de los Fenicios, y un índice, todo compuesto con tipo pequeño elzeviriano o medieval y todo al parecer muy sencillo. Pero al examinar página por página la composición, efectuada con cursiva muy legible y con romana muy compacta, se advierte que en una obra no predestinada a esta inmortalización, se llegó a una depuración de estilo tipográfico. Resulta que con dos tipos bellos y artísticamente combinados se obtiene un libro excelente y magnífico.

Como ocurre con un buen impreso, nos parece que no pudo ser ejecutado de otro modo, y como constituye una verdadera obra de arte se nos muestra con tal sencillez, dentro de su singularidad, que hasta después de repararlo varias veces no caemos en la cuenta de que es realmente un libro de calidad superiorísima.

Se hizo una tirada especial de 120 ejemplares, en lujoso papel color crema, fabricado a mano. Éstos ejemplares se destinaron a ser regalados por el Infante Don Gabriel, traductor de la obra, a la Familia Real, amigos de la Corte, personas de distinción y centros de cultura superior.

El Infante envió un ejemplar a Franklin, a la sazón Embajador en Francia, y éste — caso característico — correspondió al obsequio con la remesa de «Las actas del Congreso Norteamericano».

(1) A este propósito dijo el señor Fuente: Según cuenta su discípulo Sigüenza, que trabajó veintiocho años en su casa, Ibarra «evitaba la división de aquellas voces que constan de dos sílabas, como *pa-ra, so-lo, na-da, va-so*. Dividía las palabras por las vocales, como *ma-es-tro, O-ro-pe-sa, en-ten-di-mi-en-to*, como se ve practicado en la excelente impresión de la HISTORIA DE ESPAÑA del padre Mariana, corregida por el señor Santander, y celebrada de los extranjeros aún más que el QUIXOTE».

De la fama de esta obra da testimonio el juicio emitido por D. Updike en la pág. 73 del Tomo II de «Printing Types, London, 1927», que dice así:

«El SALUSTIO es uno de los libros más finamente editados en el mundo durante la centuria antepasada, aunque por su particular estilo, no podría haber sido confeccionado sino en España».

Entre otras obras impresas por Ibarra se destacan los cinco primeros tomos del PARNASO ESPAÑOL. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos. Estos volúmenes se publicaron, en 1768, por encargo y a expensas del entonces librero-editor Antonio de Sancha, el cual no aparece como impresor hasta tres años después. Don Emilio Cotarelo ha juzgado la obra de esta manera:

«Examinado en conjunto el PARNASO ESPAÑOL en su aspecto material, puede afirmarse que es la obra más hermosa que hasta entonces se había impreso. Tamaño simpático y manuable; proporción en el grueso de los volúmenes; papel de hilo, de color suave a los ojos y gracioso y dulce al tacto; impresión correcta, limpia y de bellos tipos, y, en fin, una colección de estampas y retratos, algunos muy raros o por completo desconocidos, casi todos obra del mejor grabador de su tiempo, enaltecen y honran sobremanera al editor que durante diez años costeó y mantuvo colección tan interesante».

No cabe, dentro de los límites de este trabajo, la enumeración total de las obras salidas de la oficina de Ibarra, y que —según el admirable estudio sobre la Imprenta de Ibarra del docto catedrático de la Universidad Central, Don Juan Hurtado,— pasan de dos mil quinientas.

Para la Real Academia Española, además de las ediciones del QUIXOTE, reimprimió el primer tomo del DICCIONARIO llamado de «Autoridades» (1770); imprimió las ediciones primera (1780) y segunda (1783) del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, reducido a un tomo para su más fácil uso; tres ediciones de la GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA (1771, 1772, 1781); tres ediciones (cuarta, quinta y sexta reimpresión, en los años 1770, 1775 y 1779), de la ORTOGRAFÍA DE LA LENGUA CASTELLANA; ORACIÓN FÚNEBRE, de la Academia a su difunto Director el Duque de Alba, por Don Joseph Vela (1777); ORACIÓN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AL REY NUESTRO SEÑOR, con motivo del feliz nacimiento del Infante (1780); LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUÍDAS, poema de Don Joseph María Vaca de Guzmán, premiado por la Academia (1778); GRANADA RENDIDA, romance endecasílabo de Don Joseph María Vaca de Guzmán, premiado por la Academia (1779); LA TOMA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL, romance endecasílabo por Don Efren de Lardnaz y Morante (Don Leandro F. de Moratín), galardonado con *accésit* por la Academia (1779); BATILO, égloga por Don Juan Meléndez Valdés, premiado por la Academia (1780); LA FELICIDAD DE LA VIDA DEL CAMPO, égloga por Don Francisco Agustín de Cisneros (Don Tomás de Yriarte), galardonada con *accésit* por la Academia (1780); SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA, por Don Juan P. Forner, premiada por la Academia (1782); y LECCIÓN POÉTICA, sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, por Don Melitón Fernández (Don Leandro F. de Moratín), galardonada con *accésit* por la Academia (1782).

Ibarra imprimió también las siguientes obras: LA BIBLIA en castellano; EL MISAL MUZÁRABE (*Breviarium Gothicum*), 1775, con dibujos de Mariano Maella, grabados por Manuel Salvador y Carmona; VIAJES FUERA DE ESPAÑA, por Antonio Ponz, dos tomos; VIAJE DE ESPAÑA, por Antonio Ponz, diez y ocho tomos en 8.º; los últimos volúmenes, editados después de 1785, fueron hechos por los sucesores del Maestro; SS. PP. TOLETANORUM QUOTQUOT EXTANT OPERA, tres tomos en folio marquilla; COLLECTIO MAXIMA CONCILIORUM HISPANIÆ, un tomo en folio; PSALTERIUM PARAPHRASIBUS ILLUSTRATUM, SERVATA UBIQUE AD VERBUM HIERONYMI TRANSLATIONE, RAYNERIO SNOY GONDEANO AUCTORE. RECUSUM MATRITI APUD JOAQUINUM IBARRA.— Dos ediciones (1762 y 1780), ambas con prólogo escrito en latín por el impresor; LA INDAGACIÓN Y REFLEXIONES SOBRE LA GEOGRAFÍA. Esta obra, original de Don Manuel de Aguirre, fué publicada (1782) a expensas de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, y, al imprimirla, Ibarra redactó la advertencia que va al frente del libro.

La fama de Ibarra salvó las fronteras y los elogios de su arte tuvieron eco y resonancia en los grandes centros tipográficos del mundo.

El genial poeta italiano Víctor Alfieri alude en una de sus obras a la oficina de Joaquín Ibarra y la considera la *piú insigne stamperia d'Europa*.

El renombrado impresor piamontés Juan Bautista Bodoni consagra alabanzas a Ibarra, en su libro *COMMENTARII AL ANACREONTE*.

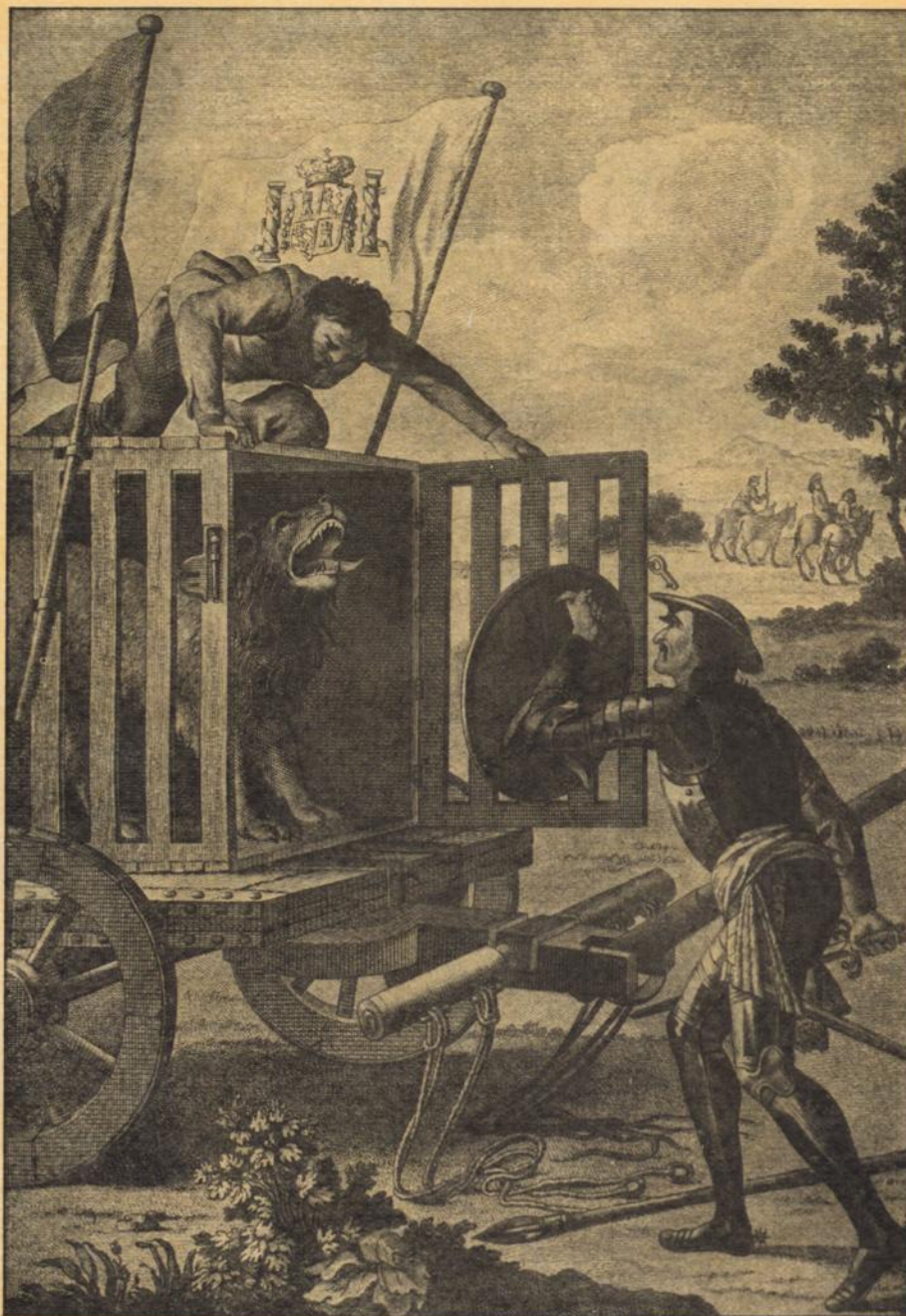
Y sobre todos los elogios tributados a Ibarra y recogidos por sus biógrafos, se destaca el del reputado maestro impresor francés, F. A. Didot, que en la página 15 de los prolegómenos de su edición *DAFNIS Y CLÓE* (París, 1778), dice textualmente así:

«Hujus difficillimæ absolutiois rarissimam laudem eximiè consecutus est Joachim Ibarra qui longe eminuit in splendidissima illa, et vere in omnibus regiâ, optimæ Salustii versionis Editione..., quæ pariter stupentibus viris Hispanicarum, Latinarum, Hebraicarum, Phœnicicarumque literarum, necnon et artis Typographicæ peritissimis, produit Matriti, anno 1772, in fol. Et quid ab illa ingeniosissimâ et acuratissimâ gente, quæ pretiosissimas Bibliothecas, et doctissimos earum catalogos habet, quid, ab Hispanicis Musis omni disciplinarum et artium genere sperandum sit, hoc illustrissimo exemplo abundè comprobavit.»

En España, después de muerto el Maestro, se dedica poca atención a su labor. A las pruebas de consideración, ya mencionadas, que le rindieron la Real Academia Española y el señor Clavijo y Fajardo, sólo hay que añadir — según recuerda el señor Fuente — los comentarios de Torio de la Riva, en el *ARTE DE ESCRIBIR*; los de Don Eugenio de Larruga, en sus *MEMORIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS*; los de Ochoa y Madrazo, en *EL ARTISTA*; los de Don Vicente Vignau, en la *REVISTA DE ARCHIVOS* y los de Don Eudaldo Canibell y Don Mariano Escar.

Es de justicia consignar que los señores últimamente citados son los que con mayor competencia y asiduidad han trabajado por la glorificación de Ibarra. De sus investigaciones y artículos han salido los elementos para casi todas las crónicas que modernamente se han publicado acerca del gran impresor, siendo de notar el desenfado con que algunos rápsodas y copistas omiten el nombre de los distinguidos investigadores, sin perjuicio de expoliarlos, con plagios, parafraseos y adaptaciones.





Antonio Carnizero la inventó y dibujó

Joaquín Ballester la Gravó

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA
FACSIMIL DE LA PÁGINA 142 DEL TOMO TERCERO DE LA EDICIÓN EDITADA POR LA REAL ACADEMIA,
IBARRA, MADRID, 1780

OCASO DE LA OFICINA

HASTA SU DESAPARICIÓN



A Real Academia Española continuó sirviéndose para sus publicaciones de la oficina de Ibarra, después de la muerte del Maestro. A los dos días del fallecimiento del jefe, expidió el título a favor de los herederos instituidos, los que bajo la razón social «Viuda de Ibarra, hijos y Compañía» siguen imprimiendo y vendiendo libros de la Academia en el año 1803.

Durante esos años salen de las prensas del establecimiento fundado por Ibarra, entre otras, las siguientes obras: tercera y cuarta edición (1791 y 1803) del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, llamado usual; séptima impresión (1792) de la ORTOGRAFÍA DE LA LENGUA CASTELLANA; ORACIÓN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA AL REY NUESTRO SEÑOR DON CARLOS IV, CON MOTIVO DE SU EXALTACIÓN AL TRONO (1788); FUNDAMENTO DEL VIGOR Y ELEGANCIA DE LA LENGUA CASTELLANA, por el presbítero Don Gregorio Garcés (1791); RESPUESTA DE LA REAL ACADEMIA AL DISCURSO QUE PRONUNCIÓ EN SU JUNTA DE XIII DE ENERO DE MDCCCI, EL CIUDADANO ARNAULT, miembro del Instituto Nacional de Francia y Director de Instrucción Pública. Texto español y francés (1801); y ELOGIO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE SANTA CRUZ, Director de la Real Academia Española, por el académico Don Nicasio Alvarez Cienfuegos (1802).

Desde el 28 de enero de 1817 aparece con título de «Impresor de la Academia» Don Andrés Ponce, Regente de la Imprenta Real, que había dirigido—según afirma el señor Cotarelo—la estampación de los

libros de la Academia, varios años, en dicha imprenta. Es decir que, no obstante la probada consecuencia de la Academia Española de la Lengua hacia la oficina de Ibarra, los sucesores de éste habían perdido de hecho la consideración de proveedores antes de 1817 y dejaron oficialmente de ser titulares en el año antecitado. No es, por lo tanto, demasiado aventurado suponer que la Casa había venido a menos.

El Ayuntamiento de Madrid tuvo por impresor a Ibarra desde 30 de julio de 1772 hasta el fallecimiento del Maestro. A los nueve días del óbito le suceden en el cargo sus derechohabientes bajo la razón social de «Viuda, Hijos y Compañía, de Don Joaquín Ibarra». Y en el Archivo de la Villa se conservan cuentas de la viuda de Ibarra, por impresión de bandos, carteles y ordenanzas municipales, hasta 1803.

Mientras vivió la viuda del Maestro, la imprenta de Ibarra conservó, al menos parcialmente, clientela y prestigios. La razón social constituida por los Sucesores mantuvo enhiesto el pabellón glorioso de la Casa, y es razonablemente presumible que ello se debió de manera principalísima a la voluntad de la viuda y a la colaboración y asistencia de los discípulos predilectos: Sigüenza y Rodríguez.

Doña Manuela Contera fallece en el año 1805. Su partida de defunción está redactada en los términos siguientes:

«Hay un sello en negro con el escudo real de España, que dice: «Carolus IV, D. g. Hispaniarum Rex». — Quarenta maravedís». — Sello quarto, quarenta maravedís, año de mil ochocientos cinco.

» Certifico, como Cura Ecónomo de la Iglesia Parroquial de San Sebastián, de esta Corte: Que en el libro corriente de Difuntos de ella, al folio cincuenta y seis vuelto, hay la Partida del tenor siguiente: — Partida. — Doña Manuela Contera, de edad como de ochenta y tres años, viuda de Don Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara que fué de Su Majestad; vivía calle de la Gorguera; recibió los Santos Sacramentos y murió en siete de marzo de mil ochocientos y cinco. Testó en quatro de dicho mes y año, ante Don Carlos Rodríguez de Moya, Escribano de Provincia y Comisiones de la Real Casa y Corte de su Majestad. Señaló ochocientas Misas rezadas con limosna de seis reales. Nombró por sus testamentarios

a su hija Doña Manuela de Ibarra y Don Francisco Iñiguez, abogado de los Reales Consejos, su marido, que viven en la citada calle de la Gorguera, número veinte y dos; a Don Joseph Campesino, que vive calle de la Abada, número seis, y a otros. Instituyó por su heredera a la referida Doña Manuela de Ibarra, su hija legítima y del mencionado D. Joaquín de Ibarra, su difunto Marido. Y se la enterró de secreto, con licencia del Señor Vicario, en esta Iglesia Parroquial, en sepultura propia de la Cofradía Sacramental, por haber sido de ella el nominado difunto su Marido; dieron de Fábrica doce reales. Y como Cura Ecónomo lo firmé.—Dr. Don Juan Antonio de Iruña.—Concuerda con su original del citado Libro, a que me remito.—San Sebastián de Madrid y octubre veinte y uno de mil ochocientos y cinco.—Dr. Don Juan Antonio de Iruña.—Es copia.»

La muerte de Doña Manuela debió de determinar la disolución de la razón social que continuaba la empresa del Maestro.

Juan José de Sigüenza y Vera aparece en 1811—y acaso pueda precisarse que con anterioridad—como regente de la Imprenta de la Compañía, anteponiendo a este título el de «discípulo de Ibarra.»

Pedro Rodríguez, el celador de las prensas del taller del Maestro, vuelve a fijar la atención de los cultivadores de las Artes del Libro e incorpora su nombre a la Historia de la Tipografía como inventor de una prensa diferente de las comunes y más ventajosa, que fué adquirida por la Imprenta Real. Sólo se sabe de él esto, y no es poco.

Joaquín y Joaquina Ibarra, hijos del primer matrimonio del Maestro, no han unido de manera alguna su recuerdo a los trabajos efectuados en la oficina paterna. No les atrajo el arte de imprimir.

Desde el fallecimiento de Doña Manuela se habla muy poco de la Imprenta de Ibarra, y el paréntesis de silencio se prolonga durante quince años, hasta que en 20 de junio de 1820 el Ayuntamiento Real y Constitucional de Madrid confirma en el mismo título y cargo de la Corporación municipal a Don Agustín Iñiguez e Ibarra, nieto del inolvidable Maestro.

El acierto y la fortuna no acompañaron en su tarea al nieto de Don Joaquín. No hay mención de obra notable salida de sus prensas, y a los diez y seis años de recibido el título de Impresor del Ayuntamiento de

Madrid, Iñiguez saca a la venta la oficina que fundó su abuelo, pero ya disminuída y menguada en proporciones considerables, puesto que sólo conserva nueve prensas de las quince que funcionaban en tiempos del fundador. Cabe suponer que iguales o semejantes reducciones se habrían experimentado en los demás talleres de la casa.

El epitafio de la oficina fundada por Ibarra — primeramente en la calle de las Urosas (hoy Vélez de Guevara), y trasladada luego a la de la Gorguera (actualmente Núñez de Arce), manzana 212 del antiguo barrio de la Cruz, casa núm. 22 en lo antiguo, núm. 13 desde 1836 por lo menos —, se encuentra impreso en el *Diario de Madrid*, núm. 366, correspondiente al jueves 31 de marzo de 1836.

En las colecciones de ese *Diario*, Don Ricardo Fuente — director de investigaciones históricas del Ayuntamiento de Madrid, y autor del opúsculo de vulgarización escrito por encargo de la Corporación municipal madrileña para rendir homenaje a Ibarra — encontró y recogió, probablemente mezclado con los anuncios de pérdidas de rosarios y hallazgos de reliquias, y con los de aspirantes a sacristanes «que sabían ayudar a misa y dar aire al órgano», y los del «sujeto instruído en el manejo de botica, desea acomodarse en el ejercicio», el aviso siguiente:

«La imprenta de Ibarra, que tiene nueve prensas corrientes y acopio en abundancia tanto de griego y hebreo como demás útiles, se pone en venta, para la que se admitirán proposiciones arregladas y equitativas, concediendo plazos razonables para el pago, bajo las fianzas y garantías competentes. Los que quieran verla y hacer proposiciones, acudirán a la misma casa donde está situada, en la calle de la *Gorguera* núm. 13; por la mañana, de diez a doce, y por la tarde, de tres a cuatro.»

Con este anuncio queda probado que, desde marzo de 1836, por lo menos, la casa señalada en lo antiguo con el núm. 22, llevaba ya el número 13, que continúa ostentando.

Respecto a la propiedad de la casa en que Ibarra tuvo instalada su oficina, sábase que el inmueble no perteneció al Maestro, aun cuando sí a su viuda. De uno y otro extremo certifican, respectivamente: una escritura hecha en Toledo, confiriendo a Doña Manuela Dávila poder para

cobrar la renta de «una casa en la Villa de Madrid, en la calle de la Gorguera, parroquia de San Sebastián, que tiene cuarto bajo, principal, cocheras y caballerizas, que al presente la tiene arrendada en 6.000 reales vellón cada año, a Don Joaquín de Ibarra, impresor de libros»; y otra escrita — existente en los libros de la antigua Contaduría de Hipotecas — por la cual Doña Manuela Contera, viuda de Ibarra, permuta en 1804 la casa núm. 3 de la calle de Atocha, que poseía desde 1775, por la núm. 22 de la calle de la Gorguera.

Después de consignar estos datos dice el mencionado y ya difunto investigador señor Fuente: «Por donde se prueba, una vez más, que esta última fué la casa donde en su postrera época y de mayor florecimiento, estuvo la imprenta de Ibarra hasta su total desaparición; pero no que fuera propia, ni construída exprofeso por el insigne impresor, a menos que la permuta en cuestión se refiera a algún edificio anejo o accesorio, tomado por la viuda para ensanchar el negocio..., lo cual no es de creer dada la decadencia que en la casa se inicia a raíz del fallecimiento de su inolvidable fundador».

La deducción parece lógica en cuanto a que el edificio no fuera propiedad de Ibarra, ni construído exprofeso por éste.

Pero al recopilador de estas noticias se le ofrece una duda: ¿estaba levantado expresamente con destino a imprenta el inmueble en que Ibarra tuvo instalada su oficina?

La duda surge con motivo razonable. En la calle de la Gorguera hubo ciertamente, en los años 1723 y 1724, una casa-imprenta a cargo de Manuel Román que, con privilegio de los Señores del Consejo de Castilla, imprimió en dicho establecimiento *EL GUÍA DE FORASTEROS* correspondiente a los años antecitados. En la portada de ese «librillo de chupa o inventario abreviado de la Monarquía», no se consigna el número de la casa-imprenta; dícese sólo que está en la calle de la Gorguera.

No es aventurado suponer que la oficina de Román fuese continuada por éste o por sus sucesores o por nuevos dueños, hasta la fecha en que Ibarra se traslada de su primitivo taller de la calle de las Urosas a su nuevo local. Y en lo probable está que adquiriese por traspaso la oficina

de Manuel Román. Ello podría aclararse seguramente con sólo averiguar el número de la casa en que se imprimió EL GUÍA DE FORASTEROS, que constituyó el principio de la actual GUÍA OFICIAL DE ESPAÑA.

Con la desaparición del taller cae el olvido sobre el fundador. El anuncio de la venta del establecimiento movió a los redactores del último número de *El Artista* (1836) — periódico dirigido por Don Eugenio de Ochoa y Don Federico de Madrazo —, a tratar de Ibarra, como asunto de actualidad. Malhumoradamente se duelen de la descortesía con que los descendientes y herederos del célebre impresor no les dieron noticias de él.

El momento era manifiestamente inoportuno. Cuando vendía la imprenta de su abuelo, y con ello deshacía una obra gloriosa, tiene disculpa de egoísmo muy humano el que Don Agustín Iñiguez e Ibarra rehuyese el hablar de un pasado esplendoroso que él no quiso o no supo continuar.



PLACA CONMEMORATIVA
COLOCADA EN LA CASA NÚMERO 13 DE LA CALLE DE NÚÑEZ DE ARCE
MADRID, 21 DE JULIO DE 1923

HOMENAJE DE MADRID

AL MAESTRO IBARRA



TRANSCURRIERON los años y el nombre de Ibarra dejó de sonar. Salvo alguna crónica o mención hecha por muy contados profesionales de las Artes del Libro, el Maestro estaba olvidado.

La Casa en que tuvo su oficina pasó por distintos dueños y fué destinada a diversos usos, sirviendo últimamente de local a un acreditado establecimiento que contaba entre su clientela al ilustre exministro de la Corona, exalcalde de Madrid y expresidente de la Asociación de la Prensa madrileña Don José Francos Rodríguez.

Probablemente la idea, de que Madrid estaba en deuda con la memoria de Don Joaquín Ibarra, surgió o pudo surgir en la imaginación del señor Francos Rodríguez al frecuentar el patio y las estancias del edificio en que el Maestro impresor tuvo instalados sus talleres.

Y al citado señor Francos Rodríguez corresponde el loor de haber lanzado la iniciativa para que se dedicase un homenaje al insigne impresor.

La propuesta de efectuar una solemne recordación de Ibarra fué acogida por el Cabildo Municipal de Madrid, en 1923, siendo Alcalde Presidente el Excelentísimo Señor Don Joaquín Ruiz Giménez.

El homenaje consistió: en la impresión de una monografía y en una sesión celebrada en la Casa de la Villa el día 21 de Julio de 1923, seguida del descubrimiento de una placa conmemorativa en la casa número 13 de

la calle de Núñez de Arce, en que tuvo su oficina Don Joaquín Ibarra. La monografía, redactada con gran cariño y entusiasmo por Don Ricardo Fuente, director de investigaciones históricas del Ayuntamiento de Madrid, constituye indudablemente un trabajo muy estimable, en el que se aportan algunos materiales nuevos de investigación propia y se recogen datos allegados con anterioridad por los biógrafos técnicos de Ibarra, sobre todo por los señores Canibell y Escar. También se incluyó en el opúsculo del señor Fuente — a más del soneto atribuido a Sigüenza — otro soneto, de muy escaso valor literario y de autor anónimo, hallado entre los papeles de la Biblioteca Municipal de Madrid.

En la sesión celebrada en la Casa de la Villa, pronunciaron o leyeron discursos el Alcalde-Presidente Don Joaquín Ruiz Giménez y los señores Don José Francos Rodríguez; Don Emilio Cotarelo, en representación de la Real Academia Española; Don Juan José Morato, veterano tipógrafo y distinguido publicista; Don Antonio Atienza y Don Matías Gómez Latorre, en nombre de los obreros que forman la Asociación del Arte de Imprimir y la Federación Gráfica Española y Don Julián Martínez Reus, como editor y patrono impresor.

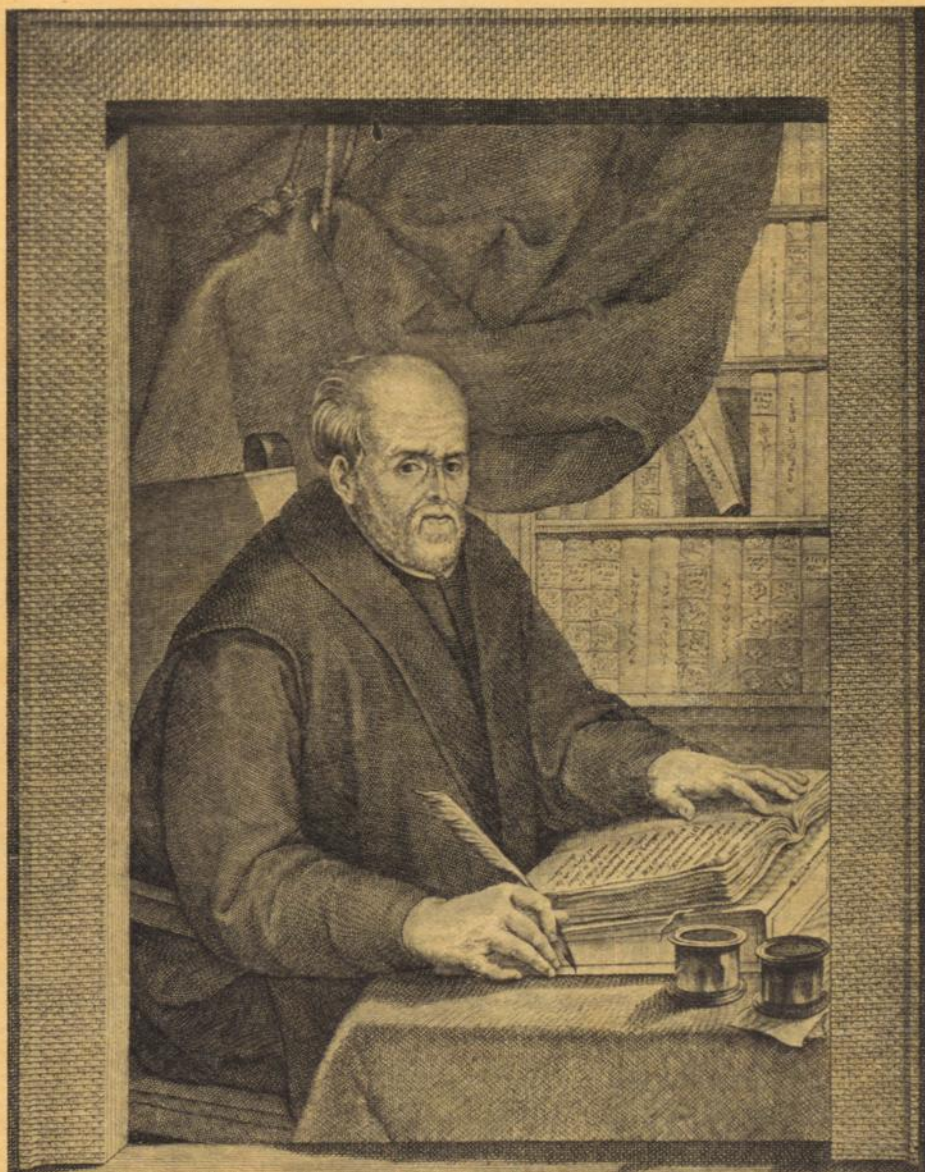
Y en el acto de descubrir la placa conmemorativa, el inspirado poeta Don José Rincón Lazcano recitó un bello soneto de justa alabanza a Joaquín Ibarra. Toda la prensa periódica de España y de América reseñó detalladamente el homenaje, y por espacio de algunos meses rodaron por las revistas de Artes gráficas glosas y transcripciones de las noticias, que acerca de Ibarra aportaron los señores Cotarelo y Morato.

Ahora, tras ocho años de silencio y de olvido, el que escribe estas líneas se permite apuntar una idea muy modesta, pero perfectamente realizable.

España necesita una Escuela - Museo Nacional de Artes Gráficas, un verdadero Instituto - taller de las Artes del Libro, bien instalado y bien dotado; no en las condiciones de la modestísima escuela que hoy existe en Madrid, y que no responde siquiera a exigencias puramente provinciales.

Sería noble y ejemplar que ese Instituto - Museo Nacional llevase el nombre del maestro Joaquín Ibarra.

R. DE CÓRDOBA.



El P. Juan de Mariana.

Dibuxada por Rafael Ximeno

Grabada por Mariano Brandi

FACSIMIL DEL GRABADO QUE RETRATA AL AUTOR DE LA «HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA»
BENITO MONFORT, VALENCIA, 1783

*CUARTA
PARTE*

LA IMPRESA ESPAÑOLA

SIGLO XVIII



EN la Historia de España correspondiente a la Edad Moderna hay unos cuantos capítulos que mueven a admiración reverente y que hacen sentir el orgullo de ser español; capítulos son de conquista, de reconquista, de descubrimientos, de colonización. No aparecen en ellos, como en las páginas consagradas al estudio de la obra que realizaron los Reyes Católicos Doña Isabel y Don Fernando, y sus sucesores Don Carlos I y Don Felipe II, cantos de gesta heroica; no pasan en deslumbrante desfile: el Gran Capitán, guerreando gloriosamente en Garellano y Ceriñola; Hernán Pérez del Pulgar, el hazañoso; Jiménez de Cisneros, maestro de grandes estadistas; Cristóbal Colón, alumbrador de un mundo nuevo, ni se vislumbran campos

FRANCISCO DEL HIERRO

FUÉ el segundo impresor titular de la Real Academia Española de la Lengua. Desempeñó el cargo desde octubre de 1725 hasta el año en que falleció (1759). En 1726-1729 imprimió la primera edición del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, llamado de AUTORIDADES, compuesto por la Academia. Esta obra, que consta de seis tomos y es notabilísima con relación a su época, constituye la primera publicación de importancia que efectuó la naciente Corporación, que había adoptado como emblema el crisol con la

leyenda: LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR. El DICCIONARIO DE AUTORIDADES no fué reimpresso, excepto el primer tomo, del cual hizo la segunda impresión Joaquín Ibarra, en el año de 1770.

Un ejemplar del DICCIONARIO DE AUTORIDADES, impreso por Francisco del Hierro, fué remitido, en 1767, a la Biblioteca del Harvard College, por Don Thomas Hollis, con la siguiente nota: «Este Diccionario es muy apreciado. Hay libros buenos en español y con gusto los envío, para que algunos norteamericanos puedan beneficiarse con la Literatura y Ciencia española, en vez de limitarse, como otros muchos, a aprovecharse de las riquezas materiales

TEXTO GORDO.

EN este manuscrito tenemos un ejemplo sumamente persuasivo de cuán necesaria es la crítica para hacer juicio de los libros; y de que para leer con utilidad algunos, es menester haver leído muchos. Qualquiera que tuviese no mas que una superficial noticia de este manuscrito, ó el que le leyese, sin mas noticias de su asunto, que las que hallase en él, tendria, á su parecer, un argumento demostrativo de que las Artes Mágicas se enseñaron públicamente en las Escuelas de Toledo, y Córdoba: porque, yá se vé, que prueba mas clara, que un manuscrito de notoria antigüedad, en que el mismo Autor confiesa, que sabe la Nigromancia: que la estudió en Toledo: que en el mismo libro propone enseñar al Mundo cosas arcanas, que le enseñaron los Espíritus; y en fin, que nombra los Maestros, que en su tiempo enseñaban en Toledo, y Córdoba las Artes Mágicas?

CURSIVA DE TEXTO GORDO.

EN quanto al Autor digo, que no pudo serlo el que suena; esto es, sugelo contemporáneo de algunos de los Maestros, que nombra. O no hubo tal Virgilio Cordubense en el Mundo, ó si le hubo, no fue Autor del manuscrito en question; ó si lo fue, el tal Virgilio Cordubense era un hombre ignorantísimo, y mentirosísimo. Dicese contemporáneo de Avicena, y de Abenroiz, que nosotros llamamos Averroes; y asimismo supone contemporáneos á estos dos Autores, lo que está muy lexos de ser verdad, pues Avicena floreció á los principios del siglo undécimo, y Averroes á los fines del duodécimo: de modo, que precedió casi dos siglos el primero al segundo. Mas: Refiere que Avicena enseñó en Córdoba. Esto es cierto que otros muchos lo dicen, y aun que fue Español por nacimiento; pero tambien es cierto, que no solo no fue Español, ni enseñó en Córdoba, mas ni entró jamás en ESPAÑA, ni aun se acercó á sus vecindades: de que hace evidencia
D. Nicolás Antonio.

PLANAS EN TAMAÑO REDUCIDO DEL MUESTRARIO
DE TIPOS FUNDIDOS EN MATRICES HECHAS CON PUNZONES POR EL ACADÉMICO DE LA REAL DE SAN FERNANDO
DON ANTONIO ESPINOSA DE LOS MONTEROS Y ABADÍA, MADRID 1771

de España.» Como una de sus mejores obras publicadas merece citarse HARMÓNICA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS, por Don José Antonio Butron Múgica, impresa en el año 1722.

Entre sus coetáneos madrileños merecen especial mención los siguientes:

RODRÍGUEZ ESCOBAR. Fué el primer impresor de la Real Academia Española de la Lengua. En la Real Cédula creando esta Corporación, con fecha 3 de octubre de 1714, se le concede la facultad de nombrar impresor titular, y un mes después, a 4 de noviembre, la Academia expide el título correspondiente a favor del maestro Rodríguez Escobar.

Por hallarse en período de formación, el Cuerpo académico no dió a la estampa ninguna obra de importancia en el período en que fué cliente de este impresor (1714-1725).

En 1705 publicó su mejor obra: NOBLEZA DE LA ESPADA, por Francisco Lorenz de Rada.

MANUEL ROMÁN estuvo establecido en la calle de la Gorguera, y allí imprimió en 1723-24, el KALENDARIO MANUAL Y GUÍA DE FORASTEROS EN LA CORTE DE MADRID.

JUAN SANZ figura como impresor del GUÍA DE FORASTEROS desde 1725 hasta 1728.

En 1723 imprimió SUCESOS Y PRODIGIOS DE AMOR, por el señor Pérez de Montalbán.

de epopeya como los de Pavía y San Quintín; ni hay un Don Hernando Cortés que, con quinientos hombres, gane para España el imperio de Moctezuma; ni resurge un Don Juan de Austria que renueve los laureles de Lepanto; ni hay quien, como Moura, engarce la perla de Portugal en el collar de los dominios de la Nación donde el sol no se ponía.

Y, sin embargo, la obra del reinado de Carlos III marca el punto máximo de la prosperidad española, así en la Península como en las Indias y en las lejanías de los territorios filipinos. El Monarca no es un genio, como los antecitados Soberanos; los varones que le asisten y aconsejan no son adalides epopéyicos. El Rey tiene talento claro, amplia cultura y recta intención. Sus ministros poseen excelente voluntad, espíritu progresivo y ardoroso afán por el bien del país. Y ello basta y sobra para que, en un lapso de pocos años, España efectúe un avance de tal magnitud que causa sorpresa entonces y aun sigue sorprendiendo hoy.

No existe región, provincia o ciudad española que no conserve el nombre de Carlos III unido al disfrute de algún beneficio que recibió del Monarca, en forma de canal de riego, puente, calzada, suministro de agua potable, lonja, muelle, escollera o centro de enseñanza. Y hasta hay pueblos que le deben enteramente la existencia, ya que nacieron por obra de un plan de colonización interior, así en los frondosos valles de Sierra Morena como en las vastas campiñas que fecunda el río Guadalquivir.

El impulso regio vivificó industrias, reanimó el comercio, fomentó

ANTONIO MARIN. *De este impresor se conservan ejemplares de folletos lujosamente editados por encargo de la Real Academia de las tres nobles Artes de San Fernando, entre ellos el que contiene la reseña del acto inaugural de la Corporación. En 1749 imprimió COMEDIAS Y ENTREMESSES, de Miguel de Cervantes.*

GABRIEL RAMÍREZ. *Entre las obras que salieron de su oficina, hay volúmenes de poesías esmeradamente impresos, y reseñas de las distribuciones de premios efectuadas por la Real Academia de San Fernando. En 1762 hizo una buena edición de ESPAÑA SAGRADA. TEATRO GEOGRÁFICO-HISTÓRICO DE LA IGLESIA.*

ANTONIO P. DE SOTO

IMPRESOR titular de la Academia desde el 17 de enero de 1760, imprimió los Discursos de salutación de la misma con motivo de la Coronación de Carlos III. Hizo buenos impresos, entre ellos obras literarias ilustradas con grabados en cobre, decorativos, a imitación de los que entonces aparecían en los libros editados en Francia.

El libro más importante impreso por Pérez de Soto es la obra maestra de erudición titulada BIBLIOTHECA ARABICO-HISPANA ESCURIALENSIS. El autor, Don Miguel Casiri, tuvo a su



Vergáz la inventó y dibujó.

Moreno la grabó.

Diego Velázquez elige a Hernán Cortés por General de la Armada, y se la entrega.

FACSIMIL DE LA PÁGINA 50 DEL TOMO I DE LA «CONQUISTA DE MÉXICO». ANTONIO DE SANCHA, MADRID, 1783

cargo la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo, en El Escorial, y su libro es el Catálogo de los manuscritos árabes allí existentes. Esta obra consta de dos volúmenes en folio, impresos en latín y árabe (en el decenio de 1760-1770), a expensas de la Corona. Para ejecutar la impresión fué nombrado de Real orden el maestro Pérez de Soto. La composición, hecha con tipo romano y su cursiva, resulta un trabajo bellissimo — a pesar de la deficiencia del mal fabricado papel que se utilizó—, y el empleo de los caracteres árabes es muy decorativo al lado del tipo romano. Acaso pequen de recargadas las cabeceras.

ANTONIO Y VICENTE SANZ

La muerte de su tío Juan Sanz, continuó imprimiendo el GUÍA DE FORASTEROS hasta 1769, en que fué adquirido por el Estado el privilegio a cambio de una pensión vitalicia de seis mil reales anuales. Antonio Sanz y su hermano Vicente heredaron de su tío Juan la imprenta establecida en la calle de la Paz, aunque Antonio es el único que figura con renombre de impresor. Antonio, al encargarse del «Guía», recibe un librito de chupa que se entregaba para la venta a la HERMANDAD DE LOS CIEGOS al

el cultivo de las ciencias, letras y artes y dilató su amparo hasta los oficios más humildes. Las no afortunadas creaciones de organismos paritarios; las Confederaciones hidrográficas, hoy mortalmente amenazadas; los llamados «firmes especiales» para la locomoción mecánica, no son sino recuerdos de las Corporaciones gremiales protegidas por Carlos III, trasuntos de las Comunidades de regantes, copias de las Juntas constructoras e inspeccionadoras de calzadas y otras vías de comunicación.

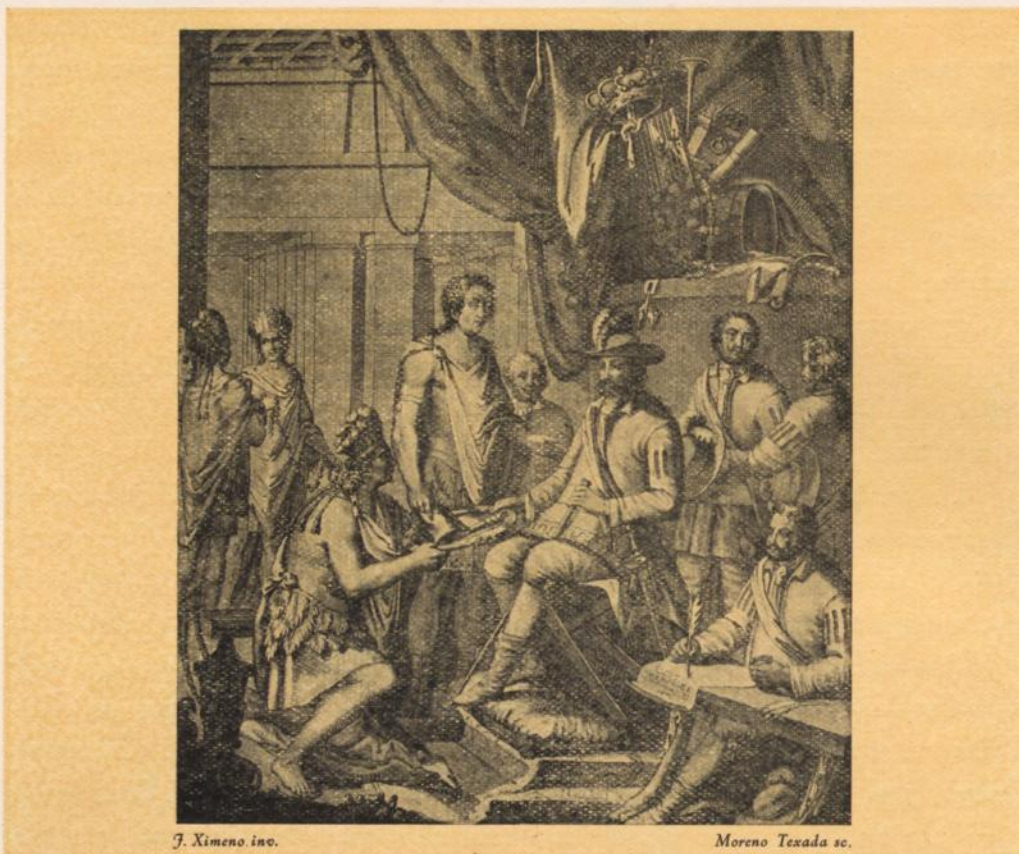
En cuanto a la imprenta, se ha convertido en tópico la afirmación de que el renacimiento de las Artes Gráficas Españolas corresponde al siglo XVIII. Dígase, como es verdad, que ese renacimiento-cumbre, corresponde ante todo y exclusivamente al reinado de Carlos III.

Desde la etapa de máxima brillantez en que *Jorge Coci* publica en Zaragoza su obra *GENEALOGÍA DE LOS REYES DE ARAGÓN (1509)* e infinidad de *MISALES* y *BREVIARIOS*, impresos con gusto tipográfico exquisito, que valen a su autor ser llamado «el primer impresor litúrgico de España»; y el inmortal maestro *Arnaldo Guillén de Brocar* crea en Alcalá de Henares la monumental *BIBLIA SACRA POLYGLOTTA*, seis tomos en folio, a tres columnas (1514-1517), editada por el Cardenal J. de Cisneros y dedicada al Papa León X, el Arte del Libro en España va en decadencia y hállase en lamentable estado de postración cuando adviene al trono el Infante Don Carlos. Herida estaba por la exclusiva, que para la estampación y venta de los libros litúrgicos en España y sus dilatados dominios

precio de doce cuartos cada ejemplar, y más barato si la adquisición se hacía por docenas. El libro era un cuadernillo de setenta y dos páginas foliadas y cuatro sin foliar, de notas y anuncios, cuya diminuta caja medía nueve por cinco y medio cms. Ese «Guía», al ser transferido por Sanz a la Corona, era—según afirmó el Secretario de la Real Academia de Historia, Don Juan Pérez de Guzmán,— «una obra capaz de competir en perfección con THE ROYAL KALENDER, de Londres; con el ALMANAQUE DE GOTHÁ, editado en alemán y francés por vez primera en 1684 y con el ALMANAK ROYAL DE FRANCE, publicado desde 1679».

Antonio Sanz, diligente e incansable mejorador de las publicaciones que salían de su casa, disfrutaba de la exclusiva para la impresión de las Pragmáticas, Cédulas y demás documentos Reales y del Consejo de Castilla, de la GUÍA DE FORASTEROS EN MADRID, que dependía del Ministerio de Estado, y de los CALENDARIOS, LUNARIOS, FIESTAS DEL CONSEJO, y otros papeles.

Durante varios años, según consigna el mismo señor Pérez de Guzmán, fué combatido Antonio Sanz por muchos impresores y aun por personajes ajenos a la profesión, pero codiciosos de los grandes beneficios que obtuvo con sus privilegios. Entre sus enemigos se des-



J. Ximeno inv.

Moreno Texada sc.

Nombra Moctezuma al Rey de España por sucesor de su Imperio: le da la obediencia y tributo.

FACSIMIL DE LA PÁGINA 28 DEL TOMO II DE «LA CONQUISTA DE MÉXICO». ANTONIO DE SANCHA, MADRID, 1783

tacó el impresor Manuel Martín, sostenido por los dineros del acaudalado comerciante José Terroba Tejada y por la influencia del Superintendente de Imprenta Don Juan Curiel.

Sanz hizo de la «Guía» un admirable y utilísimo libro, del cual vendía anualmente doce mil ejemplares encuadernados (en tafete, baldés blanco, pasta y pergamino), a más de los que expendía en rústica. Las encuadernaciones llegaron a alcanzar un grado extraordinario de primor artístico; vendíanse los ejemplares encuadernados al precio de quince reales, y Antonio de Sancha, pariente de Sanz, declaró que éste ganaba, sólo en la encuader-

nación, de tres a cuatro reales por ejemplar.

A Antonio Sanz fueron debidos todos los elementos de ilustración que hicieron más preciosas las «Guías». El Sr. Pérez de Guzmán recuerda que Sanz introdujo en ellas: en la de 1749, el mapa de las provincias en que los geógrafos dividían a España y el primer retrato del Rey Don Fernando VI; en la de 1759 añadió el PLANO DE MADRID, grabado por Tomás López; en la de 1765 introdujo una vista panorámica de Madrid, substituída después por el plano geográfico de las cercanías, hecho por el mismo artista. Los planos, a tres tintas, son muestras de perfección en el arte de imprimir.

fué concedida por Felipe II a Cristóbal Plantin, que tenía establecida su imprenta desde 1550, en Amberes, bajo el nombre «Compás de oro».

Nuevas restricciones, decretadas por los Reyes para la impresión de libros, agravaron y extremaron la situación, especialmente la ordenanza de Felipe IV, del 13 de Junio de 1627: «No se estampen relaciones, ni cartas de apologías, ni panegíricos, ni gacetas, ni nuevas, ni sermones, ni discursos o papeles sobre materias de Estado ni Gobierno, ni otras cualesquiera; ni coplas, ni diálogos, ni otras cosas, aunque sean muy menudas y de pocos renglones, sin examen y aprobación».

A los contraventores se les aplicaban fuertes multas y a los reincidentes se les castigaba con el destierro o confiscación de bienes. Hubo, sin embargo, antes del entronizamiento de Carlos III, en Barcelona y en otras capitales de España excelentes impresores. Madrid puede ufanarse de la fama, mayor o menor, que alcanzaron las oficinas establecidas en esta Corte por Manuel Ruiz de Murga, Joaquín Sánchez, y especialmente por la que fundó y sostuvo, hasta el mismo año en que ocupó el trono el Infante Don Carlos de Borbón (1759), el maestro Francisco del Hierro.

Por dicha para la imprenta, el Rey era más que un aficionado a las Artes del Libro: era un tipógrafo practicante que en la adolescencia, siendo Infante de España, aprendió el oficio en un taller instalado con tal objeto en el Palacio Real, donde tuvo por profesor a Antonio Marín, el más renombrado impresor madrileño de aquel tiempo. Marín, hombre de buen

ANTONIO DE SANCHA

NACIÓ en Torija (Guadalajara) el año 1720. Contrajo matrimonio en Madrid, en 1745, con una hija del librero Sanz, y fué librero-editor y cliente de las oficinas de Ibarra hasta el año 1771, en que aparece como impresor. De su oficina salieron notables publicaciones, entre las cuales descuellan las siguientes: PARNASO ESPAÑOL (TOMOS VI, VII y VIII); GRAMÁTICA GRIEGA FILOSÓFICA, por Bernardo Agustín de Zamora; OBRAS QUE FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR HA HECHO, GLOSADO Y TRADUCIDO;

LAS ERÓTICAS y TRADUCCIÓN DE BOECIO, por Don Eduardo de Villegas, 1774; COLECCIÓN DE OBRAS SUELTAS, ASSÍ EN PROSA COMO EN VERSO, de Don Frey Lope de Vega Carpio (Veintiún tomos). 1776-1779; NUEVA ARTE DE ESCRIBIR, por el Maestro Pedro Díaz Morante, excelente calígrafo toledano, 1776; ESTABLECIMIENTOS ULTRAMARINOS DE LAS NACIONES EUROPEAS, por Malo de Luque, 1784; OBRAS DE MIGUEL DE CERVANTES: TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA y NOVELAS EJEMPLARES; HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO, por Antonio de Solís, 1783.

Antonio de Sancha falleció en Madrid el año 1790, y su imprenta, establecida en la

prouecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte,, el cauallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros successos.

TODO esto no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella Reyna de la hermosura? a buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa, con oro de cañutillo, para este su cautiuo cauallero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos anegas de trigo, en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo, eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era si no rubion, respondió Sancho. Pues yo te asseguro, dixo don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pufosela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o que hizo? Quando yo se la yua a dar, respondió Sancho, ella estava en la fuga del meneo, de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo esta carta sobre aquel costal, q no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui

Y 4 ota,

tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavia en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del Soberana Señora, y lo último: Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura: y en medio destas dos cosas le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Pança su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste ¿y que hacia aquella Reyna de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautiuo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo ¿el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: quando le diste mi carta ¿besola? ¿pusosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dixome:

EL PROGRESO DEL ARTE TIPOGRÁFICO, 1600-1800

FACSIMIL DE LA PÁGINA 172 DEL «QUIXOTE» DE LA EDICIÓN PRÍNCIPE, IMPRESA POR J. DE LA CUESTA MADRID, 1608

FACSIMIL DE LA MISMA PÁGINA DEL «QUIXOTE» DE LA EDICIÓN DE LA ACADEMIA, IMPRESA POR IBARRA MADRID, 1780

Aduana Vieja, fué continuada por sus herederos y sucesores hasta bien entrado el siglo XIX.

Del arte de Antonio de Sancha se ha dicho, que propendía a la imitación de las ediciones francesas de la época. Los cinco volúmenes de la obra ESTABLECIMIENTOS ULTRAMARINOS DE LAS NACIONES EUROPEAS pueden pasar por impresos en Francia con algunos años de anterioridad a 1784. La composición está hecha con bastante sencillez, de carácter medieval con sus correspondientes iniciales; el regleteado es bueno; el papel y la impresión son excelentes, las márgenes amplias, y el conjunto del libro resulta muy satisfactorio para un bibliófilo.

Las Eróticas y Traducción de Boecio, aun siendo lindos volúmenes, resultan demasiado afrancesados, y sus cabeceras o viñetas—palomas, nubes, doseles, cortinajes, antorchas y liras—recuerdan las de las colecciones de estrofas de los poetas parisienses entonces en boga. Las páginas ocupadas sólo por versos, sin ornamentación alguna, resultan completamente modernas. Con frecuencia salían de la oficina de Sancha obras muy agradables, que revelaban el refinado y exquisito gusto de este maestro.

Para apreciar debidamente los progresos logrados por Antonio de Sancha en el Arte del Libro, nada mejor que comparar la primera

consejo, enamorado de su profesión, compañero y competidor de José Rodríguez Escobar, debió de influir mucho en el ánimo de su augusto discípulo, inclinándolo a proteger a la Imprenta, desamparada y bastante descaecida por acaparamientos y privilegios ya muy añejos.

Contemporáneos de Marín y de Rodríguez Escobar o inmediatamente posteriores fueron, en Madrid: Ruiz de Murga, Juan de Zúñiga, Viuda de Eliseo Sánchez, Gabriel Ramírez, Juan Sanz, Antonio Pérez de Soto, Antonio Sanz, Manuel Román, Antonio de Sancha, Francisco Manuel de Mena, Andrés Ramírez, Manuel Martín, Blas Román, Benito Cano, Antonio Fernández, Pantaleón Aznar, Antonio Espinosa y Gabriel de Sancha. Cada uno de los mencionados es merecedor de estudio particular, que está hecho muy someramente y que debe ampliarse, a fin de que sea conocida y apreciada en su verdadero valor y en sus proporciones exactas, la aportación de España a la prosperidad de las Artes del Libro.

De no haber existido el maestro Ibarra, indudablemente hubieran lucido más y habrían alcanzado mayor realce las personalidades de algunos de sus coetáneos, y, de modo especial la de Antonio de Sancha, a quien en justicia ha de colocarse a continuación del Maestro indiscutible.

El Rey Carlos III dióse pronto cuenta de la precaria situación en que se encontraban las Artes gráficas, y, desde el momento mismo en que sube al Trono, favorece ostensible y resueltamente a grabadores y fundidores de letras de molde, impresores, encuadernadores y vendedores de libros.

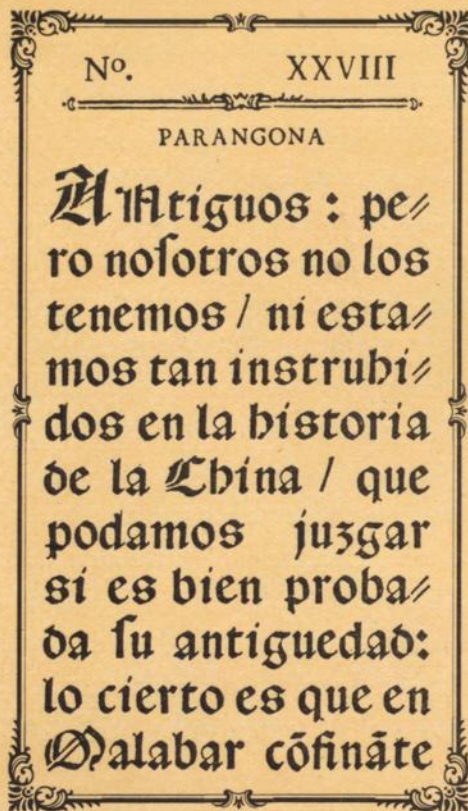
edición de la CONQUISTA DE MÉXICO, hecha por Bernardo de Villa-Diego, en Madrid, el año 1684, con la cuarta edición del mismo libro, efectuada por Antonio de Sancha en 1783.

La plana titular de la primera edición, hecha por Villa-Diego, contiene veintidós líneas de tipografía, y nada menos que diez de ellas aparecen firmadas. El nombre de Felipe V, a quien se dedicó, ocupa tanto espacio como la palabra DICCIONARIO, que es la primera del título.

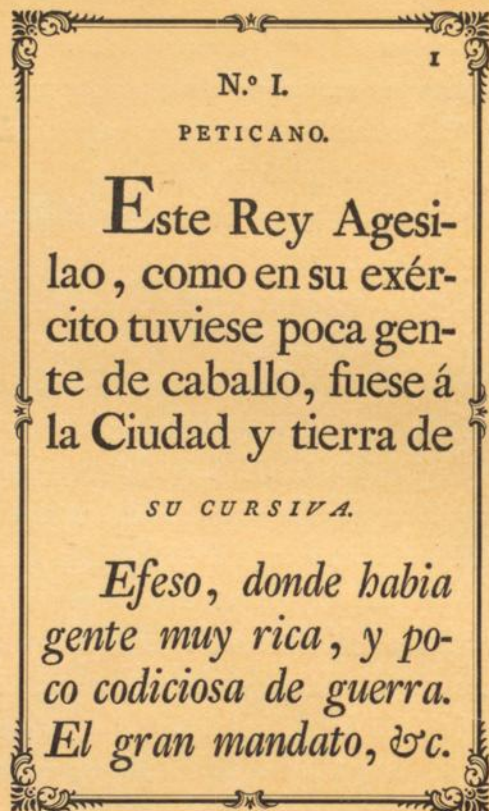
En muchos libros españoles del siglo XVIII se imprimía la dedicatoria en la plana titular, y para honrar al que patrocinaba al libro, se estampaba su nombre con caracteres bastante

grandes, que en muchas ocasiones llegaban a eclipsar completamente el título de la obra.

La misma plana lleva un cierre ornamental, en rojo y negro, en forma decorativa que fué copiada por los impresores establecidos en las colonias españolas. El prefacio está compuesto con diferentes cuerpos de tipo medieval, bueno, aunque algo inacabado; el texto de la obra se confeccionó de tipo más pequeño, pero claro y legible. La edición resulta bien y concienzudamente ejecutada, aun cuando haya que poner reparos por deficiencias de las cabeceras e iniciales ornamentadas, y por desigualdades de calidad en la impresión.



MUESTRA DE TIPO GÓTICO
DE LA FÁBRICA DEL CONVENTO DE SAN JOSEPH
BARCELONA, 1777



MUESTRA DE TIPO MEDIEVAL
DEL OBRADOR DE LA VIUDA E HIJO DE PRADELL
MADRID, 1793

La cuarta edición del mismo libro, considerada como la mejor de la obra de Solís, mereció que Sir William Stirling Maxwell la denominase EL TRIUNFO DE LA PRENSA DE SANCHA. El tipo empleado en la composición es todo medieval, siendo de mejor corte los cuerpos mayores. La introducción ocupa las cincuenta primeras páginas, y el prefacio está dividido en once secciones. Sólo el arreglo de éstas y como lo hizo Sancha, revela ingenio y dominio del arte tipográfico. El texto de la HISTORIA es una hermosura. La plana titular enfrenta con un retrato de Cortés, ejecutado a la manera de Tiziano, y la primera página

del texto está exornada con cabecera grabada e inicial; el tipo es precioso y de mucho carácter; el papel alisado, y la impresión clara y vigorosa. La obra contiene veinticuatro ilustraciones, a tamaño de página, inventadas y dibujadas magistralmente por Vergáz y José Ximeno y grabadas con primor por Moreno y Selma. Cada uno de los tomos en que se divide la obra, comienza con una artística cabecera grabada y cierra con un grabado en el birlí.

FRANCISCO MANUEL DE MENA, al imprimir las OBRAS SUELTAS, de Don Tomás de Yriarte, realizó una tarea magistral, que puede presentarse como tipo de perfección del

Renace la Imprenta al calor de la magnánima protección del Soberano. Por Real Cédula de 17 de marzo de 1763 dispensa de prestar servicio militar (de «servir al Rey», como entonces y aun después se decía) a todos los que se hallasen dedicados a las Artes gráficas, para no interrumpir en modo alguno la necesaria educación profesional ni dificultar tampoco la formación de personal apto y bien ejercitado en las imprentas.

Los valencianos Bordazar de Artazu y Tomás Planes demostraron razonadamente los perjuicios que venían irrogándose a los impresores por obra de una disposición o mandamiento del Rey Don Felipe II. Efectivamente, este Monarca otorgó, a fines del siglo XVI, un privilegio a favor de su prototipógrafo Plantin, de Amberes, concediéndole el derecho exclusivo de estampación de todos los libros litúrgicos que se necesitasen en España, y que habrían de ser vendidos por los religiosos del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, destinando la mitad de los beneficios al aumento de la Biblioteca escorialense. Para contrarrestar los abusos que de él llegaron a hacerse, se abolió en 1787 el expresado privilegio, que disfrutó la Casa Plantin - Moretus durante tres siglos. La Real Cédula de 24 de julio de 1763, dispuso la creación de la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino, formada por cuarenta impresores y vendedores de libros, figurando entre ellos Ibarra, Sancha, Mena y Pérez de Soto.

No hay quebranto económico para el Monasterio, que recibe una indemnización por la Compañía, y hay para ésta ventajas materiales y

renacimiento gráfico español. Soberbio papel, anchas márgenes, composición hecha con clásicos caracteres romanos y estampación esmerada dan extraordinario valor tipográfico a este libro, editado en el año 1774 a expensas de los amigos de Don Tomás de Yriarte y honrado con las suscripciones de los Infantes Don Gabriel, Don Antonio y Don Luis de Borbón.

Al impresor Mena no le acompañó la fortuna en su industria; tuvo que declararse en quiebra y a su muerte (1780), los utensilios y máquinas, tasados en 224.752 reales, fueron admitidos por la Secretaría del Estado en pago de las deudas que tenía el difunto con ésta.

GABRIEL DE SANCHA

SUCESOR de Antonio de Sancha, fué uno de los más preclaros miembros de la dinastía de tipógrafos de la última década del siglo. Las obras salidas de sus tórculos, de las que se citan algunas a continuación, no desmerecieron la fama adquirida por su antecesor, y son dignas muestras de muy buen gusto tipográfico y de sobria elegancia.

FLORA PERUVIANA, ET CHILENSIS. PRODRUMUS. DESCRIPCIONES Y LÁMINAS DE LOS NUEVOS GÉNEROS DE PLANTAS DE LA FLORA DEL PERÚ Y CHILE. — Madrid, 1794. (Un tomo en gran

ocasión de poner de manifiesto que la agrupación puede rivalizar con la imprenta del prototipógrafo de Amberes. Para labor propia quisiera el taller de Plantin la primera obra que publica la Real Compañía. Esa obra



LÁMINA IV DEL TOMO I (Tamaño reducido) LÁMINA CXXV DEL TOMO II (Tamaño reducido)
 DE "SYSTEMA VEGETABILIIUM FLORÆ PERUVIANA ET CHILENSIS", IMPRESO POR GABRIEL DE SANCHA, 1798-1799

folio, con papel grueso de hilo, texto bilingüe (castellano y latín), a dos columnas, excelente carácter de letra e impresión limpia y esmerada.

Ocupa el texto ciento setenta y seis páginas, incluyendo el prefacio, y sigue a continuación la parte iconográfica, constituida por treinta y siete láminas con doscientas diez y nueve figuras, dibujadas por Isidro Gálvez y grabadas por los renombrados artistas José Rubio, José Castro, Vicente y Tomás López Enguidanos, Manuel Alegre, Vicente García, Félix Prieto, Melchor Prado y J. M. Bonifax.

FLORA PERUVIANA ET CHILENSIS SIVE DESCRIPTIONES ET ICONES PLANTARUM PERUVIANARUM

ET CHILENSIUM SECUNDUM SYSTEMA LINNÆANUM DIGESTÆ, CUM CHARACTERIBUS PLURIUM GENERUM, EVOLGATORUM REFORMATIS.— Auctoribus Hippolyto Ruiz et Josepho Pavón. Reg. Acad. Medic. Matriti. Sociis. Tomo I, año 1798.

FLORA PERUVIANA ET CHILENSIS.— Tomo II. Ilustrado con ciento diez y seis láminas y doscientas tres figuras, ejecutadas por los mismos artistas que los anteriores.— Madrid, 1799.

SISTEMA VEGETABILIIUM FLORÆ PERUVIANÆ ET CHILENSIS.— Madrid, 1798 (Un volumen de cuatrocientas cincuenta y cinco páginas en 8.º).

De la época de Gabriel de Sancha merecen ser mencionadas aún las ediciones siguientes:

fué el BREVIARIUM GOTHICUM, impreso en el año 1775. La impresión la efectuó Joaquín Ibarra, los dibujos fueron de M. S. Maella y los grabados de E. S. Manuel Salvador y Carmona. ¡Así, y nada menos!

No faltan en España buenos grabadores y fundidores de letras de molde. Entre los muestrarios publicados por algunos en el siglo XVIII, figuran los siguientes: «Muestras de los caracteres que se funden por dirección de Don Antonio Espinosa de los Monteros y Abadía, Académico de la Real de San Fernando, uno de sus primeros Pensionados, en Matrices hechas enteramente por el mismo, con Punzones, que igualmente prosigue trabajando hasta concluir un surtido completo (1771); Muestras de los caracteres que se hallan en la Fábrica del Convento de San Joseph, Barcelona. Por el Ho. F. Pablo de la Madre de Dios, Religioso Carm. Des. (1777); Muestras de los Nuevos Punzones y Matrices para la Letra de Imprenta executados por Orden de S. M. y de su Caudal destinado a la Dotación de su Real Biblioteca, grabados por Gerónimo Gil (1787); Muestras de los Grados de Letras y Viñetas que se hallan en el Obrador de Fundición de la Viuda e Hijo de Pradell. En la Oficina de Don Benito Cano (1793); Muestras de los Caracteres que tiene en su Obrador Pedro Ifern, Fundidor en esta Corte. En la Imprenta de Fermín Thadeo Villalpando (1795); Muestras de los Punzones y Matrices de la Letra que se funde en el Obrador de la Imprenta Real (1799)», éste en dos partes, la primera de tipo común y la segunda de tipos orientales.

QUINOLOGÍA O TRATADO DEL ÁRBOL DE LA QUINA O CASCARILLA CON SU DESCRIPCIÓN Y LA DE OTRAS ESPECIES DE QUINOS NUEVAMENTE DESCUBIERTOS EN EL PERÚ.— *Imprenta de la Viuda e Hijo de Antonio Marín, Madrid, año 1794.*

De la importancia médica de este libro da testimonio el hecho — consignado por el Reverendo Padre Barreiro — de su pronta traducción al italiano (Roma, 1792), al alemán (Gatinga, 1794), y al inglés (Londres, 1800).

DE HISTORIA PLANTARUM NOVAE HISPANIAE, por el Dr. Don Francisco Hernández.— *Tres volúmenes en 4.º mayor. — Imprenta de los Herederos de Joaquín Ibarra, Madrid, 1790.*

J. EUDALDO PRADELL

HIJO de un maestro armero, nació en Ripoll (Gerona) el año 1721. En su juventud aprendió el oficio de su padre, y luego se dedicó, primero en Ripoll y después en Barcelona, a grabar punzones para la fundición de letras de molde, siendo considerado como inventor, en España, del arte de la fundición tipográfica.

Carlos III, atento siempre a fomentar el progreso de las Artes Gráficas y deseoso de favorecer a todas las imprentas españolas proporcionándoles letras de molde perfectamente



VIÑETA DE LA PRIMERA PÁGINA DEL TOMO I
 DE «HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA» DEL PADRE JUAN DE MARIANA, IMPRESA POR MONFORT, VALENCIA, 1783

dibujados y grabados, llama a la Corte al ya celebrado Pradell, mediante la siguiente Real orden, dada en San Ildefonso a 4 de agosto del año 1764, y dirigida al Marqués de Grimaldi.

«Excmo. Sr: El Rey se ha servido conceder a Eudaldo Pradell, maestro armero, habitante en Barcelona, cien doblones de oro de pensión cada año, y cincuenta quintales de plomo por coste y costas por el término de diez años, con calidad de que ha de venir a establecerse a Madrid y emplearse en el ejercicio de abrir matrices para todo género de letras a fin de abastecer a todas las imprentas de España así de caracteres latinos como hebreos, griegos y

árabes, según ha propuesto. Dios guarde, etc.»

Durante veintitrés años residió en Madrid el maestro Pradell, y en ese tiempo dibujó, grabó y fundió doce diferentes clases de cuerpos de carácter medieval, desde el GLOSILLA (siete puntos y medio) hasta el GRAN CANON (cuarenta y dos puntos), siendo todos ellos de calidad superior por lo claro y a la vez compacto de su corte.

A 7 de diciembre de 1788 — siete días del óbito de S. M. el Rey Don Carlos III — finó en Madrid el protegido regio, maestro Pradell.

Después de su muerte siguió funcionando el taller fundado por José Eudaldo, bajo la razón social de «Viuda e hijo de Pradell».

Ganoso el Monarca de favorecer el trabajo nacional prohíbe, por Real Cédula, la entrada en España de todo libro castellano impreso en el extranjero, y ello determina una muy considerable apertura de nuevos talleres y un buen retorno de maestros que habían emigrado y establecido sus oficinas en tierras fronterizas francesas o lusitanas.

Al aumento de imprentas responde en el acto la reapertura, y, consiguientemente, el florecimiento de numerosas fábricas de papel; y el progreso del comercio de libros revela el aumento de producción, que es aumento de trabajo y de hornadas de pan para la inteligencia.

El Rey visita los establecimientos de Artes gráficas, escucha las peticiones que se le dirigen, adquiere con destino a la Imprenta Real el nuevo modelo de prensa inventado por Pedro Rodríguez, discípulo de Ibarra, y, para auxiliar a los grabadores y fundidores de caracteres de molde, ordena — por Real Cédula fechada a 5 de enero de 1775 — que se les vendiese en los Reales estancos todo el plomo que necesitasen, con la rebaja de la tercera parte del precio que tuviese señalado dicho metal.

Por si ello fuera poco, hizo perseguir celosamente la venta clandestina de libros y puso coto a las demasías que, a favor de antiguos privilegios y de tolerancia, se permitían algunas imprentas conventuales.

Interesado en el éxito de la expedición botánica que efectuaron por los Reinos de Perú y Chile los meritísimos sabios Hippolyto Ruiz y Josepho Pavón, quiso que los resultados de aquel viaje quedasen para enseñanza de

BENITO MONFORT

ENTRE los impresores valencianos, contemporáneos de Ibarra, fué el más aventajado y el que, con sus múltiples trabajos, adquirió mayor renombre. Nació en el año 1716 y falleció el año 1785, unos meses antes que el Maestro madrileño.

Aprendió el oficio en la oficina de Antonio Bordazar de Artazu, «impressor del Santo Oficio, i de la ilustre Ciudad de Valencia» en la que actuaba de gerente José de Orga, otro eminente impresor. Se estableció en 1757 y de las obras de más importancia salidas de su oficina

reclaman ser citadas: DE NUMIS HEBREO-SAMARITANIS, de Pérez Bayer; LA HISTORIA DE ESPAÑA, del Padre Juan de Mariana; LA CRÓNICA DE DON JUAN II, por Pérez de Guzmán; GUERRA DE GRANADA, en 4.º mayor, con grabados, por Hurtado de Mendoza; LA CRÓNICA DE LOS REYES CATÓLICOS, por Hernando del Pulgar.

En la CRÓNICA DE DON JUAN II (1778), la estampación y composición del texto son irreprochables; el texto va ajustado a dos columnas; para los títulos de los capítulos se emplearon versales romanas, y para el texto cursiva del mismo tipo. Lo único detestable es la página frontal, en la que se mezclan, con mal gusto,

naturalistas, médicos y farmacéuticos, y dispuso que se imprimiesen, con dibujos y grabados, las reseñas escritas por los doctos expedicionarios.

Gabriel de Sancha fué el encargado de la impresión, y el recuerdo de ello lo ha exhumado recientemente el ilustre individuo de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, R. P. J. Barreiro, al ilustrar con notas la «Relación» del citado viaje. La impresión de las obras que reseñan los estudios efectuados por los ilustres individuos de la Real Academia Médica Matritense, Sres. Ruiz y Pavón, comenzó en 1794 y no terminó hasta los primeros años del siglo XIX.

Para formar idea de la importancia excepcional que adquieren las Artes del Libro en el reinado de Carlos III, recopílese los nombres de los dibujantes y grabadores que ilustraron la edición del QUIXOTE, hecha por la Academia, y la de las obras de Ruiz y Pavón. Son casi innumerables, y todos o casi todos ellos dejaron renombre.

Y lo que con detalle queda dicho respecto a las imprentas en Madrid, puede aplicarse perfectamente, con sólo la natural diferencia de nombres, a los establecimientos de Barcelona, Sevilla, Valencia y otras poblaciones importantes, que produjeron verdaderas joyas para bibliófilos.

Valencia puede justamente enorgullecerse con las magníficas y meritisimas publicaciones de su preclaro hijo Benito Monfort.

No cabe en los breves términos de un capítulo complementario de las páginas dedicadas al maestro Ibarra, el estudio cabal de todos los

mayúsculas sombreadas y adornos que quieren ser decorativos y resultan muy poco artísticos.

DE NUMIS HEBRÆO-SAMARITANIS, por Pérez Bayer, es acaso la mejor obra impresa por Monfort. Apareció en el año 1781, compuesta en latín, con tipo bien regleteado, de catorce puntos, y algunas intercalaciones hebraicas. Las notas, de tipo menor, van a dos columnas al pie de las páginas. Además de grabados a toda plana, hay pequeñas reproducciones de monedas ilustrando el texto. Las notas finales y el índice son de tipo muy lindo. Todos los caracteres latinos empleados en la obra, tienen un corte severamente clásico y por

su dibujo excepcional aventajan a los utilizados hasta entonces. Hay inscripciones especiales, compuestas de versales, que son modelos de epigrafía. Pero Monfort deslució algo su trabajo en la parte preliminar, pues aunque algunas cabeceras e iniciales grabadas poseen bastante belleza, no armonizan con la elegante severidad del resto de la composición. Si se prescinde de las doce o catorce primeras páginas, el libro puede competir con los mejores, en el sentido clásico de la tipografía, siendo únicamente superado por la VIDA DEL CARDENAL XIMÉNEZ, de Alvar Gómez, impreso por Andrés de Angulo, Alcalá de Henares, 1569.

impresores de su época. Para esa labor de justicia se requiere un libro, formado con las aportaciones de muchos investigadores y bibliófilos.

Citados quedan, por ejemplo, Antonio Bordazar de Artazu y Francisco Manuel de Mena, que son dignos de monografías particulares, el primero por su magnífica PLANTIFICACIÓN, impresa en el año 1732, y el segundo por su trabajo en las OBRAS SUELTAS, de Tomás de Yriarte.

Ha transcurrido más de un siglo. Al contemplar a distancia el panorama de la Imprenta española en el siglo XVIII y al compararlo con la realidad presente no cabe decir «cualquiera tiempo pasado fué mejor». La Imprenta española, propulsada por las necesidades de servir a la Prensa periódica, ha progresado asombrosamente. Las oficinas modestas de antaño se han convertido en palacios de las Artes gráficas, y la substitución del trabajo manual por el que efectúan las máquinas no ha sido absoluta, ya que deja margen para que existan maestros y talleres consagrados a impresiones artísticas, depuradísimas, que admiten comparación con las mejores ediciones que se realizaron en la centuria décimoctava.

En las exaltaciones de neurastenia *arrivista*, ultramodernista y vanguardista que han afeado y afean a muchas manifestaciones del Arte, la Imprenta continúa siendo clásica, fiel mantenedora de su tradición, finamente ecléctica en sus modalidades renovadoras... ¡Como la soñaron y la reverenciaron y glorificaron Ibarra, Sancha y Monfort!

Et nunc et semper.

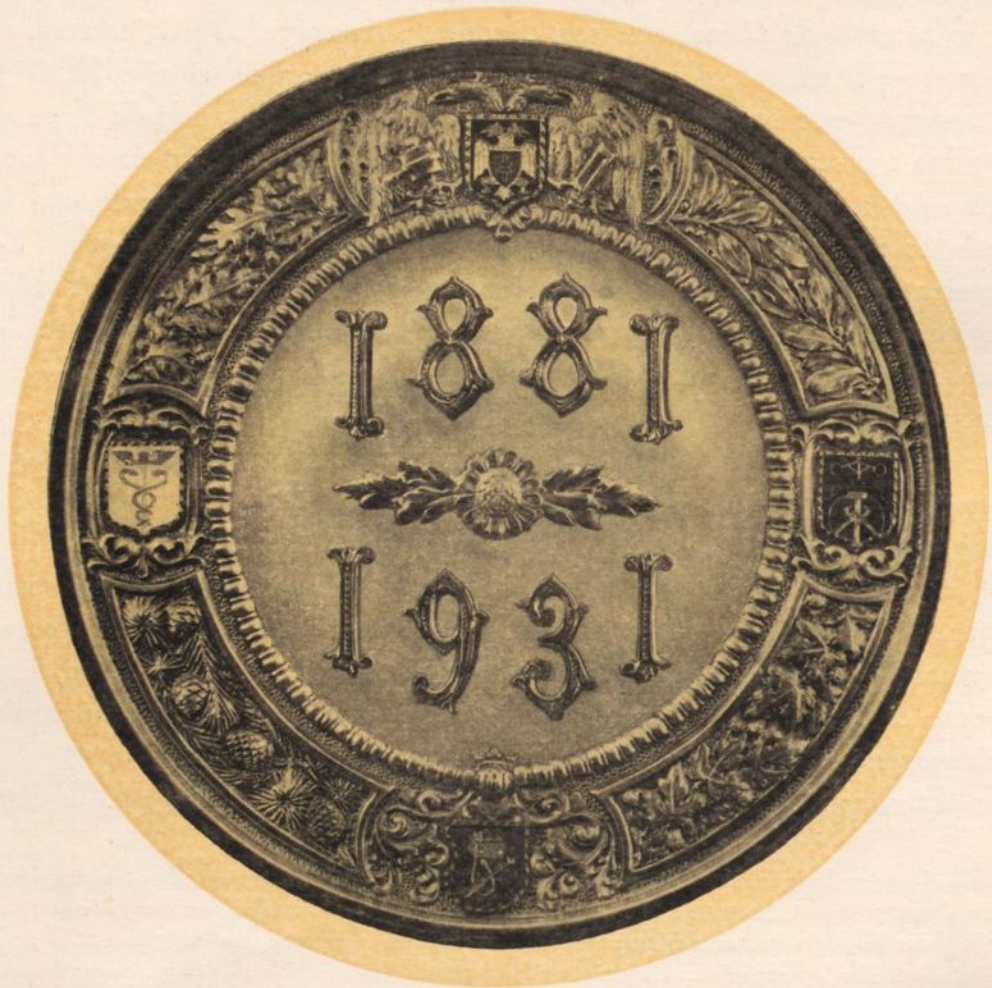
M. WHITE.

En el año 1783 publicó Monfort una edición de la HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, por el P. Juan de Mariana, en dos tomos en 4.º. Aquí el maestro valenciano se aproxima a la elegancia de Sancha en la HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO. La primera plana, grabada en cobre, es de un efecto heráldico muy ornamental y vistoso, pero la combinación de diferentes cuerpos y caracteres de letras, hacen desmerecer a los preliminares del texto, que está compuesto con primorosa fundición medieval—estilo de fines del siglo XVIII—bien ajustado, con buena y nítida impresión de planas e impreso en papel y con tinta excelentes.

En los preliminares—además del prólogo acerca del P. Juan de Mariana y su obra, y de las notas correspondientes—figuran el prospecto de publicación y la lista de suscriptores, cuyos nombres, solamente, llenan doce páginas.

El prospecto elogia el impulso dado a las Artes Gráficas por el Rey Don Carlos III, que permitió a Monfort reimprimir la obra, salvando los obstáculos legales que a ello se oponían. Añade, que su Majestad abrigaba el propósito de conseguir que volviesen a trabajar numerosas imprentas que se hallaban cerradas por falta de clientela, y por las muchas trabas que se opusieron a su buen funcionamiento.





PLACA CONMEMORATIVA DEL CINCUENTENARIO
DE LA CASA RICHARD GANS, DEDICADA A LA DIRECCIÓN POR EL PERSONAL
DE OFICINAS Y TALLERES



1001376694